

Rafael Vidal Delgado

**D. NICOLÁS
ESTÉVANEZ EN LA
NARRATIVA DE
PÉREZ GALDÓS
(1868-1874)**

Edita: Foro para la Paz en el Mediterráneo
ISBN: 978-84-09-19267-0

Depósito legal: MA 444-2020

El autor y el editor autorizan la reproducción, el almacenamiento en un sistema informático y la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier método o procedimiento mecánico o electrónico, siempre y cuando se reconozca de manera expresa la propiedad intelectual de los contenidos que la integran al autor y la del editor: El Foro para la Paz en el Mediterráneo

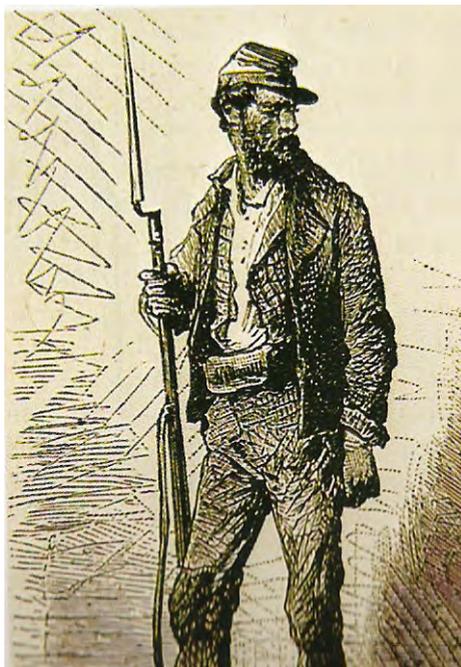
Autor pintura portada: Fernando Vizcaí.

ÍNDICE

<u>Capítulo</u>	Pág.
Prólogo	9
Introducción	13
Capítulo I: Breve sinopsis histórica del Sexenio Revolucionario	29
Capítulo II: Agitación prerrevolucionaria	39
Capítulo III: El alzamiento republicano de diciembre de 1868 y enero de 1869	49
Capítulo IV: La sublevación de octubre de 1869	99
Capítulo V: La guerra de Cuba y el fusilamiento de los estudiantes de medicina	117
Capítulo VI: Estévanez parlamentario	137
Capítulo VII: La sublevación republicana del otoño de 1872	143
Capítulo VIII: La abdicación de Amadeo de Saboya	181
Capítulo IX: La sublevación de la milicia monárquica radical de abril de 1873	189
Capítulo X: Estévanez, ministro de la Guerra	227
Capítulo XI: La sublevación cantonal	241
Capítulo XII: El final de un sueño	267
Conclusión	313



Encuentro de federales con el ejército



Federal. Voluntario de la Libertad

PRÓLOGO

D. Benito Pérez Galdós, nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1843 y fallece en Madrid el 4 de enero de 1920. Es decir que en 2020 se cumple el centenario de su muerte.

¿Quién no ha leído al menos algunos de sus Episodios Nacionales?, fiel reflejo de la España decimonónica, de tal manera que todos ellos han llegado a ser considerados “fuentes” de bastantes hechos históricos, incluso de aquellos en los que no fue protagonista por no haber nacido. Pero desde luego en las mentes de los españoles, la batalla de Trafalgar, los sucesos del 2 de mayo, la batalla de Bailén y tantas otras, sucedieron tal como fueron narradas por el ilustre novelista, no en balde en su casa se respiraba el ambiente castrense, al ser hijo de un coronel del ejército y su hermano Ignacio llegó a ser Capitán General de Canarias entre 1900 y 1905.

El hecho de “emparentar” a Galdós con Nicolás Estévez y Murphy, también militar, fue debido a que en 2005 el autor, pronunció una serie de conferencias sobre la vida del último, en las cuales, algunos de los asistentes, se llevarían una desilusión, porque lo tenían como “bandera” de la independencia de Canarias y se encontraron con que era un español con ideas revolucionarias y de carácter federal.

No tiene más pretensiones esta obra, sino ser un homenaje a Don Benito Pérez Galdós, a través de pasajes de distintos episodios, en donde fue protagonista, bien que a través de sus personajes.

La situación política española de 2020, tiene similitudes con la del “Sexenio Revolucionario” de 1868-1874 y con la del período de 1931-1939 por ello sería bueno extraer “lecciones aprendidas”. En palabras de Unamuno y transcritas en 1988 por Serrano Súñer decía en febrero de 1936: *"el español no es ni mejor ni peor que otros pueblos,... pero tiene algo especial: que es como un péndulo que solo tiene extremos, o sea todo o nada... o apatía o pasión sublime... Tal vez para eso Galdós dijera aquello de que el español es el que sabe hacer un 2 de mayo y no sabe hacer el 3 y el 4. Los españoles no quieren saber nada de nada durante años y de pronto un día se llenan de pasión y pierden la noción de todo... Y entonces, ¡ay, entonces!... te pueden conquistar un imperio o te incendian las iglesias y los monumentos. No hay términos medios"*.

Este autor podría haber narrado, extrayendo de las fuentes periodísticas, de los legajos del Servicio Histórico Militar y de los textos de los Episodios Nacionales, todos los hechos que se producen a lo largo de los años del Sexenio, pero ha preferido que hablen los que verdaderamente los vivieron, es decir periodistas, los

partes telegráficas, las proclamas y por supuesto la bella prosa de Galdós.



Entrada de los vencedores de la revolución en Madrid en 1868

INTRODUCCIÓN

El Sexenio Revolucionario es el período de la historia de España que transcurre entre 1868, año en que fue destronada Isabel II, tras una revolución, y 1874, durante el cual se produjeron dos acontecimientos militares, el primero la entrada del general Pavía en las Cortes republicanas para disolverlas, en enero, y en diciembre el pronunciamiento del general Martínez Campos, ante las tropas del brigadier Dabán, proclamando a don Alfonso XII, como Rey de España.

Todos los historiadores de la historia española contemporánea, cuentan para narrar la vida diaria de la nación con un inestimable colaborador, el insigne canario, don Benito Pérez Galdós, el cual, a través de sus Episodios Nacionales, hace recorrer la historia viva de España desde Trafalgar, hasta 1874.

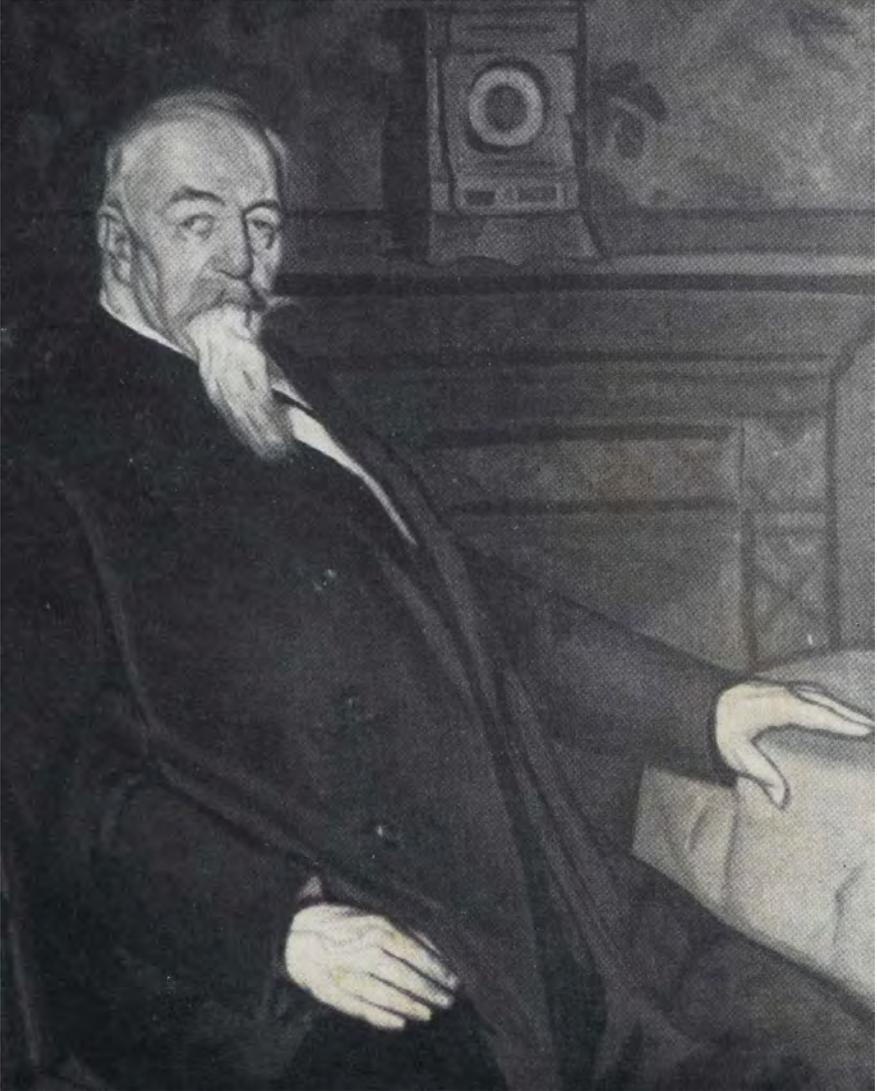
La batalla de Bailén, la vida en la Cádiz sitiada, las guerras carlistas, las revoluciones del siglo XIX, todo fue recogido por Pérez Galdós, con tanto realismo, que casi creemos a pie juntillas que así transcurrió la situación, teniéndose por pura lógica que contrastar los acontecimientos con otras fuentes, para conocer la verdad histórica.

Sin embargo, en la última serie de los Episodios Nacionales, Galdós los vive en primera persona, ya no

narra hechos que a su vez le han narrado, sino que cuenta sus propias vivencias a través de personajes imaginarios. En este sentido puede decirse que la credibilidad como fuente histórica es incuestionable, aunque su veracidad siempre hay que hacerla pasar por un pequeño matiz, el de la objetividad o subjetividad, y en este sentido cabe afirmar que Galdós es totalmente subjetivo, porque su republicanismo le delata. Ya no es el narrador objetivo de las operaciones del Empecinado, sino que es el propio Tito Liviano, protagonista de parte de la serie.

Dentro de estos últimos episodios hay otro protagonista al que Galdós considera el sumo de todo lo que debe ser un revolucionario republicano, encontrándolo en otro insigne canario, don Nicolás Estévez y Murphy, el cual es, históricamente hablando, el verdadero protagonista, para bien o para mal, de algunos de los acontecimientos más lúgubres del Sexenio, como las sublevaciones republicanas de octubre de 1869 y diciembre de 1872; el fusilamiento de unos estudiantes de medicina durante la guerra de Cuba o la represión republicana del alzamiento monárquico-radical de 1873.

Excepto el primero, del que solo hace mención, los otros tres, son contados en primera persona por Estévez a Tito Liviano.



Museo Municipal de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife

Pues bien, este es el tema de la presente obra, que tiene como protagonista histórico a Nicolás Estévez, como narrador a Benito Pérez Galdós y como voz en off, al que escribe, pretendiendo simplemente ser un moderador. Nos apoyaremos también en las crónicas periodísticas de “El Avisador Malagueño”, constando ejemplares de casi todos los días que duró su existencia como diario liberal en el siglo XIX, y que se conservan en la Fundación de Unicaja, Archivo Díaz Escovar de Málaga.

Este autor es consciente de la dificultad de analizar la figura de Estévez, cuando en las islas Canarias existen insignes investigadores que han profundizado en su personalidad y en sus cualidades humanas, militares, políticas e intelectuales, por eso nos centraremos en este período histórico, el del Sexenio Revolucionario, pasando por alto otros aspectos enriquecedores del personaje.

Toda persona evoluciona a lo largo de los años, don Nicolás Estévez no iba a ser menos, por ello el pensamiento que se recoge en los documentos de los años que transcurren entre 1868 y 1874, no son únicamente más que eso, su pensamiento político durante dichos años, en los que se mezclan sus conocimientos y vivencias militares con su pasión anarquista, su humanidad ante los horrores cuando lo hacen otros, su permisividad ante los horrores de sus correligionarios, etc.

Esta obra pretende simplemente ser una exposición de unos hitos, importantes eso sí, de la vida de Estévanez, contando fundamentalmente por don Benito Pérez Galdós, confrontados y rellenadas sus lagunas por las noticias que la prensa de aquellos días publicaba.



Benito Pérez Galdós

Lo ideal hubiera sido bucear en las informaciones que publicaba la prensa de aquel sexenio, comparando las procedentes de los medios republicanos, socialistas, internacionalistas, progresistas, conservadores, carlistas, etc., dado que nunca en la historia de España se han publicado tantos periódicos como en aquel tiempo, pero el

investigador-historiador-escritor se tiene que poner un coto a sus pretensiones, y esta obra tiene únicamente la de presentar a Estévez a través de Pérez Galdós, insigne novelista español que en el año 2020 se cumple el centenario de su fallecimiento.

Pérez Galdós inicia sus famosos Episodios Nacionales en 1805 con la batalla de Trafalgar. Esta batalla representa el verdadero declinar español en el contexto de las naciones. Hasta dicha fecha éramos escuchados en los foros internacionales y se tenía en cuenta nuestras intenciones. Al perder nuestro potencial naval con la batalla, comienza un rápido declinar político, social y militar, que iba a durar más de ciento cincuenta años.

Durante todos esos años, aparte de los más de dos mil pronunciamientos militares; los centenares de revoluciones populares; las crisis económicas y los sangrientos movimientos sociales, una cuestión ha prevalecido sobre todas y ha sido la incertidumbre permanente sobre la propia identidad de España. En 1975 se inicia un fuerte proceso democrático que culmina con la aprobación de la Constitución de 1978. Parece que con ella se adormecieron los fantasmas del pasado, pero ha transcurrido unos pocos años y parece que resucitan, incluso aparentemente con más fuerza y virulencia, es

decir de nuevo nos envuelve la duda sobre nuestra identidad nacional.

No hace mucho un político, cuando le expresé mi inquietud por la situación, me contestó: *“desengáñate, la España en la que tú crees ya no existe”*, incluso hemos oído estos días, al preguntársele a un administrador de la nación, sobre este concepto, ha respondido con la frase de que *“su Patria era la libertad”*.

La Patria es algo tangible, es el recuerdo histórico de los que nos precedieron, es el paisaje de nuestras tierras, es el cálido contacto con nuestros paisanos. El decir que la Patria es la libertad es pensar en una quimera, es como expresar el sentimiento de un religioso que abandona todo para ofrecerse a Dios, ya no existe para él nada más y en Él resume su concepto de Patria.

Pérez Galdós y Nicolás Estévanez, tienen sus propios conceptos de Patria. Del primero, y en su primer Episodio Nacional, Trafalgar, se compendia de una forma magnífica este concepto. Lo expresa de los labios de Gabriel Araceli, joven entusiasta, protagonista de toda la primera serie, en los momentos previos a la iniciación de la batalla de Trafalgar:

“Pero en el momento que precedió al combate comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de

nacionalidad se abrió en mi espíritu, iluminándole y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la oscuridad un hermoso paisaje. Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuerza, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria; es decir el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraba su embarcación fatigada del largo viaje, el almacén donde depositaban sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculos de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles transmitidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura e inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilar

caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia a nuestra existencia; desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no bastara"¹.

Estévanez es considerado como uno de los más preclaros republicanos españoles, por los republicanos actuales, y de hecho en el portal de internet de Izquierda Republicana, así se consigna, aunque también se recoge el sentimiento español de Estévanez:

*"Español hasta la médula, fue fiel hasta el fin de sus días a los ideales de la República Federal, a la que sirvió con entusiasmo digno de mejor agradecimiento. Fue enemigo del separatismo libertario y, algo que le honra a nuestros ojos de españoles, un defensor acérrimo de la pureza de nuestra lengua"*².

Don Nicolás entiende a la Patria en dos vertientes, una la común, la de todos los españoles y que transcribe a su amigo Guimerá.

¹ PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. Trafalgar*. Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1976, tomo I, págs. 43 y 44. (Lo subrayado es nuestro).

² INTERNET. Portal de Izquierda Republicana. *Personajes Republicanos*, de José Esteban.

Otra Patria es la particular, la que rodea al individuo, la que le hace recordar la infancia, las vivencias, los olores y todo lo que le es más familiar, su Patria chica, las Canarias:

*“La patria es una fuente,
la patria es una roca,
la patria es una cumbre,
la patria es una senda y una choza.
La patria es el espíritu
la patria es la memoria,
la patria es una cuna,
la patria es una ermita y una fosa.
Mi espíritu es isleño
como las patrias costas,
donde la mar se estrella
en espumas rompiéndose y en notas.
Mi patria es una isla
mi patria es una roca
mi espíritu es isleño
como los riscos donde vi la aurora”³*

Como modelos de reflexión sobre concepto de nación y patria, sirven perfectamente lo expuesto por Galdós y Estévanez, por ello, es bueno hablar de las vivencias de

³ ESTÉVANEZ, Nicolás. *Mi Patria es una roca*.

estas dos personalidades, principalmente del segundo, en un momento, hace más de ciento cincuenta años, cuando parecía que España desaparecería de la faz de las naciones y se convertiría en un conglomerado de minúsculos estados, sin defensa ni capacidad en el entorno internacional. Iba a ser una “Cuestión de Oriente” anticipada, una balcanización de la Península Ibérica.

Antes se ha indicado que el poema fue escrito por Estévanez cuando estaba preso en el castillo del Morro de la Habana, en este sentido hay que reseñar que no lo estaba por motivos políticos, sino puramente militares. Acababa de regresar, a Cuba, con su batallón de la guerra en la República Dominicana, la cual por segunda vez se había independizado de España. El Capitán general de la isla ordenó la disolución de la unidad, como tantas otras que había luchado en la corta contienda, simplemente por no ser necesarias, constituyéndose comisiones liquidadoras a tal fin, tal como se efectúa hasta nuestros días con las unidades que tienen este fin. El capitán Estévanez fue nombrado para integrarse en dicha comisión, teniendo durante la misma un altercado con un subordinado suyo que al parecer quería aprovecharse de la situación y quedarse con algunos de los efectos de la unidad, lo que don Nicolás, de recto sentido del deber no podía permitir, pero en vez de actuar estrictamente en el plano militar, llevado por su exaltado carácter, apostrofó e

incluso abofeteó al infiel subordinado. Las consecuencias no se hicieron esperar y un tribunal militar condenó a Estévanez a unos meses de prisión militar, que cumplió en el castillo del Morro, y desde el cual daba rienda a su imaginación a través de la escritura.



LÁMINA VII.—Don Nicolás Estévez en Santo Domingo, 1866.



Voluntarios de la Libertad protegiendo a los ciudadanos



CAPÍTULO I

BREVE SIPNOSIS HISTÓRICA DEL SEXENIO REVOLUCIONARIO

El período que transcurre entre 1868 y 1874 apenas merece un pequeño párrafo en los libros de historia de España. Conocemos el derrocamiento de Isabel II, el asesinato de Prim, el corto reinado de Amadeo de Saboya y por último el golpe de estado del general Pavía, entrando supuestamente a caballo en el Congreso de los diputados, pero veamos de una forma algo más pormenorizada todos los acontecimientos que se sucedieron, así como sus causas, para entender el comportamiento de **Estévanez** y las narraciones de Galdós.

El concepto de democracia parlamentaria era inexistente en la España decimonónica. El voto para elegir a los diputados, no era universal, es decir un hombre un voto, sino censitario, de tal manera que solamente tenían ese derecho los que pagaban unos determinados impuestos y tenían una vida holgada, alrededor del uno por ciento de los españoles. ¿Qué representación nacional podía darse con tal exiguo porcentaje?

Los partidos políticos existentes a mediados del siglo, eran el moderado, o derecha, con el general Narváez a su cabeza; el progresista, la izquierda para entendernos,

liderado por Prim y como cabeza histórica, Espartero; la unión liberal, o centro, capitaneado, primero por O'Donnell y a su muerte por el general Serrano, y luego había otros nacientes partidos, con escasa implantación popular, todos ellos más a la izquierda de los progresistas, como los republicanos unitarios y federales, los demócratas, los socialistas, anarquistas y otros. Aunque representados en las Cortes, dado el sistema parlamentario, únicamente se encontraban los moderados y una pequeña parte de progresistas.

¿Qué camino tenían todos los partidos menos los moderados para alcanzar el poder?, pues únicamente la revolución armada o el alzamiento nacional, y a esto último se afanó Prim en la década de los sesenta, reuniéndose con los hombres más representativos de todos los partidos extraparlamentarios, para que todos unidos y con el apoyo de unidades militares, derrocar el régimen, y de paso a la reina, Isabel II, a la que se consideraba causante de la inexistencia de reformas políticas.

En su fase conspiradora, Prim prometió a todos los grupos lo que querían escuchar. Prometió libertad total, de imprenta, de culto, de opinión, etc; sufragio universal; instauración de una monarquía o república, según el veredicto de las urnas; amplia autonomía para las colonias

de Ultramar, pero lo hizo de tal manera que a los monárquicos les prometió monarquía; a los republicanos, república; a los terratenientes, que no habría menoscabo de sus derechos; a los industriales, protección para la industria; a los socialistas, profundas reformas sociales; etc., de tal manera, que cuando llegó al poder le fue imposible cumplir con todos sus compromisos, incumpléndolos principalmente con los partidos más extremistas: republicanos, socialistas, anarquistas, independentistas cubanos y el incipiente movimiento obrero, los cuales, nada ver que sus demandas no eran atendidas, plantearon la lucha armada.

En septiembre de 1868, Prim, Serrano y Topete, como más representativos, se alzaron en Cádiz, exigiendo el inmediato abandono del reino a Isabel II. El apoyo de los republicanos, socialistas y anarquistas, fue vital para el triunfo de la sublevación militar, porque se echaron a las calles y las ocuparon en los primeros días, constituyéndose juntas de gobierno en ciudades y pueblos. El Gobierno fiel al régimen, levantó un ejército, que se enfrentó al sublevado en la batalla de Alcolea, siendo derrotado, comenzando con ello el llamado “sexenio revolucionario”.



Por todo el país se constituyeron Juntas Revolucionarias, atribuyéndose la soberanía en el territorio de su demarcación, de forma similar a las Juntas que nacieron en los albores de la Guerra de la Independencia. El primer problema que se le planteó al Gobierno provisional fue precisamente el hacerse obedecer y suprimir aquellas, creándose con ello los primeros enemigos.

En diciembre de 1868 y enero de 1869, los republicanos, tomando como pretexto el tema de las quintas, que en el programa revolucionario suscrito se tenían que suprimir, se alzaron en armas, participando como veremos el

entonces capitán **Estévanez**. Tras un período de relativa calma y la elección de Cortes Constituyente, en otoño de 1869, vuelven los republicanos a sublevarse, y con ellos **Estévanez**, el cual es detenido y preso en Béjar y después en Salamanca. Junto con estas especies de guerras civiles, que provocaron cuantiosos muertos y daños materiales en las infraestructuras, se producía el inicio de la guerra de la independencia cubana, alteraciones del orden en Puerto Rico y Filipinas, y los primeros hostigamientos rifeños en los aledaños de la ciudad de Melilla.

El año de 1870 se centró en la búsqueda de un rey para la monarquía parlamentaria que habían aprobado las Cortes, mediante la Constitución de 1869, la única verdaderamente democrática que ha tenido nuestra Patria, hasta la de 1978.

Los republicanos e independentistas cubanos, apoyados por partidarios de la restauración borbónica y otros grupos plenamente identificados, se aliaron para perpetrar un magnicidio, el asesinato del Presidente del Gobierno, don Juan Prim y Prats, que murió a consecuencia de sus heridas los últimos días de diciembre.



Juan Prim. Autor, Luis de Madrazo. Palacio del Senado

Amadeo de Saboya, que había salido de Italia para ocupar el trono al ser elegido por 190 parlamentarios, se enteró a

su llegada a Cartagena, que su principal apoyo había dejado de existir, entrándose desde ese momento en una continua agitación política, motivada por las discrepancias personales entre los dos sucesores del general asesinado, Ruiz Zorrilla y Sagasta, el distanciamiento político de los unionistas, que se acercaban a los que preconizaban la entronización del príncipe Alfonso, la aparición de partidas carlistas, que a la postre llevaron a España a una guerra civil, y las alteraciones callejeras de republicanos y socialistas, que veían alejarse sus posibilidades de alcanzar el poder.

Los políticos entendieron que para distender la vida nacional era necesario promulgar una amnistía, a la que se acogieron todos aquellos republicanos que habían tenido que abandonar España y los que se encontraban presos, como era el caso de Estévanez, volviéndose a la situación anterior, dado que los más radicales de los republicanos, a los que ya se les comenzaba a denominar como “intransigentes”, se prepararon de nuevo para hacerse con el poder mediante la insurrección popular armada. Por el contrario, los que habían luchado por la reina destronada, fueron admitidos en la vida nacional, sin participación política de ningún tipo, y los militares, destinados de cuartel y a media paga, lo que conllevaba otro punto de fricción.

No solamente estos dos colectivos estaban descontentos, sino también las víctimas de las partidas republicanas que se habían levantado en el otoño de 1869, muchas de ellas con más característica de bandoleros que de hombres en lucha por un ideal. Los cuadros de mando del ejército, afines al régimen revolucionario, no podían olvidar sus sensibles bajas, muchas de ellas a manos de compañeros, como **Estévanez**, por lo que la reinserción en la milicia de éstos no fue bien acogida, creándose un distanciamiento entre la oficialidad de uno y otro bando.

La guerra de Cuba, que parecía resolverse militarmente de forma favorable, se recrudecía en el terreno social, entre los cubanos partidarios de la independencia y entre los que deseaban seguir perteneciendo a la metrópoli. Los asesinatos de unos y otros, y la supuesta profanación de la tumba de un periodista españolista que había sido asesinado, por unos estudiantes de medicina, terminaron con el fusilamiento de estos, condenados por juicio sumarísimo, siendo la causa, como posteriormente veremos que **Estévanez**, solicitara la baja del ejército.

En el otoño de 1872 y hasta diciembre del mismo año, se produce una revolución republicana, en la que **Estévanez** es una de las cabezas visibles y más preeminentes, y que, aunque sofocada, fue el golpe de muerte del régimen de Amadeo I el cual, por enfrentamiento con el Gobierno a

causa de la disolución del cuerpo de Artillería, abdica el 11 de febrero, proclamándose a continuación la República.

Once meses duró el régimen republicano, en el cual fue nombrado **Estévanez**, Gobernador civil de Madrid, desde cuyo puesto tuvo que sofocar la sublevación de los milicianos monárquicos-radicales. Nombrado en junio, Pi y Margall, Presidente del ejecutivo, designó a **Estévanez** para ocupar la cartera de la Guerra, encontrándose con las primeras sublevaciones cantonales, y como su sofocamiento estaba en contra de sus principios políticos, tuvo el Gobierno que dimitir, dando paso a Nicolás Salmerón, también de efímera vida por cuestiones de conciencia, sustituyéndose Emilio Castelar, así mismo republicano, aunque de carácter más enérgico, que redujo a todos los cantones, excepto el de Cartagena, y cuya dura política con sus mismos correligionarios, provocaron que perdiera una votación de confianza el 3 de enero de 1874, nombrando los diputados para sustituirle a Eduardo Palanca, que no llegó a tomar posesión de su cargo, porque Pavía disolvió las Cortes a la fuerza.

Este es el entramado político y social y en él vamos a mover a nuestro personaje.

CAPÍTULO II

AGITACIÓN PRERREVOLUCIONARIA

Galdós relata en sus episodios “Prim” y “La de los tristes destinos”, en su acostumbrada forma, los acontecimientos que se sucedieron a lo largo de 1868 que culminaron con la abdicación de Isabel II. Estos dos episodios se enlazan tan perfectamente entre sí, que se podría decir que son un solo relato, repartido en dos tomos.

Es verdaderamente palpitante y se lee como una crónica periodística la historia española de los últimos años del reinado de Isabel II. Las frustraciones políticas de la oposición, las acciones casi dictatoriales de los jefes de Gobierno moderados y los distintos pronunciamientos, entre ellos, uno que tendría amplia resonancia posterior, el levantamiento de los sargentos del cuartel de San Gil, con el protagonismo del entonces capitán Hidalgo de Quintana, eslabón último de la abdicación de don Amadeo en 1873. En el año de 1868 fallecieron sucesivamente los dos paladines del trono: Narváez y O'Donnell, quedando la reina huérfana de mentores.

No menciona el novelista canario a Nicolás Estevénez, pero desde luego éste ya barruntaba lo que iba a ocurrir y a buen seguro habría establecido contacto con los elementos más revolucionarios.

Sin embargo, sus amigos canarios, con los que se cartea, no asumen estos planteamientos. Don Nicolás, aunque no radicaliza su posición, sí presenta con claridad su pensamiento y su postura.



Nicolás Estevanez en 1864 en Puerto Rico

En 1864 es destinado a Ultramar, participando en diversas operaciones militares en la isla de Santo Domingo, cuando de nuevo se independizó de España. En 1866 es trasladado a Cuba con su batallón, transcurriendo el episodio que se ha relatado en la introducción que culmina con su arresto en el castillo del Morro, desde el que escribe en verso a su amigo Agustín Guimerá, exponiéndole entre otras cosas:

*“Por aquí también se habla, se comenta, y se
murmura,
y los políticos hechos
son los que más nos ocupan.
Dicen que se está jugando
el cetro Isabel segunda,
y que la patria peligra,
y que el trono se derrumba; que si conspiran
los neos, que si predicán los curas, que si el
partido avanzado
se retira de las urnas,
que si al príncipe los capan, (no fuera mala
fortuna
que caparan a su abuelo cuando era príncipe
de Asturias),
que la monja de las llagas
se ha convertido en lechuza, que Figuerola ha
parido,*

*que Vicálvaro rebuzna,
en resumen, cosas graves
y noticias peliagudas,
de esa corte miserable, asquerosa y
nauseabunda, que orilla del Manzanares culto
rinde a la lujuria.*

...

*La guerra sólo se aprende en constante y fiera
lucha,
las cátedras no la enseñan, ni en los tratados
se estudia, y nuestros pobres marinos sin la
experiencia oportuna serán víctimas mil veces
de la americana astucia.*

*Pero coño, que no jueguen las meridionales
turbas, porque el león de Castilla está
mudando las uñas.*

*Como griten demasiado, haremos ver a esa
chusma lo que son las bayonetas
de Guad-Ras y de Guanuma,
y que sabemos trepar
si el coraje nos impulsa, hasta la cumbre del
Ande donde las nieves fulguran”¹.*

¹ GUIMERÁ PERAZA, Marcos. *Cartas de Nicolás Estévez*. Instituto de Estudios Canarios. Aula de Cultura de Tenerife. Madrid, 1974. Págs. 19 y 20.

Él es un militar ilustrado, ha pasado por la Academia Militar de Toledo, pero siente que, si sus conocimientos le servían en la guerra de África, no le eran de utilidad en los combates de Santo Domingo, apoyados los insurrectos por la naciente potencia de Estados Unidos y otras naciones americanas. Ante las humillaciones que tienen que sufrir, siente hervir su sangre española, y avisa del enfurecimiento del “león de Castilla”, aunque posteriormente se hará muy crítico con las actuaciones militares españolas.

Los biógrafos de don Nicolás, como si fuera el colofón de su trayectoria militar, apostrofan que *“fue un militar adelantado a su tiempo”*, con esta afirmación no tengo más remedio que disentir. El hablar de **Estévanez**, como un militar de izquierdas y por lo tanto ajeno al resto de su colectividad, no es un planteamiento correcto. Los oficiales del siglo XIX eran mayoritariamente de izquierdas.

La guerra de la Independencia hizo nacer un nuevo ejército en España. Hasta esa fecha para ser oficial era necesario ser noble de sangre y una pequeña parte procedente del cuerpo de sargentos ², pero las derrotas sucesivas de las fuerzas españolas hicieron que los

² Hasta el siglo XX no empezó a existir el cuerpo de suboficiales, hasta entonces los sargentos eran clase de tropa.

empleos fueran siendo ocupados por verdaderos líderes guerreros, constituyéndose por otra parte academias militares por todo el territorio nacional, en donde entraron estudiantes universitarios a los que no se les obligaba a demostrar pureza de sangre, sino simplemente conocimientos intelectuales. Este ejército, ya de formación liberal, apoyó la Constitución de 1812, siendo a continuación depurados sus miembros durante el reinado absolutista de Fernando VII.

La guerra carlista de 1833 a 1840 obligó a la reina Gobernadora, María Cristina, a valerse de los “liberales”, dado que los oficiales absolutistas apoyaron al pretendiente Carlos María Isidro de Borbón, hermano del fallecido rey. Este ejército venció a los carlistas y fueron protagonistas de diferentes pronunciamientos: 1834, 1836, 1837, 1840 y 1843, dividiéndose en dos facciones políticas, moderados y progresistas, siendo preponderantes los segundos, dada la extracción social del propio cuerpo de oficiales y la cúpula militar, la inmensa mayoría de extracción humilde pero encumbrados y en ennoblecidos a través de sus éxitos en campaña.

La revolución de 1856 y los distintos pronunciamientos de la década de los sesenta, fueron protagonizados por los progresistas, liderados por generales de esta tendencia.

La revolución de 1868 que derrocó a Isabel II, se gestó gracias al apoyo de los progresistas militares, es decir la izquierda del siglo XIX español. Por ello expresar que **Estévez** fue un militar adelantado a su tiempo, no es afirmar la verdad de la situación, dado que en aquel momento muchos de sus compañeros comulgaban con sus ideas.

El punto de inflexión, el hecho de que el ejército se alejara de veleidades revolucionarias, fue precisamente el Sexenio Revolucionario, cuando la Patria común de todos los españoles, España, parecía que se desmembraba y que desaparecía del contexto de las naciones civilizadas.

Se puede decir que en 1868 un ejército de izquierdas, apoyó una revolución de izquierdas, pero que los desaciertos de los políticos que lideraron esta revolución, ocasionó la desilusión de los componentes de las fuerzas armadas, convirtiéndose a partir de ese momento, no en un conjunto de “derechas”, hablando ideológicamente, sino en “conservador”, harto de alteraciones de la vida nacional a base de pronunciamiento, alzamientos y sublevaciones militares.

Recientemente, el ilustre historiador, don Carlos Seco Serrano en el prólogo de un libro sobre el pensamiento del militar del siglo XIX, escribe:

“Hay tres retos a los que el Ejército –la mentalidad militar, tanto en jefes como en oficiales- es especialmente sensible: el que supone el desorden generalizado; el que amaga con una ruptura desastrosa de la unidad nacional; el que se presenta como subversión anárquica en las propias filas –la indisciplina que en 1873 sería consecuencia del colapso de las Ordenanzas-. Fue este triple reto, desencadenado en la España del sexenio supuestamente “democrático”, el que actuó como razón decisiva para convertir en ideológicamente conservador al Ejército que en torno al 68 era, en la cúspide de su trayectoria liberal, mayoritariamente progresista”³.

Con respecto al concepto de Patria, Seco Serrano, expone:

“A lo largo del siglo, los problemas por los que atraviesan las relaciones entre civiles y militares, hacen que el concepto popular se desvanezca poco a poco, de modo que al finalizar el siglo adquiere cada vez más forma un extraño concepto de Patria sublimada, por encima del pueblo, que el militar va acuñando ante la desesperación del sacrificio por defender a alguien que no quiere, o no entiende que le defiendan. El Ejército que comenzaba el

³ GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, Pablo. *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*. Ediciones Ministerio de Defensa. Madrid, 2003. Pág. 15.

siglo XIX con talante liberal y que luchó durante casi todo el siglo contra la reacción, terminó mucho más conservador”⁴.

Cuando se habla de **Estévez**, el biógrafo lo ve con una perspectiva actual, en la cual los oficiales de nuestro ejército, al margen de su ideología política particular, tienen un concepto de Estado conservador, quieren la evolución, pero rehúyen la revolución. Pero este oficial de nuestros días no se parece en nada al de 1868. **Estévez** era un oficial parecido a los demás, aunque eso sí, más exaltado y con una carga de ideología anarquista importante, extraña en cualquier uniformado.

Al no pretenderse que esta obra sea una biografía de Nicolás **Estévez** y Murphy, no entraremos en el transcurso de su vida entre 1866 y 1868. Parece que estuvo en “destinos civiles”, que correspondía a una situación militar en la cual un oficial pasaba a cumplir sus obligaciones en la Administración civil del Estado, en un puesto acorde con su categoría militar y sus conocimientos. En el mes de septiembre del último año llega a España procedente de Londres.

No participa activamente en la sublevación militar y popular de septiembre de 1868, la llamada “septembrina”,

⁴ GONZÁLEZ-POLA. Ob. Cit. Pág. 17.

aunque la acepta plenamente, sintiéndose defraudado cuando tras las primeras declaraciones del Gobierno provisional revolucionario, se desprende que el régimen que se instauraría era casi con toda seguridad el monárquico, cuando el propio Prim, líder indiscutible del alzamiento, había prometido que la configuración posterior de monarquía o república se dejaría a la voluntad popular.

Estévanez contactaría con determinados elementos republicanos, al mismo tiempo que solicitaba su reingreso en el ejército, y esperando destino se encuentra en Cádiz.

CAPÍTULO III

EL ALZAMIENTO REPUBLICANO DE DICIEMBRE DE 1868 Y ENERO DE 1869

No narra el biógrafo de **Estévanez**, Guimerá, los alzamientos republicanos de diciembre y enero de los años 1868 y 1869, siendo tal vez los más sangrientos de todo el período y en los que más participó el pueblo en armas.

Don Nicolás **Estévanez** sin embargo asegura que se encontró en las sublevaciones en las ciudades de Cádiz y Málaga, la primera sublevada en los primeros días de diciembre de 1868 y la segunda a finales del mismo mes y principios de enero de 1869, tal como expone en una de sus cartas a Ramón Gil Roldán:

“Los de Valencia, sólo se pueden comparar a los de Málaga y Cádiz (donde estuve en mangas de camisa, mi bello ideal) en diciembre de 1868 y enero de 1869”⁵.

¿Qué ocurrió verdaderamente en Cádiz?

Las declaraciones de los líderes de la Revolución, generales Serrano, Prim y Topete, sobre el proceso a seguir, apuntando a una monarquía parlamentaria y

⁵ GUIMERÁ PERAZA. Ob. Cit. Pág. 35.

verdaderamente democrática, no cayó bien entre los republicanos que habían apoyado el movimiento, parte de los cuales, los radicales, socialistas y anarquistas, consideraron que la única forma de encausar adecuadamente la revolución, según sus intereses, era la insurrección armada.



**El movimiento revolucionario en la zona de la Cuestas de las Calesas.
Diario de Cádiz. Autor: Diego Caro Cancela, Universidad de Cádiz
Septiembre 2018**

Anteriormente se ha expuesto que la llamada a quintas, cuya promesa de supresión había sido uno de los puntos del programa político firmado por todos los grupos políticos, había sido la causa del alzamiento popular. La verdad es que fue sólo un pretexto, porque ya había sido previsto por los más intransigentes del republicanismo, bien es verdad que, sin una coordinación planificada, para

hacer coincidir el movimiento en toda la geografía española.

En la provincia de Cádiz todo comenzó como una petición de los jornaleros pidiendo trabajo al ayuntamiento del Puerto de Santa María, cuyo alcalde, Javier Winthuysen, advirtió a los representantes de aquellos que fueron a exponerle sus condiciones, de que solamente podía darlo a 500, y ello con un salario reducido. Era el día 4 de diciembre de 1868.

No contentó a los jornaleros la respuesta del alcalde, por lo que ocuparon el centro de la ciudad, obligando a éste a solicitar el apoyo militar a la próxima Jerez, enviando el comandante militar de ésta, brigadier Pazos, al batallón de cazadores de Madrid, acudiendo también desde Cádiz el Gobernador Civil para hacerse cargo de la situación, y aprestándose a hacer lo mismo, las fuerzas necesarias de la guarnición gaditana, siendo precisamente el anuncio de la salida de las tropas, el preludio de la insurrección armadas.

A la llegada conjunta del batallón de "Madrid" y el Gobernador, se conminó a las unidades de voluntarios de la libertad y al resto de los ciudadanos que entregaran las armas en el plazo improrrogable de tres horas. El efecto

fue contrario al previsto, y alegando que era una traición a la Revolución, los voluntarios se unieron a los jornaleros.

Al atardecer del día 5, las tropas se aprestan a atacar a los revoltosos. El alcalde, al frente de una compañía de cazadores avanza por la calle Rivera, en la zona denominada Puerto Escondido, enfrentándose a tiros con los amotinados que han levantado barricadas y ocupados las casas colindantes, haciéndoles fuego desde las azoteas. Pero la mayor disciplina de la tropa, acaba con el motín, no sin dejar sensibles pérdidas por ambas partes, restableciéndose la calma en la ciudad.

Al anochecer del mismo día, llega al Puerto de Santa María el brigadier Pazos, el cual promulga el estado de sitio, en consonancia con la ley de 17 de abril de 1821, y el Gobernador Civil, resigna el mando en el militar. La llegada desde Sevilla del batallón de “Barcelona”, y la ocupación por las tropas de los puntos clave de la ciudad, aseguran totalmente la tranquilidad.

Pero las noticias procedentes de Cádiz no son alentadoras, anunciándose telegráficamente que a las cuatro y media de la tarde del día 5 había comenzado la insurrección en la capital. El brigadier don José de Pazos y el Gobernador Civil, junto con el batallón de cazadores de “Madrid” se preparan para acudir a la nueva alteración

del orden, dejando al mando de la ciudad, al teniente coronel de “Barcelona”, con la consigna de mantener el estado de sitio hasta nueva orden.

La insurrección gaditana, aparentemente toma desprevenida a las autoridades civiles y militares, existiendo indicios fehacientes que se podía producir acontecimientos violentos. De hecho, ante los enfrentamientos entre las distintas unidades de los voluntarios, cada una de un matiz político diferente, el Ayuntamiento tiene que resignar la facultad del mando y organización de la milicia voluntaria en el Gobernador Civil, lo que provoca mayor crispación entre los milicianos republicanos que veían en este hecho una primera fase de la retirada de sus armas. Así mismo, según noticias periodísticas, el día 3 de diciembre, numerosos grupos de hombres armados, procedentes de los pueblos de la provincia, se dirigieron a la capital “para combatir”, lo que es un indicio directo de que se preparaba una insurrección republicana, y que el pretexto del alzamiento era lo de menos.

Un periodista, comisionado por el diario “La Andalucía”, relata los acontecimientos en aquellos primeros días:

“... me dirigí por la vía hasta encontrar un grupo de paisanos armados, los cuales me manifestaron que era

imposible entrar en Cádiz, pues se había trabado una lucha en el terreno de la fuerza, entre una parte del pueblo y otra del ejército ⁶. *Que el fuego había empezado la tarde* ⁷ *anterior, continuando hasta las once y media de la noche; y que los insurrectos ocupaban en su sentir, puesto que se hallaba incomunicado con la plaza, la parte de ésta, comprendida entre la plaza de San Juan de Dios y la puerta de Tierra ... Firme en mi empresa llegué hasta el barrio de San José encontrándolo en completa insurrección; los voluntarios dominaban allí y apoderados de las azoteas se disponían a rechazar las fuerzas que esperaban los atacasen. El estado de aquel barrio, las desgracias que en él habían ocurrido pues además de dos muertos había varios heridos, y al no poder entrar en la plaza, porque desde los cuarteles de S. Roque y Sta. Elena y desde la muralla que corona la puerta de Tierra así como desde el glacis se hacía fuego, comprendí que mi propósito, aparte de temerario, era irrealizable ... A eso de la una del día la fragata Tetuán ha levado anclas, y situándose en paraje conveniente ha comenzado a lanzar granadas contra los insurrectos ... Son las cinco de la*

⁶ Los sublevados ocuparon la batería costa de "La Cortadura", impidiendo la comunicación férrea con la ciudad. Aparte de ello hicieron un levantamiento de varios tramos de vía. El buque "Villa de Madrid" bombardeó la citada batería de costa.

⁷ La insurrección comenzó el día 5 de diciembre de 1868 a las cuatro y media de la tarde.

tarde. Empieza nuevamente el fuego de cañón. Parece que fuerzas llegadas del Puerto de Sta. María han emprendido un vigoroso ataque por los muelles. Cierro ésta y se la envío a V. por conducto seguro”⁸.

Las primeras noticias son muy confusas. La escasa guarnición militar que había en aquellos momentos, hacían presagiar lo peor. De hecho, se produjeron bajas en ambos bandos, más numerosas en los insurrectos, de tal manera que los cónsules extranjeros, liderados, según parece por el norteamericano, proponen a las partes un armisticio de 48 horas, para enterrar a los muertos y que pudieran salir de la ciudad las mujeres y los niños, dado que los hombres, lo impedían los republicanos, que obligaban a cualquier varón en edad de tomar las armas, a unirse a las fuerzas populares.

La tregua comenzó el día 7 a las cinco de la tarde, debiendo finalizar el día 9 a la misma hora, siendo prorrogada, por las manifestaciones de los insurreccionados de rendirse, aunque entregando las armas a una potencia extranjera, concretamente al capitán de una fragata norteamericana que se encontraba en la bahía gaditana.

⁸ EAM. Edición de 10 de diciembre de 1868. Recoge una crónica del corresponsal del diario “La Andalucía” del día 6.

La prensa se hace eco de los jefes de la insurrección, como un tal Junco, sastre de profesión; Salvochea, que con el transcurso del Sexenio se hará famoso como revolucionario, pero que en aquel momento el diario “La Política”, decía de él: “... *hijo de una familia conocida y honradísima, mozo terne* ⁹ *y calavera plagado de vicios, que con esta hazaña ha coronado dignamente su vida relajada y llena de aventuras* ¹⁰; Marimen, Mota, Biseca, Cuenca y Cuesta, pero en ningún momento se cita el nombre de Nicolás **Estévanez**, aunque la misma prensa, se hace eco de la declaraciones de militares y políticos, que indican que un militar debe encontrarse al frente de los sublevados, dadas las disposiciones adoptadas:

“Las cartas de Andalucía suponen que los insurrectos, aumentados con 700 presidiarios, ascienden a unos 2.000 y pico de hombres. Nada se sabe con exactitud de la bandera que han levantado, pero se cree que además de Junco debe estar al frente de la rebelión algún militar inteligente, pues así se deduce la defensa” ¹¹.

Desde distintos medios se culpa del origen de la insurrección a elementos borbónicos que pretendían la

⁹ Palabra que hoy en día no se emplea, pero que significa “valentón”.

¹⁰ EAM. Edición de 15 de diciembre de 1868.

¹¹ EAM. Edición de 13 de diciembre de 1868. Trascibe una crónica del diario “La Época”, sin decir la fecha de la misma.

involución rápida y el regreso de Isabel II; a radicales europeos que querían la implantación en España del socialismo y federalismo; a intereses norteamericanos, como una forma de luchar por la independencia cubana; y e incluso se acusa al duque de Montpensier de encontrarse involucrado en estos sucesos, obligándole el Gobierno a regresar a Lisboa. El duque en declaraciones antes de su regreso al exilio, expuso que iba a Cádiz a ponerse, como general, a las órdenes del general en jefe del ejército sitiador, y que en caso de que no se le quisiese como tal, combatiría como un soldado más, en una postura muy dada con el romanticismo de la época.

El diario “La Nación”, publica:

*“Allí se sospecha, y aun se tiene por cosa cierta que manda uno de los exgenerales de aquella desatendida (sic) exreina ...”*¹².

Estas afirmaciones de que al frente de los sublevados se encuentran militares, da pie a pensar que efectivamente Nicolás **Estévanez** era uno de ellos, sin ser identificado, ni ser apresado posteriormente, bien es verdad que de la insurrección aquella, al igual de la que ocurrió días más tarde en Málaga y otras regiones del territorio nacional, se optó por hacer tabla rasa, poniendo en libertad a los

¹² EAM. Edición de 13 de diciembre de 1868.

detenidos, como un gesto de magnanimidad del Gobierno y en un intento de atraerse por este método a los republicanos más intransigentes.

En aquellos días de diciembre se encontraban en la isla gaditana, varios cientos de soldados destinados a Ultramar, 800 de los cuales se unieron a los sublevados, alentados según parece por esbirros de los independentistas cubanos, que amedrentaron a los soldados con el augurio de que en Cuba le esperaba la muerte a causa de las enfermedades.

¿Qué hacía **Estévanez** en Cádiz? Por Orden de 7 de noviembre de 1868 reingresa en el ejército con grado de comandante de infantería, y como durante los años anteriores había estado alejado de la Península, últimamente en Londres, de donde regresa en septiembre, seguramente, al encontrarse su suegra en Cádiz, decide, junto con su familia, esperar el destino militar que le correspondería. Esta es la razón de encontrarse en situación de cuartel en la “Tacita de Plata”, que pocos días más tarde iba a ser precursora de los levantamientos republicanos.

“El Comercio” de Cádiz del jueves día 10, publica una narración de los violentos acontecimientos vividos:

“TRES DÍAS MEMORABLES PARA CADIZ.

Bajo la impresión de los sangrientos sucesos de los días 5, 6 y 7 de este mes, hemos escrito los siguientes apuntes, a medida que las noticias iban llegando a nuestro conocimiento.

No respondemos, no podemos responder de que sean enteramente exactos lo que damos a nuestros lectores.

SÁBADO 5.

A consecuencia, sin duda, de las comunicaciones que vendrían a nuestras autoridades del Puerto de Sta. María, se dispuso, o así se inauguró por lo menos, que saliesen algunas fuerzas del ejército para el Puerto de Santa María, y bien pronto las masas populares y los voluntarios de la libertad llenaron la plaza de S. Juan de Dios y sitios inmediatos.

En estas circunstancias, el señor gobernador militar hizo publicar un bando declarando la plaza en estado de guerra y mandando que en el término de tres horas se hiciese entrega de toda clase de armas a la autoridad.

Era esto lo mismo que ordenar el desarme de la Milicia, cuya actitud hostil desde aquel momento no permitía dudar de que se acercaba el de la resistencia.

Y en efecto, la resistencia vino al fin y continúa a la hora en que escribimos estas líneas. Los voluntarios se hicieron fuertes en varias casas de la plaza de S. Juan de Dios, ocupando además la Casa Capitular. El fuego se rompió a las tres y media de la tarde entre los mismos voluntarios y la fuerza de artillería, la cual hizo uso más tarde de varias piezas que desde la muralla disparaban sobre la plaza.

Los carabineros y la Guardia civil tomaron posesión de la Aduana y allí se encuentran a las órdenes de la autoridad.

Nada hemos podido averiguar sobre las posiciones que haya tomado el regimiento de Gerona.

El señor gobernador militar acudió desde los primeros momentos al teatro de la lucha, y dirige y ordena el movimiento de las tropas.

Al anochecer se levantaban barricadas en las calles contiguas a la plaza de San Juan de Dios.

Era imposible acercarse a aquellos sitios, y por consiguiente carecemos absolutamente de noticias sobre los pormenores de esta lucha fratricida de españoles con españoles, lucha en la cual ha habido sangre por una y otra parte, sangre preciosa, porque es de compatriotas nuestros, y sangre estérilmente derramada, porque es el

costoso tributo que pagan unos y otros a nuestras lamentables discordias.

El aspecto de la población es triste y sombrío.

Todos o casi todos los establecimientos están cerrados.

DOMINGO 6.

A las doce del día: El fuego ha continuado toda la noche prolongándose hasta el extremo de la ciudad por la parte del parque de artillería. Las tropas no han intentado penetrar en la población. Ocupan al parecer una extensa línea que forman las murallas, la Alameda, y el campo del Perejil hasta los castillos. En la Alameda, sin embargo, no hay fuerza alguna. El edificio de la Aduana viene a ser el centro de las operaciones.

La ciudad está completamente abandonada por las autoridades, no se ve en el interior de ella un municipal, ni un guardia civil, ni un agente policial. Los serenos tampoco han hecho su servicio nocturno. Los voluntarios van y vienen libremente con sus armas sin que nadie se les oponga. En casi todas las calles hay barricadas y siguen aún levantándose algunas más.

A pesar de la festividad del día las iglesias están cerradas. Transita muy poca gente por las calles. No se han abierto

otro establecimiento que los que surten al vecindario de los artículos de más indispensable consumo.

Al amanecer se oyó tocar a fuego. Decíase que estaba ardiendo una casa a consecuencia de un tiro de metralla.

Entre ocho y nueve de la mañana recorrimos una parte de la población para enterarnos por nosotros mismos del estado de las cosas; pero bien pronto tuvimos que retirarnos, porque faltaba ya la seguridad en las calles por donde anoche podía transitarse. Era muy expuesto, por no decir imposible, penetrar en las que van a la Aduana lo mismo que en las del Veedor y Jardincillo que desembocan en la plaza de Méndez y parque de artillería.

Dícese que anoche salieron dos vapores para traer tropas a Cádiz. Las fuerzas populares, se manifiestan, sin embargo, muy animadas y su espíritu no ha decaído de ayer a hoy. El grito que más generalmente se oye es el de viva la república. Háblase de que hay escasez de municiones.

Sentimos decir que durante la noche y el día de hoy han ocurrido nuevas desgracias, lo mismo en las tropas que en la fuerza popular, y aun entre personas pacíficas a quienes ha alcanzado alguna que otra bala al pasar por los sitios más comprometidos. Parece que hay ya muchos heridos en los hospitales.

Se ha fijado en las esquinas un impreso llamando al pueblo a las armas. Hay también carteles que dicen Pena de muerte al ladrón.

A las diez de la noche: El fuego ha continuado casi sin interrupción hasta las ocho de esta noche, y muy nutrido en algunas ocasiones.

Una parte de la fuerza de artillería se replegó por la mañana al parque y a los demás edificios contiguos, desde cuyos puntos disparaban contra las barricadas establecidas en las calles que van a parar a la plaza de Méndez Núñez y en la de Enrique de las Marinas. Las balas llegaban hasta la plaza de S. Antón y la de Mina. Los voluntarios contestaban sin cesar desde las barricadas al fuego de los artilleros.

Por la parte de la muralla que da a la plaza de S. Juan de Dios, había fuerza de carabineros y de la Guardia civil que se tiroteaba con la milicia situada en el ayuntamiento y sus inmediaciones.

El fuego era también constante en todas las calles que van a la Aduana o la muralla.

Dícese que los voluntarios se han apoderado de dos piezas de artillería, de un carro con municiones y de algunos víveres destinados a la tropa. También se han

apoderado de muchos militares que en clase de prisioneros se encuentran en la casa capitular.

Se hace ascender a cuarenta el número de bajas que han tenido los voluntarios.

Las tropas han sido reforzadas con el batallón de cazadores de Madrid que ha venido de Puerto de Santa María por mar y ha desembarcado en el muelle de Sevilla.

Hasta la hora en que escribimos, las tropas ocupan las mismas posiciones sin haber emprendido ningún movimiento ofensivo.

Nada sabemos del regimiento de Gerona. Dícese que se haya sobre las armas por la parte inmediata de la Puerta de Tierra, la cual está cerrada no permitiéndose que por allí entre persona alguna en la ciudad.

El aspecto de la población es esta noche imponente. Las tiendas cerradas. Las calles desiertas. No se oye más que el alerta y el quien vive de los centinelas que hay en casi todas las barricadas.

La crisis es terrible y se prolonga mucho más de lo que podía esperarse.

En medio de todo, hay seguridad para los vecinos pacíficos y debe elogiarse la conducta de los voluntarios que se abstienen de molestar al vecindario y hacen su penosísimo servicio con una constancia admirable y con una completa subordinación.

LUNES 7.

A las doce del día: La situación se agrava. Desde las cinco de la mañana ha continuado con gran violencia el fuego de cañón y de fusil. En la Aduana hay bandera negra lo mismo que en varios edificios que ocupan los voluntarios. Alguno que otro buque de guerra dispara también sobre la ciudad.

A las ocho se dijo que había empezado el movimiento ofensivo de las tropas. Lo que hubo fue que desde la Aduana vinieron algunos soldados o carabineros por la calle de Pedro Conde con objeto, sin duda, de hacer un reconocimiento. Llegaron, según parece, hasta la calle de la Carne y sostuvieron un fuerte tiroteo con los voluntarios, de cuyas consecuencias tuvieron dos bajas y se retiraron.

Más tarde hubo otro combate en la Alameda con los cazadores de Madrid. Los voluntarios dicen que sus contrarios perdieron en él siete hombres (cinco muertos y dos heridos) y que ellos tuvieron un herido.

En la plaza de Méndez Núñez los artilleros se han ocupado en levantar una barricada. Las fuerzas populares han tratado de impedirlo y con este motivo ha habido de parte a parte un fuego muy vivo, habiendo ocurrido también algunas desgracias.

Varias balas o granadas han caído en la población. Una de ellas ha penetrado encima del establecimiento de tabacos de la plaza de San Antonio esquina a la calle Ancha.

Las balas de fusil se oyen silbar a cada instante: muchas han caído cerca del sitio en que escribimos y aun hemos recogido algunas que conservamos como triste recuerdo de tan lamentables sucesos.

En la plaza de San Juan de Dios las fuerzas populares han rechazado un vigoroso ataque de la tropa que ha intentado apoderarse de la Casa Capitular. Aquellas han hecho uso de uno o dos cañones convenientemente situados y con cuyos disparos parece que han causado considerable número de bajas a sus contrarios.

Sobre todo esto corren noticias que no nos atrevemos a consignar aquí, porque es posible que sean exageradas.

Se dice también, pero nos parece que esto no debe ser exacto, que desde algunas casas en el interior de la

ciudad se ha hecho fuego a los voluntarios y que a consecuencia de ello hay nuevas desgracias que lamentar.

Háblase igualmente de que esta mañana se encontró un voluntario muerto junto a una de las barricadas.

En la calle de San José, en la de la Zanja y en otras muchas se han levantado hoy nuevas barricadas para organizar la resistencia contra cualquier invasión de las tropas.

El tránsito por las calles se hace cada vez más difícil y peligroso, pues las balas cruzan por todas partes.

¡Qué situación!

Hay calles donde los vecinos no pueden salir ni aun para proveerse de lo más necesario para su subsistencia. Los cadáveres de las personas que han fallecido de muerte natural están insepultos en las casas por la imposibilidad de enterrarlos. En los sitios donde es más vivo el fuego hay también cadáveres que no pueden retirarse por impedirlo las balas que se cruzan sin cesar.

Faltan completamente algunos artículos de consumo, como la carne, el pescado, la verdura, etc.

A las diez de la noche: El fuego de cañón ha concluido desde las dos de la tarde, y el de fusil ha disminuido mucho, habiendo cesado casi del todo por la parte de la plaza de Méndez Núñez. Donde se han oído y se oyen disparos con más frecuencias es hacia la Aduana y la plaza de San Juan de Dios. Dícese que el regimiento de Gerona hace fuego desde su cuartel.

La situación, por lo demás, no ha cambiado. Las tropas ocupan al parecer las mismas posiciones. Las de la Aduana han levantado barricadas ocupando además las casas que hay enfrente del edificio. En las fuerzas populares se nota esta noche gran vigilancia.

Por la tarde se publicó un bando previniendo que todas las personas que salgan a la calle con armas después del toque de oraciones, serán detenidas en las barricadas y tendrán que dar el santo y seña. A los que no respondan a quién vive de los centinelas, se les hará fuego.

Con este motivo las calles han estado más solas aún que anoche y únicamente las voces de alerta interrumpen a menudo el imponente silencio que reina en la población.

Esta tarde se ha dicho que el cuerpo consular ha interpuesto su mediación para procurar el término de tan horrorosa lucha. En las casas de los cónsules ondean estos días las banderas de sus respectivas naciones.

MARTES 8.

A las ocho de la mañana: Hoy, día de la Inmaculada Concepción, día de la patrona de España, empezamos a abrigar la grata esperanza de que tengan próximo fin los gravísimos conflictos que rodean a Cádiz desde el sábado.

El fuego ha cesado completamente en toda la línea ocupada por las tropas.

En la Aduana hay banderas de parlamento. La fuerza del ejército ha abandonado la plaza de San Juan de Dios. Los voluntarios guardan la puerta del mar.

Puede ya transitarse por aquellos sitios. La casa capitular está acribillada a balazos y destruido el balcón principal. Es grande el destrozo de los cristales que han hecho las balas. Corren noticias contradictorias y tal vez exageradas sobre las pérdidas que han sufrido estos días las tropas. Se hacen ascender a más de 350 hombres. Parece que el señor gobernador militar está herido. Se ha encargado del mando el general segundo cabo señor Laserna, que ha venido de Sevilla.

Se dice que los cónsules se hallan reunidos y que hay conferencia en la Aduana para venir a un arreglo.

A las nueve: Un repique general de campanas reanima a la población y lleva la esperanza a todos los corazones.

Parece que se ha pactado una suspensión de hostilidades; lo cual era de absoluta necesidad, aunque no tuviese más objeto que enterrar los cadáveres.

Los voluntarios reciben por todas partes parabienes y felicitaciones. Se han distinguido en efecto, por su valor, por su constancia, por su serenidad en el peligro, y al mismo tiempo por su admirable disciplina. En Cádiz no hay memoria de una lucha semejante.

A la una de la tarde: Una numerosa reunión de vecinos acaba de verificarse en el Casino. Se ha nombrado una comisión de quince o veinte personas que pase a conferenciar con el Sr. Gobernador Militar y con el comité democrático para procurar un arreglo pacífico y honroso.

A las diez de la noche: Siguen las conferencias y no se sabe aun el resultado; pero hay esperanzas de que todo concluya pacíficamente. El armisticio será de 48 horas que han empezado a contarse a las seis de la tarde de hoy. Las precauciones continúan esta noche lo mismo que en la de ayer.

MIÉRCOLES 9.

Hay se ha firmado un arreglo cuyas condiciones ignoramos; pero parece que las principales de ellas son dejar las cosas como estaban antes de publicarse el bando del gobernador militar, señor Peralta, y mantener la actual organización de la milicia ciudadana. Añádase que la guarnición de Cádiz será relevada, aunque no se haya pactado esto como condición de arreglo. Esto ha sido sometido a la aprobación del gobierno; pero nadie duda de que el gobierno lo aprobará”¹³.

Conforme se agravaban las noticias sobre la lucha y los acontecimientos, el Gobierno decidía la constitución de un ejército de operaciones, al mando del capitán general de Sevilla, Caballero de Rodas, para sofocar cualquier foco de sublevación, sedición, amotinamiento, alteración de orden público, etc., que se produjera en Andalucía, y de hecho el diario “El Eco de Jerez”, en su edición del 11 de diciembre, publicaba:

“Ayer tarde llegó a nuestra ciudad el capitán general de Andalucía, Caballero de Rodas, acompañado de su estado mayor y una escolta de húsares. Le esperaban en la estación varias personas, entre las que se contaba el señor don José de la Sierra y Agüera, que ofreciéndole su carruaje le condujo a su casa, donde se ha hospedado.

¹³ EAM. Edición de 13 de diciembre de 1868.

El jefe de estado mayor señor Sánchez Bregua y los señores Ceballos y Alaminos, jefes de dos divisiones, también se encuentran en nuestra ciudad”¹⁴.



Teniente general Caballero de Rodas. Ilustración Española y Americana, 1876

¹⁴ EAM. Edición de 13 de diciembre de 1868.

La sublevación gaditana no tiene buena prensa, incluso en la republicana, que tacha de insensato el hecho. El diario de esta tendencia, “El Pueblo” publicaba un editorial con el título: “O Necios, o Malvados: de todos modos, ingratos”, que entre otras cosas exponía:

“¿Qué quieren los sublevados de Cádiz? ¿qué pretenden? ¿qué idea les sirve de norte en su insensata y criminal intentona? ¿qué ciego furor se ha apoderado de ellas para derramar la sangre de los soldados leales y hacer que se derrame su sangre en fratricidas combates, echando un negro borrón sobre el magnífico cuadro que a Europa y al mundo presenta esta noble y trabajada España a virtud del glorioso alzamiento iniciado en esa misma ciudad? ... ¿Por qué os habéis sublevado? ¿Cuál es la Bandera que enarboláis? ¿La de la República federativa (sic)? Pues no significa ni puede significar hoy por hoy otra cosa que la utopía en el terreno de la ciencia, y si dable fuera que esa utopía se convirtiese en realidad, significaría otra cosa peor para mi patria española que adoro con mucha más adoración que a la libertad, que quiero con mucho más cariño que a la República, pues ante todo soy español, porque significa en primer término anarquía, en segundo desmembración y en tercero y último su muerte triste, dolorosa y deshonrada a manos del bárbaro extranjero ... Por esto condenamos y no podemos menos de condenar con todas nuestras fuerzas

*el movimiento de Cádiz, que envuelve ingratitud, que hace daño a la libertad, que nos desacredita a los ojos de la Europa y nos empequeñece ante la historia imparcial y severa”*¹⁵.

Las cuarenta y ocho horas de armisticio fueron suficientes para que los insurreccionados se dieran cuenta de que no contaban con el apoyo del resto de los republicanos de la nación y que su situación empezaba a ser desesperada, por lo que solicitaron del cuerpo consular acreditado en Cádiz, principalmente al de Estados Unidos, que intermediaran para que la situación volviera a ser la misma que antes del comienzo de los enfrentamientos, barajándose incluso que las armas se entregaran a las autoridades internacionales.

Un diario nacional, opuesto al republicanismo, publica un editorial que bajo el título “O represión enérgica o anarquía”, comenta entre otras cuestiones:

“Los insurrectos no piden menos que una transacción honrosa; que se eche un velo sobre todo lo ocurrido, que los republicanos conserven sus armas, y por primera condición que se de participación en el gobierno al elemento republicano.

¹⁵ EAM. Edición de 13 de diciembre de 1868.

Unos republicanos han pretendido tratar con el gobierno constituido de potencia a potencia, pidiendo la impunidad para otros republicanos rebeldes que han ensangrentado la ciudad de Cádiz.

Nada de condiciones ... Los republicanos de Madrid pronunciaron entonces con estas o semejantes palabras la sentencia de los republicanos de Cádiz, y si entonces hablaban sinceramente, deben ponerse los primeros al lado del gobierno provisional y pedir antes que nadie la represión y el castigo del crimen cometido ...”¹⁶

Las condiciones para llevar a cabo la rendición fueron consideradas inaceptables por el Capitán general, Caballero de Rodas el cual, en telegrama al Gobierno, el día 10 a las tres y cuarenta y tres minutos de la tarde, desde Jerez, remitía lo siguiente:

“El general en jefe al presidente del consejo de ministros:

Las proposiciones de los insurrectos de Cádiz, son de tal naturaleza que no puede discutirse sobre ellas. No son los cónsules los que han tomado la iniciativa, sino que se limitaron a transmitir los deseos manifestados por un grupo de ciudadanos para evitar la efusión de sangre”¹⁷.

¹⁶ EAM. Edición de 15 de diciembre de 1868.

¹⁷ EAM. Edición de 15 de diciembre de 1868.

Sin embargo, a pesar de la firmeza del general en jefe, el Gobierno quería eludir a toda costa seguir con el derramamiento de sangre, por lo que prohíbe el bombardeo de la ciudad y la necesidad de llegar a algún entendimiento honroso, siempre que previamente los rebeldes depusieran las armas:

*“Hoy se ha anunciado, con todos los caracteres de una noticia oficial, que el Gobierno había enviado las órdenes oportunas para que de ninguna suerte se bombardeara Cádiz, y que además estaba firmemente resuelto a no derramar una sola gota de sangre tan pronto como por cualquier medio se pusiera término a la insurrección”*¹⁸.

La realidad es que, excepto en la entrega de las armas a una fragata norteamericana se transigió en todo: no hubo prisioneros o en muy escasa entidad, para pocos días más tarde ser puestos en libertad; la organización de las milicias republicanos siguió como antes de la rebelión; la guarnición militar fue sustituida por otras tropas que no habían participado en la represión, comprometiéndose además el Gobierno a atender las peticiones de los republicanos.

¹⁸ EAM. Edición de 15 de diciembre de 1868.

En realidad, esta demostración de debilidad iba a ser la causa de las nuevas sublevaciones que se sucedieron a finales del mes de diciembre.

Estévanez, del que vemos que su nombre no aparece en las noticias de prensa, aunque parece que estuvo mandando y disciplinando a las milicias y coordinando las operaciones, comenta en su carta que posteriormente se encontró en la sublevación de la ciudad de Málaga.

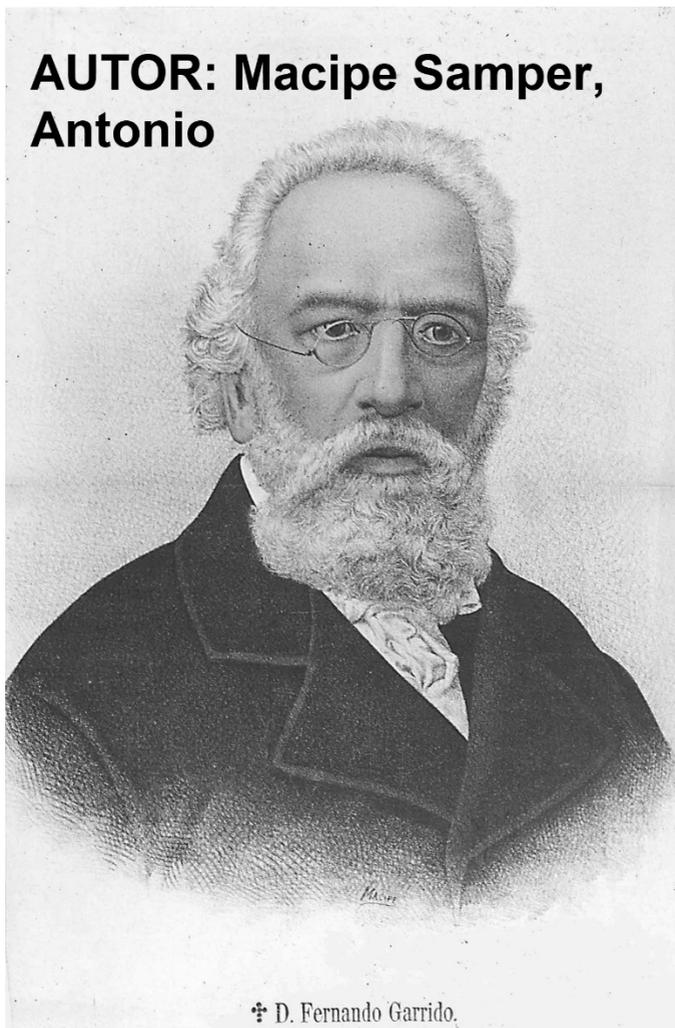
En los prolegómenos de la insurrección de Málaga se encuentra Fernando Garrido ¹⁹, conocido anarquista, que calentó los ánimos de los republicanos con su verbo incendiario. También aparece en escena Elisée Reclus ²⁰, otro de los prohombres del anarquismo que protagonizó un acto reivindicativo en Álora. Ante estos dos personajes no es nada extraño que tras ellos le siguiera, después de

¹⁹ Fernando Garrido y Tortosa, nació en Cartagena en 1821 y murió en Córdoba en 1883. Fue uno de los principales inspiradores del movimiento republicano federal, con aspectos muy socializantes. Fue un autor prolífico, siendo su obra más importante: "La República democrática federal universal. Nociones elementales de los principios democráticos, dedicado a las clases productoras, precedido de un prólogo de Emilio Castelar".

²⁰ Elisée Reclus era geógrafo y anarquista y desde 1862 toma contacto con Marx. Evidentemente no era un viajero al uso, sino que era también un activista y como tal participó en el acto de Álora. Tenía diferencias ideológicas con los republicanos federales españoles. También hay que indicar que era amigo de Fernando Garrido.

terminada la sublevación de Cádiz, don Nicolás Estévanez.

**AUTOR: Macipe Samper,
Antonio**



Entre los derechos que emanan del republicanismo, son significativos y causas de los disturbios en Málaga, el “derecho al trabajo”, “de la propiedad” y “del sufragio universal y de la sanción de las leyes sancionadas por el pueblo”, y como colofón de todo el ideario que asumió el pueblo malagueño como suyo, Garrido expone la necesidad de mejorar la administración pública, para lo cual era imprescindibles aplicar de inmediato las siguientes medidas:

La abolición de las quintas;
De las matrículas de mar;
De las contribuciones indirectas;
Del papel sellado;
De las loterías;
Del estanco de la sal y del tabaco;
De las aduanas y registros en el interior;
De la centralización;
De los fueros y tribunales privilegiados;
De los estados de sitio;
Del actual sistema de procedimientos judiciales;
*De la pena de muerte.*²¹

²¹ GARRIDO TORTOSA. Fernando. *La República democrática federal universal, nociones elementales de los principios democráticos, dedicadas a las clases productoras*. Biblioteca Revolucionaria Manero, Barcelona, 1868. Edición digital. Págs 53 y 54.

Veamos pues los acontecimientos que se sucedieron en esta ciudad, siendo el mejor narrador de lo sucedido, la propia prensa malagueña:

“Eterna y de terrible y triste memoria será esta fecha para la ciudad de Málaga. El genio del mal arrojó a gran número de infelices a perecer en una lucha inútil, malgastando su valor y su energía, y haciendo sufrir a esta población ruinas, desgracias, desastres y muertos en una lucha horrorosa y fratricida.

A las 5 de la mañana llegó a esta rada procedente de Ceuta el vapor de guerra Vulcano, de porte 6 cañones, al mando del capitán de fragata D. Serafín de Aubaredes, y después la fragata blindada Zaragoza, procedente de Cádiz al mando del capitán de navío D. Victoriano Suances, arbolando la insignia del Sr. Comandante general de las fuerzas navales del Mediterráneo D. Juan Bautista Antequera, que llegó y fondeó en rada a las nueve de la misma mañana.

Las barricadas que como dejamos dicho habían levantado los sublevados el día 30, se habían aumentado en gran número por todos los puntos de la ciudad, reforzándose las principales de ellas: los barrios de la Trinidad y del Perchel se hallaban también cubiertos de barricadas y tomadas muchas casas. Todos estos puntos

especialmente los de Puerta del Mar, de Atarazanas, pasillo de Sto. Domingo, Puerta Nueva, y los de los barrios del Perchel y la Trinidad, especialmente la barricada de la Aurora, se hallaban cubiertos de un gran número de milicianos populares, los que parapetados en las barricadas y en las casas y tejados esperaban la entrada de las tropas. Como a las siete de la mañana empezaron éstas a ponerse en movimiento, sirviendo a lo que parecía de base a las operaciones el cuartel general situado en la estación del ferrocarril.

Desplegadas las guerrillas al N.OE. (sic) de la ciudad por el batallón de Asturias, al mando de su coronel el Sr. D. Evaristo García Reina, dos compañías de Chiclana y los cazadores de Vergara a retaguardia con fuerza de caballería de Húsares, emprendieron el ataque por aquella parte, ínterin dos batallones del primero, el batallón de Figueras y medio batallón de ingenieros avanzaban por calle Cuarteles.

Los vapores Ligeró, Vulcano y Alerta y los guarda-costas Lobo y Lagarto, empezaron entonces a hacer un terrible fuego de cañón sobre los puntos que se hallaban ocupados en los Pasillos, y sobre los puentes. El de Tetuán, cuyos tramos de hierro se hallan rotos y horadados en varias partes por nueve o diez balazos de cañón uno de los cuales ha destrozado el pilar del medio

del antepecho destrozado completamente un sillar y removiendo todos los demás, y los destrozos causados en la portada del Asilo de Sto. Domingo. Que ha sido necesario echar abajo, y en algunas casas de las situadas en dicho pasillo, son buena muestra del vivo fuego de cañón que se hizo sobre aquellos puntos. Aunque no era fácil en medio del peligro que por todas partes se corría al enterarse de los sucesos, nos parece también que desde el Castillo se arrojaron por altura algunas granadas sobre el pasillo de Sto. Domingo, cuyos efectos sufrieron algunas casas.

Según se nos dice no se quiso que la fragata Zaragoza rompiera sus fuegos sobre la ciudad, teniendo en consideración que por el gran calibre de los cañones que monta sus proyectiles hubieran causado un estrago horroroso. Alabamos esta determinación que ha evitado a esta desgraciada ciudad el sufrir mayores calamidades.

Mientras se verificaba este ataque por la parte de Poniente, alguna fuerza de carabineros apoyada por otra del regimiento de Valencia destacada en la Aduana empezó el ataque por el S. o sea por Puerta del Mar en donde un cañón que tenían colocado los sublevados y fuerza de estos que ocupaban la isleta de la casa del Pasaje de Larios sostenían un vivísimo fuego.

Habíase empezado esta por calle de Cuarteles y por la parte N.OE. (sic) como a las ocho y media de la mañana, y a las nueve y media o diez era general en toda la línea de ataque, sosteniéndose muy vivo de cañón en algunos puntos por las piezas que traían las tropas y que iban colocando en batería conforme avanzaban. El cañón que tenían los sublevados en la barricada de Puerta del Mar sostenía también un fuego continuado. Las tropas siguieron avanzando por calle de Cuarteles y a la parte N.OE. (sic) por el barrio de la Trinidad, y ya de frente por las calles, ya apoderándose de las casas a la zapa, llegaron como a las dos de la tarde a la altura de Sto. Domingo, coronando los cazadores los tejados y boardillas (sic) de las casas para despejar los tiradores colocados por los sublevados en los puntos vecinos. Poco tiempo antes algunas piezas de artillería que colocó la tropa en la Alameda batió de frente la barricada de Puerta del Mar y las casas ocupadas por los sublevados en aquel punto, siendo terribles los destrozos que se han hecho en aquellas, especialmente en la de la esquina que ocupa la farmacia de D. Pablo Prolongo, la cual se halla completamente acribillada y destruidos los muebles y efectos que había en las habitaciones, y la casa de los Sres. Echacopar, la que se encuentra también perforada por balas de cañón y gran número de proyectiles pequeños. La tropa, nos parece que el batallón de

Ingenieros penetrando por los tejados y medianerías y pasando de una casa a otra, se adelantó hasta enfilear la barricada de Puerta del Mar, la cual batida de frente y por el costado fue desamparada y tomada en breve por las tropas, las cuales se fueron apoderando de todas aquellas casas, penetrando luego por la calle Nueva.

Durante esto las fuerzas del ejército que adelantaban por los pasillos dirigían un ataque por el barrio de la Trinidad por la parte del Guadalmedina, y las otras adelantaban sobre Puerta Nueva, donde, como tenemos dicho, una fuerte barricada armada con un cañón y una bocacha de abordaga (sic) cerraba la entrada de la calle de Compañía. Allí hubo una tenaz resistencia, pues se corrieron a aquella barricada gran número de los que habían sido desalojados de la Puerta del Mar. Finalmente apoderadas las tropas de gran número de casas y colocada en el Guadalmedina frente a ella la artillería, habiendo destruido para dejar la barricada en descubierto una de las casetas de Puerta Nueva que la tapaba, empezó a hacerse un vivísimo fuego de cañón y fusilería, resultando quedar dueña la tropa de dicha barricada y dominando la embocadura de Carretería y de calle de Compañía mientras las que atacaban por calle Nueva, se apoderaban de las barricadas que habían levantado en dicha calle hasta la desembocadura de la Plaza, combinándose esta operación con la emprendida por las

fuerzas del ejército que penetrando por calle Santa. María y apoderándose de las barricadas levantadas en ella desembocaron sobre la plaza, como a las cinco y media de la tarde.

Mientras tenían lugar las operaciones expresadas sobre la ciudad, quedando en poder de las tropas las principales posiciones de los sublevados, seguían también con suma actividad las emprendidas sobre el barrio de la Trinidad, en la cual hay que lamentar muchos destrozos y gran número de víctimas por la terrible resistencia que encontraron allí las tropas en muchos puntos. El señor coronel del batallón de Asturias D. Evaristo García Reina ²², el cual sabemos había dado a las tropas órdenes terminantes para que respetasen a los vecinos pacíficos, a las mujeres y a las demás personas inofensivas, se distinguió mucho a la cabeza de su batallón, recibiendo una herida en la cabeza y una fuerte contusión en un brazo. Arrojados los sublevados de uno en otro punto de dicho barrio, concluyeron las tropas por apoderarse completamente de él, haciendo gran número de prisioneros.

Por desgracia este resultado no se consiguió sin que haya que lamentar un número considerable de víctimas y de

²² Ascendido a brigadier (general de brigada)

pérdidas materiales como destrozos de casas y de efectos, cuyos daños si bien los ha habido en los otros puntos, fueron si cabe más terribles en dicho barrio por la exasperación a que se llevó la lucha.

En tanto se verificaban estas operaciones sobre la parte de poniente y medio día de la ciudad, por la parte del Norte no hubo ningún hecho notable. Los cazadores que guarnecían el cuartel de Capuchinos se limitaron a apoyar una carga que dio la caballería por detrás de la Trinidad sobre algunos grupos de nacionales del campo que se presentaron por aquella parte, y alguna fuerza de cazadores y de Guardia civil despejó con muy poca resistencia la calle de la Victoria. Los cazadores de Barbastro que ocupan el cuartel de la Merced tomaron posesión de algunas casas de la plaza de Riego y de calle de Álamos, en cuyos puntos sólo se dispararon algunos tiros, sobre varios grupos que se retiraron en breve al centro de la ciudad.

A las doce y media de la tarde concluyó la lucha, después de más de ocho horas de un vivo fuego de cañón y de fusilería, que había tenido envuelto a esta desgraciada ciudad en todos los horrores que trae consigo la guerra, aumentados por el vivo dolor de ver derramarse la sangre española en una lucha fratricida.

Cerró la noche, y la ciudad envuelta en tinieblas en su mayor parte, pues eran muy pocas las calles en donde se había encendido el alumbrado público, se hallaba sumida en el más imponente silencio, oyéndose sólo de tarde en tarde el alerta de los centinelas de las tropas que ocupaban los varios puntos de la población. La ciudad entera parecía que sobrecogida aún con los horrores del día, tenía como en suspenso el aliento sin dar señales de vida”²³.

A continuación, se transcribe el parte oficial, que el general Antonio Caballero remite al ministro de la Guerra:

Excmo. Sr.: Conocidos de V.E. los detalles que precedieron al ataque de Málaga, y suficientemente demostrado que la agresión partió de los que promovieron y dirigieron la insurrección, sólo daré cuenta a V.E. del rápido éxito de aquél, debido a la bizarría de las tropas y a la inteligencia y bravura de los jefes y oficiales que las mandaron.

Rompieron el fuego como a las nueve de la mañana del día 1º del corriente, a una señal convenida, la batería de Gibralfaro y los vapores Vulcano, Alerta, goleta Ligera y faluchos Lagarto y Lobos, que montaban entre todos un

²³ EAM. Edición de 9 de enero de 1869. “Sucesos de esta ciudad. Día 1º enero de 1869”.

pequeño número de piezas de 12, 16 y 17 centímetros, dirigiendo sus fuegos, según órdenes que les tenía comunicada, la batería del castillo sobre el barrio de la Trinidad, y la artillería de los pequeños buques apostados a la desembocadura del Guadalmedina sobre las márgenes de este río para limpiarlas de enemigos en cuanto posible fuese, y quebrantar las defensas que por allí tenían.

El fuego de cañón duró hora y media, y los disparos hechos por el castillo y la escuadrilla no excedieron de 180, pues la fragata blindada Zaragoza y la Villa de Madrid, que llegaron en los momentos mismos en que comenzaba el ataque, no pudieron tomar parte en él, si bien se hizo cargo de todas las fuerzas del mar el comandante general de la escuadra del Mediterráneo, D. Juan de Antequera.

El fuego de cañón cesó a otra señal convenida, y una columna, oportunamente situada al mando del brigadier don José Riquelme, compuesta del batallón cazadores de Figueras, regimiento del Rey, una compañía de ingenieros y una del segundo montado emprendió el movimiento de ataque que le tenía prevenido, terminando el del barrio del Perchel a las once de la mañana. Dispuso seguidamente un doble ataque sobre las baterías del pasillo de Santo Domingo y puente de Tetuán, siendo

tomadas a la bayoneta de frente y de flanco, cogiendo a los insurrectos dos cañones de a 21. El puente de Tetuán fue igualmente tomado, para lo cual se hizo avanzar la compañía del segundo montado al mando del coronel comandante D. Joaquín Sabrán, que siempre se mantuvo en primera línea.

Puesto de acuerdo el brigadier Riquelme con el coronel Saénz de Tejada, que hallándose de reemplazo se ofreció a prestar sus servicios, que aceptados fueron muy importantes y distinguidos durante la lucha por el conocimiento que tenía de la localidad, organizó otro doble ataque contra el puente de Santo Domingo, no sin haber tenido que sostener antes un vivo fuego contra las casas que le enfilaban. Esta operación que se llevó a cabo con rapidez por el coronel Saénz de Tejada y el teniente coronel del regimiento del Rey, D. León Padial, dio por resultado arrojar a los insurrectos de sus más fuertes posiciones, cogiéndoles su artillería, que durante el ataque hizo disparos a metralla y causó en las filas 11 bajas. Al mismo tiempo el teniente coronel de Figueras, D. Francisco Uriazo, que había tomado varias barricadas concluía su ataque del Perchel y se personaba en Santo Domingo.

Para consolidar estas posiciones fue indispensable apoderarse de algunas barricadas que cruzaban sus

fuegos sobre la cabeza de dicho puente, en cuya operación fue herido el teniente coronel del Rey, D. Bernardo Abascal y algunos oficiales.

Colocado en esta ventajosa posición, no vaciló el brigadier Riquelme en dar el último ataque sobre la Alameda y Puerta del Mar, donde había una batería con dobles muros, y desde la cual hacían los insurrectos un vivo fuego de fusilería y de metralla.

Apoderado de las casas inmediatas, mandó que un grupo compuesto de varios zapadores y 20 hombres de cazadores de Alcántara, mandados por varios oficiales y dirigidos por el alférez Roj, muy conocedor de la localidad, atravesase desde el puente de Santo Domingo hacía la batería, lo cual verificó inmediatamente perforando casas y cruzando diversos callejones, hasta que cayendo por la espalda sobre los defensores de la batería cuando estaban más descuidados, se pronunciaron éstos en completa fuga, dejando en poder de la tropa la artillería de la barricada.

Mientras el brigadier Riquelme dirigía las operaciones que quedan detalladas, yo, con mi jefe de estado mayor general, brigadier Sánchez Bregua, y seguido de los generales Ceballos, Alamillos y brigadier Taboada, éstos para ser empleados en ocasión y momentos oportunos,

mandaba personalmente el ataque del barrio de la Trinidad, donde los insurrectos habían acumulado grandes medios de defensa, y situado, comprometiéndoles previa y calculadamente, muchos tiradores del campo y de la Serranía, para causar bajas en las filas de nuestras tropas.

Componíanse las fuerzas dirigidas por mí de un batallón del regimiento de Asturias al mando del teniente coronel D. Evaristo Reina; de dos compañías del de Iberia, de los batallones de cazadores de Alcántara y de Vergara, mandados por sus tenientes coroneles D. Cipriano Carmona y D. José Acosta; cinco compañías de ingenieros al mando de su teniente coronel D. Federico Alameda y Liancour y una compañía de artillería, mandada por su capitán D. Ramón López Domínguez.

Quebrantados por los disparos de esta compañía las barricadas que miraban al campo, en las casas se defendían con tenacidad los insurrectos, mandé hacer fuego a la artillería ganando terreno, y avanzar después rápidamente por diferentes puntos los batallones de Asturias, Alcántara y Vergara con sus jefes a la cabeza.

Apoderadas de las barricadas del barrio las fuerzas de la columna, el vigor del ataque fue proporcional a la tenacidad de la resistencia, siendo en algunos puntos tan

empeñada la lucha que el terreno se disputó palmo a palmo, como lo comprueba el triste, pero exacto dato de haber perdido el batallón de Asturias próximamente (sic) la tercera parte de su fuerza, y muerto dos capitanes, uno de Alcántara y otro de Vergara; heridos un jefe y siete oficiales, con dos jefes y cinco oficiales contusos.

Dejo de referir, por ser propio de su parte general, los multiplicados hechos de valor que han tenido lugar en el ataque del barrio de la Trinidad para terminar en lo que a él se refiere, haciendo presente a V.E. que a las cuatro de la tarde estaba enteramente y sometido; las tropas en comunicación con las del brigadier Riquelme, y el batallón de Vergara posesionado de varias casas de la margen opuesta del río que vadeó, apoderándose rápidamente de una barricada situada en el pasillo de la cárcel con una pieza de a 15.

Durante todas estas operaciones el brigadier Pavía, a quien había dado instrucciones sobre los movimientos que debían ejecutar las tropas de la guarnición, cooperaba dentro de la plaza, con la inteligencia y valor que le distingue y con el apoyo del coronel Burgos que fue herido por su arrojo, al mejor éxito del combate, castigaba enérgicamente el ultraje inferido por los insurrectos al pabellón de los Estados-Unidos, y puesto a la cabeza de una pequeña columna tomaba con bizarría varias

barricadas hasta posesionarse de la plaza de la Constitución. El batallón de Barbastro, al mando del teniente coronel D. Manuel Salamanca, al que también había ordenado una operación importante, cual era de tomar y sostener calle Álamos dentro del recinto de la ciudad, la llevó a cabo con prontitud y buen éxito. Un escuadrón de húsares de la Princesa, desplegado en pequeños grupos en el camino de Antequera y avenida de los barrios del Perchel y de la Trinidad, prestó importantes servicios, evitando con su actitud y combinados movimientos que descendieran al llano numerosos grupos de paisanos armados que coronaban las colinas inmediatas.

Al caer el día estaba moral y materialmente vencida la insurrección; pero como los díscolos de la ciudad conservasen todavía algunas posiciones, mandé que las tropas se mantuviesen en las suyas respectivas, sin salir de ellas aunque fuesen hostilizadas hasta recibir órdenes mías sobre el ataque, si fuese necesario darlas en algún punto de la población al día siguiente. Mi objeto, aun a riesgo de retardar algo las operaciones, era ir estrechando lentamente a los insurrectos para sembrar en ellos la vacilación y quebrantar moralmente a los que por insensatez hicieron resistencia, a fin de evitar así la efusión de sangre, que siendo toda española sentía tener que derramarla de nuevo. El plan general de ataque por

mí concebido y con tanto acierto como bravura secundado por las tropas de dentro y fuera de la guarnición dio el resultado que me prometía, entrando en consecuencia en la ciudad con las fuerzas de mi mando de dos a dos y media de la tarde del 2.

No se ha conseguido este triunfo sin las pérdidas cuyo estado es adjunto, si bien puede asegurar a V.E. que son inferiores en número a las que debían esperarse de la tenaz resistencia que opusieron los insurrectos. Los prisioneros hechos en esta jornada se aproximan a 1.000, habiendo sido indultados casi todos, menos unos 100 que están sometidos al fallo del consejo de guerra.

Los generales Ceballos, Alamillos y brigadier Taboada se distinguieron como era de esperar de su antigua y acreditada reputación militar. El comportamiento del brigadier Riquelme está demostrado por sus propios hechos detallados en este parte. El teniente coronel Oviedo, que desempeñó muy a satisfacción, entre otras comisiones arriesgadas en lo más rudo del combate, la de reforzar algunos puntos que lo necesitaban. El ayudante de V.E. comandante D. Francisco Moya; los del duque de la Torre, marqués de Ahumada y D. Juan Zabala, y mis ayudantes teniente coronel Araoz, que cayó a mi lado herido de bala en la cabeza, comandante graduado capitán D. Emilio Gutiérrez y D. Gabriel Fernández y Dero,

el coronel don Fernando Primo de Rivera, gobernador del cuartel general, y D. Elías García, agregado al mismo, han comunicado constantemente mis órdenes y las del jefe del estado mayor general a los puntos de peligro.

Los oficiales del cuerpo de estado mayor Rivero, Rey, Gómez de la Torre, Bollo y Apellániz estuvieron constantemente en sus puestos, cumpliendo a mi satisfacción con su deber, no habiéndome dejado nada que desear de la marina de guerra y las secciones de sanidad y administración militar.

Concluyo. Excmo. Sr. haciendo presente a V.E. que el brigadier D. José Sánchez Bregua, mi jefe de estado mayor se hallaba en todas partes con su infatigable actividad, su inteligencia y su valor; todo lo preveía y preparaba a mi satisfacción y debo a sus altas dotes la unidad de acción que se ha observado en el curso de las operaciones.

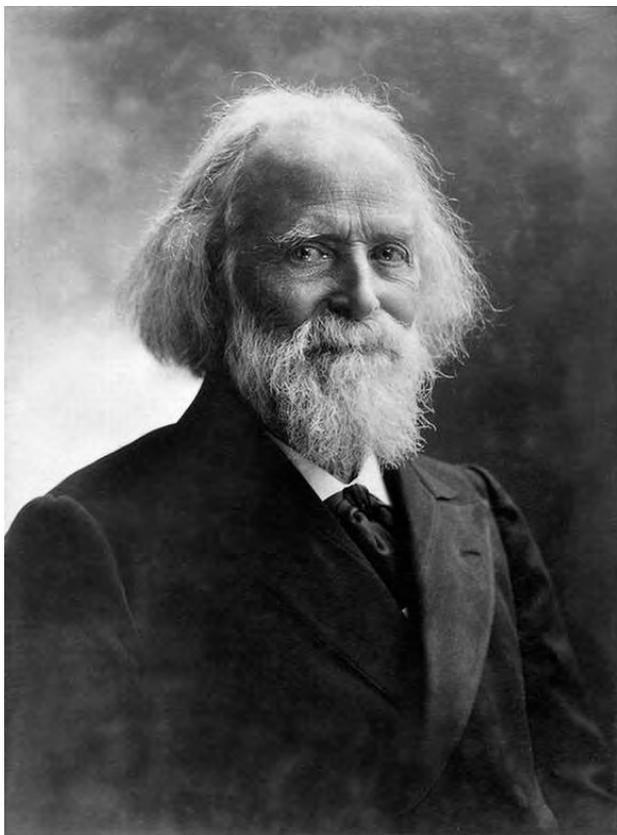
Dios guarde a V.E. muchos años.

Málaga, 8 de enero de 1869

Excmo. Sr.- Antonio Caballero

*Excelentísimo señor ministro de la Guerra*²⁴.

²⁴ EAM. Edición de 15 de enero de 1869. "Parte oficial de los sucesos de Málaga".



Élisée Reclus fotografiado por Paul Nadar (c. 1900)

Esta es la narración pormenorizada de los acontecimientos vividos en la capital malagueña. En ninguna noticia de prensa, o documento existente en el Archivo Díaz Escovar se hace mención expresa a Nicolás **Estévanez**, ni que al frente o asesorando a los sublevados se encontrara un militar de carrera, como ocurrió en Cádiz.

Estévanez, en estas dos sangrientas intervenciones, ha probado el sabor de la revolución popular armada, dándose cuenta que ese no es el camino, porque a la postre son derrotados por la mejor preparación de las unidades del ejército. A partir de ahora, su tarea conspiratoria no se dirigirá en este sentido, sino hacia la guerra tradicional española, la de guerrillas, haciendo surgir en el campo, en las sierras y en las montañas, multitud de partidas que mantendrían en jaque durante el tiempo suficiente a las fuerzas militares, dando tiempo con ello a que los elementos republicanos se hicieran con el control del estado y llevaran a cabo por este medio la revolución anarquista-federal.

Había que esperar nueve meses para que esto sucediera, el octubre de 1869.

CAPÍTULO IV

LA SUBLEVACIÓN DE OCTUBRE DE 1869

Hartos de los desaires de Prim y de las promesas supuestamente incumplidas, los más intransigentes de los republicanos, que posteriormente formarían facción con esta denominación, se aprestaban a defender sus derechos con las armas en la mano. Preludio del alzamiento, son los artículos que se lanzan desde los periódicos federales, como El Zurriagazo” de Málaga, en cuya edición de 26 de septiembre de 1869, se publicaba con el título “La Coalición de septiembre”.

“La inmoral y funesta coalición formada por los partidos políticos, o mejor dicho por hombres ambiciosos y traidores, que usurparon el título de jefe de aquellos bandos, hizo abortar la incolosa (sic) revolución de Setiembre que bastardeada y corrompida, no presenta hoy más que restos podridos, semejantes por su hendionda prematura, a fragmentos del cadáver aun palpitante de un libertino que ha pasado en fugaz y miserable existencia en la crápula y el desorden, y cuyas vísceras se han descompuesto en un día con el pus acumulado por el vicio.

...

¡Desheredados de todos los derechos! Porque todos los tenéis usurpados a favor de unos cuantos osados aventureros con fortuna, alzad vuestra frente al porvenir, y aprestaos a nueva lucha, porque entre los ecos perdidos de una revolución prostituida, se apercibe el huracán deshecho de la más seria²⁵ de la revoluciones sociales y políticas”²⁶.

En el mismo diario y en páginas más adelante, con el título “El día del triunfo se acerca”, se publicaba:

“El día del triunfo se acerca sí, repetimos, siempre que el pueblo español sepa distinguir el pronunciamiento de la revolución, y sepa hacer esta última como es debido, que para ello es necesario que tenga convicción propia, que no se deje engañar por los falsos apóstoles de nuestra santa idea, siempre en fin que tenga memoria para acordarse de los pasado”²⁷.

²⁵ En el original pone “sucía” y al final del periódico se edita una fe de erratas, cambiándola por “seria”.

²⁶ ARCHIVO DÍAZ ESCOVAR de Málaga. EL ZURRIAGAZO. Edición de 26 de septiembre de 1869.

²⁷ EL ZURRIAGAZO. Edición de 26 de septiembre de 1869.



El levantamiento de octubre de 1869 no fue organizado oficialmente por el partido republicano, sino que se creó un “Centro de acción revolucionaria”, presidido por Pierrard ²⁸, que llevó ante la asamblea general del partido la propuesta, la cual, aunque fue apoyada por Castelar y Figueras, y Pi y Orense se mantuvieron neutrales, a la postre se rechazó, pero el grupo originario, es decir los intransigentes continuaron con sus preparativos. En un principio se pensaba que el levantamiento se iniciara en Madrid, cuya guarnición militar había sido disminuida, pero como no consiguieron ganarse el apoyo de los oficiales, se tomó la decisión de concentrar los esfuerzos en Andalucía, Extremadura y parte de Castilla la Vieja ²⁹.

Es probable que los intransigentes no pensarán sublevarse en el mes de octubre, pero, Blas Pierrard, desobedeciendo instrucciones del Centro de acción revolucionaria, intentó la agitación de las masas republicanas en Tarragona a finales de septiembre, provocando la reacción de Sagasta, entonces ministro de

²⁸ Existe una cierta confusión entre Blas Pierrard y Fernando Pierrard, de tal manera que en ocasiones no se conoce con certeza de quien se está hablando. Blas era ya en 1868 teniente general, sublevándose en 1869 en Tarragona, falleciendo en 1872. Fernando por su parte, inició la revolución de coronel/brigadier, siendo protagonista de la 1ª República y subsecretario del ministerio de la Guerra con Estévanez.

²⁹ HENNESSY. *La República Federal en España. Pi y Margall y el movimiento federal, 1868-74*. Aguilar, S.A. Madrid, 1967. Págs. 123 y 124.

la Gobernación. Las manifestaciones se convirtieron en levantamiento armado, asesinando los amotinados al Gobernador civil de la provincia, cuyo cadáver fue paseado por las calles.

El levantamiento de Tarragona precipitó los acontecimientos. **Estévez** se encontraba enfermo, abandonando el lecho para asumir la orden de levantamiento general, trasladándose a Madrid y posteriormente a Béjar para la proclamación de la República federal.

Poco eco ha tenido en la historia este levantamiento, oscurecido por la propia Revolución de Septiembre de 1868, por el asesinato de Prim, la elección de Amadeo I, las guerras de Cuba, Filipinas y Carlista, los ataques a las fuerzas españolas en Melilla, la abdicación del monarca y la primera República con la sublevación cantonal, pero fue en realidad una corta guerra civil, en la cual una parte importante de la masa obrera española, liderados por republicanos de segunda fila, se enfrentaron a las tropas del ejército y a las autoridades constituidas. Algunos de estos republicanos procedieron de las filas militares, como el capitán don Nicolás **Estévez** y Murphy, que con una partida numerosa se sostuvo en el oeste peninsular, hasta que fue derrotado y apresado.

Pérez Galdós no es demasiado explícito, en sus Episodios Nacionales, en la narración de la sublevación de 1869, a pesar de que ya se encuentra en Madrid y actúa como periodista, siguiendo ávidamente los debates de la Constitución que se aprueba en dicho año, haciéndose partidario de las ideas federales de Pi y Margall. Probablemente por no estar de acuerdo con este levantamiento republicano, al que consideraba prematuro y sin preparación.

Sin embargo, en su *“España Trágica”*, cuenta todo el interregno hasta la elección del Rey Amadeo I de Saboya y el asesinato del general Prim. Si durante los anteriores Episodios Nacionales mantiene una cierta objetividad, a partir de su última serie, toma partido sin discusión por las ideas republicanas.

En este Episodio Nacional comenta que no se encontraban en Madrid todos los políticos republicanos que debieran, porque muchos se encontraban en el exilio y otros presos, hasta que posteriormente llegara la ansiada amnistía de mediados de 1870:

*“Faltaban por aquellos días los elementos (ya era costumbre llamar así a los grupos de cada matiz) más levantiscos y más desmandados de palabras. Suñer y Capdevila, Joarizti, Guillén, Paúl y Angulo, **Estévanez**,*

*Carrafa, Bertomeu, Santamaría y otros habían salido en el otoño del 69 a levantar en armas el partido federal. Vencida por Prim la formidable insurrección, los propulsores de ella andaban desperdigados por esos mundos; los unos presos, como **Estévanez**, que purgaba su ardiente radicalismo en cárceles de Salamanca; los otros refugiados en Francia, como Antonio Orense y el angelical ateo Suñer; dispersos los restantes en Gibraltar, Madera, Londres o Lisboa”*³⁰.

Estévanez en su carta a Ramón Gil Roldán de 12 de abril, ya le anuncia el posible levantamiento:

“... También me dices algo de política. Estoy conforme en que se acercan terribles tempestades; pero no me sorprende, pues las estoy esperando con la seguridad de que no pueden menos de venir, desde que el gobierno habló oficialmente al mundo de sus raquílicas aspiraciones. Y no es que las tempestades las traigamos, cual debiéramos, los republicanos. No; estamos profundamente divididos, y somos impotentes. La parte más influyente del partido, si no la más numerosa, quiere la paz o, lo que es lo mismo, no quiere la república. Por consiguiente las tempestades las traerá la reacción. El ejército se va a pronunciar por D. Alfonso; y D. Carlos

³⁰ PÉREZ GALDÓS. Benito. *España trágica*. Episodios Nacionales. Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1876. Págs. 4273 y 4274.

encenderá la guerra civil con elementos con que no contaron nunca su padre ni su abuelo.

Inútil creo decirte que yo, dispuesto estoy a ir donde quiera que se levante una bandera republicana, me quedaré en mi casa y olvidaré mi oficio aunque arda Troya. Jamás combatiré por un rey, que llámese Antonio, o Baldomero, o carajo, no puede simbolizar nunca la libertad. Si algún monarca tiene personalmente mis simpatías, es Carlos 7º. Si ha de venir un rey, venga cualquier: todos son iguales”³¹.

Tal como se ha expuesto con anterioridad, la misión encomendada a **Estévanez** era la proclamación de la República federal en la ciudad de Béjar, cercana a Salamanca en el camino hacia Cáceres.

Poco se conocen de estos hechos, que terminan con el apresamiento de don Nicolás y su encierro en las prisiones, primero de Béjar y después de Salamanca, desde donde saldría amnistiado ocho meses después.

Sobre el cinco de octubre, se tiene conocimiento en Cáceres de la sublevación de Béjar, la proclamación de la República federal y el levantamiento de diversas partidas que recorren las provincias de Salamanca y Cáceres. El

³¹ GUIMERÁ PERAZA, Marcos. Ob. Cit. Pág. 32.

Gobernador civil de la última provincia, informa, mediante telegrama al ministro de la Gobernación:

“Sublevado Béjar y en este momento el Alcalde de Plasencia me comunica temores de trastornos en Navaconcejo y que corren rumores de la proclamación de la República en Montehermoso. Dispongo reconcentración de fuerza para que el orden se restablezca en dichos puntos y para conservar en otros donde pueda alterarse”³².



³² SERVICIO HISTÓRICO MILITAR (SHM), 2ª Sección, 4ª División, Legajo 180, Rollo 981. Carpeta: “Sucesos de Montehermoso y otros pueblos de Cáceres”.

Al día siguiente remite otro telegrama, en los siguientes términos:

*“Ninguna noticia posterior ha venido a conformar los temores de trastornos en los pueblos de Navaconcejos y Montehermoso a que se refiere mi telegrama de anoche. Proclamada según noticias la república en Béjar. Acaba de ser declarada esta Provincia en estado de Guerra por orden del Comandante General de Badajoz”*³³.

Posteriormente, el día 8, vuelve a informar al ministro de la Gobernación, aunque en este caso, indicándole la falta de noticias, por hallarse incomunicada telegráficamente los pueblos de la provincia.

El mismo día 8, el Comandante general remite al ministro de la Guerra, el siguiente telegrama:

“El Comandante militar de Cáceres en telegrama de las tres de la madrugada me dice que según telegrama del Alcalde de Plasencia han entrado esta mañana 18 hombres armados en Montehermoso, y puesto a su frente el Alcalde del mismo pueblo, han proclamado la república, llevándose 200 escudos de la Administración de estancada, dirigiéndose a Pozuelo, Villa del Campo y Guijo. Se ha mandado salir de Plasencia y Coria fuerzas

³³ SHM. Legajo y carpeta citada.

de Guardias Civiles y Carabineros en su persecución. De esta capital ha salido el Comandante de Carabineros con 30 hombres de su cuerpo con el mismo objeto” ³⁴.

Poco tiempo duró la vida de la partida que merodeaba por la zona, porque el día 9, es batida, huyendo la mayoría de los republicanos hacia Portugal:

“Ninguna noticia he recibido de la Sección de Montehermoso. Pero según telegrama del Capitán de la Guardia Civil a su Comandante, que el Teniente del Cuerpo situado en Montehermoso manifiesta que la partida se ha disuelto y marchado varios hacia Portugal, dejando cuatro armas al Alcalde. No ocurre otra novedad”

³⁵.

Béjar parecía que resistía los ataques de las tropas y fuerzas del orden, solicitando refuerzos a los republicanos de los alrededores, los cuales en pequeñas partidas se aprestan en su apoyo. Una de ellas tiene un encuentro con una pequeña fuerza constituida por ciudadanos afectos al régimen, destruyendo la partida y causándole algunas bajas. El Juez de Plasencia remite, con fecha 13 de

³⁴ SHM. Legajo y carpeta citada.

³⁵ SHM. Legajo y carpeta citada.

octubre, al ministro de Gracia y Justicia, al Regente de la Audiencia y al Gobernador civil, el siguiente telegrama:

*“Ayer a las seis de la tarde salió de Hervás (Cáceres), con dirección a Béjar una partida republicana compuesta de 8 hombres armados que llevaban un cañón de madera, cargado y montado en cureña. Dos regidores al frente de 20 vecinos los alcanzaron y batieron a media legua del pueblo, causándole un herido de gravedad y cogiéndoles un prisionero, el cañón y varias armas. La fuerza de los regidores tuvo un herido leve”*³⁶.

Los telegramas anteriores corresponden a la jurisdicción de la capitánía general de Andalucía y Extremadura, perteneciendo Salamanca y Béjar a la de Castilla la Vieja, por lo que no se tiene la certeza, del momento en que depusieron las armas los de la última ciudad, entre ellos **Estévanez**, aunque seguramente se efectuaría sobre el catorce o quince del mismo mes de octubre, quedando inmediatamente preso.

Hennessy comenta la intentona de Béjar en los siguientes términos:

³⁶ SHM. Legajo citado. Carpeta: “12oct69. Pequeño encuentro en Hervás (Cáceres)”.

*“Un intento de Orense, Rispa y **Estévanez** de levantar Béjar se fue abandonando por falta de apoyo y por la milicia federal de la localidad. El jefe de la milicia local era el brigadier Peco, excarlista, pero aparte de él y Pierrard no parecía estuviera tocado de republicanismo”³⁷.*

Como no podía ser menos en un alma revolucionaria, **Estévanez** no puede quedarse esperando el juicio, desea la libertad e intenta la huida de la cárcel, pero una caída desde veinte pies de altura, le parte un pie, no pudiendo recorrer más que unos pocos metros, cayendo de nuevo prisionero de sus captores.

Trasladado a la cárcel de más seguridad de Salamanca, escribe a Ramón Gil-Roldán, cuando ya llevaba dos meses preso, la carta siguiente:

“SALAMANCA, 13 de diciembre de 1869

Todavía no hemos proclamado la república; pero estamos en plena anarquía, lo cual es preferible siempre a la monarquía. La anarquía es una calamidad; la monarquía es una vergüenza.

³⁷ HENNESSY. Ob. Cit. Págs. 121 y 122.

No creas que Prim ni los suyos se ocupen formalmente del joven genovés ³⁸. Yo también sentiría que viniera, pues muy amargo tener que amputar la cabeza a un menor ... Estoy encausado por los delitos de conspiración, contrabando de efectos, sedición y rebelión, desde que caí prisionero de los realistas por una traición infame vivo contento en mi prisión, con la seguridad de que se acerca el triunfo definitivo de la libertad.

Ya habrás visto la formidable lucha sostenida en septiembre y octubre por los republicanos. Es el primer movimiento verdaderamente popular que han hecho los españoles. Nunca se han levantado en armas como ahora 50.000 ciudadanos sin el auxilio de batallones ni escuadrones, sargentos ni generales. Han cedido, porque sólo se trataba de foguearlos, como hace un general que manda un ejército bisoño antes de emprender en grande escala las operaciones. El gobierno ha vencido, haciendo entrar en juego a mayores fuerzas que las que se batieron en toda la guerra de África. Han tomado parte todos los cuerpos de infantería, caballería, guardia civil, marina y carabineros. Y hubiera sido inútil si las calumnias que propagó la prensa no se hubiera unido la cobardía o torpeza de generales como Suñer, que por lo visto sólo se

³⁸ Se refiere a la candidatura del duque de Génova, joven de 16 años que fue descartado por su madre para ocupar el trono de España.

*atreve con Dios. No hay ejemplo en el mundo de combates más heroicos que los de Béjar, Algar, Ubrique, Esparraguera, Balaguer, Alcira, Zaragoza y La Bisbal. Los de Valencia, sólo se pueden comparar a los de Málaga y Cádiz (donde estuve en mangas de camisa, mi bello ideal) en diciembre del 68 y enero del 69”*³⁹.

Meses después, el 26 de mayo de 1870, poco antes de ser amnistiado, vuelve a escribir a Ramón Gil-Roldán, el cual al parecer le reprocha que lleve una vida extraviada. **Estévez** hace un alegato político-social de la situación española:

“¿Con que el derecho al trabajo es teoría disolvente? Pues razón de más para seguir siendo partidario de ella. Todo lo disolvente me gusta, pues siendo malo cuanto existe, los revolucionarios de fe aspiramos a destruirlo todo. Mi bello ideal es la anarquía; pero no la existente, sino la científica, la racional, la que tiene por medio la destrucción, y por fin la felicidad humana. ¿Crees tú que la libertad es compatible con el funesto principio de autoridad? Se ha dicho que todas las formas de gobierno son buenas, pero yo digo que todas son malas: Mientras haya gobiernos, mientras haya leyes, habrá también tiranía, soldados, guerras y calamidades. Pero como la

³⁹ GUIMERÁ PERAZA, Marcos. Ob. Cit. Págs. 34 y 35.

política es una ciencia práctica, yo reconozco la imposibilidad de llegar a la realización de mi bello ideal en tres o cuatro siglos, definiendo la república federal como la solución práctica más compatible con la libertad, la justicia y las innumerables preocupaciones de la sociedad.

Mis causas durmiendo. Hasta que den una amnistía no salgo. Muchas veces nos han dicho que si pedimos el indulto nos lo concederán, pero todos lo hemos rechazado.

El consejo de La Roche, era la fuga. Yo le seguí, pero desgraciadamente me escapé de Salamanca descolgándome con un cordelillo de una altura de 60 pies. El cordel se rompió, y no me maté por un milagro del Dios de los gatos y los demagogos, como ha dicho un periódico realista. Fue un magnífico salto, como el de Orsini en Viena. Me rompí el pie derecho (que ya está casi bueno por otro milagro) y no pude huir, de modo que me dieron alcance a dos kilómetros escasos de la población, en un punto del que no pude materialmente pasar y al que llegué arrastrándome. Con este motivo tengo una causa más.

... Te acuerdas de Troyano? Lo han fusilado en Cuba los insurrectos.

Los voluntarios españoles, que luchan por la integridad de sus tiendas, fusilan y degüellan hombres, mujeres y niños sólo por ser cubanos”⁴⁰.

Poco tiempo después es amnistiado, quedando de cuartel, solicitando reiteradas veces un destino. Ante ello habría que preguntarse: ¿Qué podían pensar de un compañero de armas, que se había sublevado, contra el que habían luchado y habían tenido muertos y heridos, y ahora se encontraba como si no hubiera cometido delito? La verdad es que hay que ponerse en la mentalidad de todos ellos y de las autoridades militares. Por ello es comprensible que no se le diera destino.

Pero **Estévanez** sabe un lugar a donde no pueden negarse destinarlo, al ejército de Cuba. Comienza con ello su corta peripecia americana.

⁴⁰ GUIMERÁ PERAZA, Marcos. Ob. Cit. Págs 36, 37 y 38.

CAPÍTULO V

LA GUERRA DE CUBA Y EL FUSILAMIENTO DE LOS ESTUDIANTES DE MEDICINA

A partir de 1871 comienza Pérez Galdós a poner como uno de los protagonistas de la historia de aquella azarosa España a Nicolás **Estévez** y Murphy. ¿Cuál fue el motivo que llevó darle tal preeminencia en su narración de los hechos del Sexenio Revolucionario desde este año?, porque según se ha visto, también participó, y muy activamente, en los acontecimientos anteriores. La novela está fechada en agosto-octubre de 1910, ¿qué aconteció en aquellos años para que se acordara de **Estévez**?

Estévez hasta 1909 vivió a caballo entre París y las proximidades de Madrid. Colaboró ardientemente a favor de la instauración de la República, uniéndose a revolucionarios de distintas tendencias, entre ellos Ferrer y Lerroux. Pero por último sintiéndose viejo, decidió que ya no era para él el tiempo de la acción, sino del sosegado descanso, aunque desde el mismo alentara a los jóvenes valores en pro de la idea por la que había luchado toda su vida: la República.

Seguramente aquel punto de inflexión en su vida, en el año 1909, justo cuando terminó Galdós de escribir “España trágica”, teniendo la necesaria repercusión entre

los republicanos, y como es lógico en don Benito, pensara éste darle el protagonismo que la historia real no le había deparado.

El narrador de la última serie Tito Liviano, camina confuso por las calles de Madrid, y entonces ve a **Estévanez**, al que define como “héroe”, remachando, “porque por tal le tuve y le tengo”. Es decir, **Estévanez** aflora de pronto en escena con la pujanza y brillantez de uno de los líderes de la revolución que estaba en marcha:

*“En mi confusión y azoramiento al ver desaparecida o tragada por la tierra la gruta de la maga, me retiré sin saber por dónde iba. El incierto rumbo de mis pasos me llevó a la calle de Fuencarral; por esta me metí en la de San Mateo, y al promedio de ella vi que hacia mí venía una persona..., un hombre, en quien creí reconocer a uno de mis amigos más queridos. Dudé; desconfiaba de mis ojos, que en tales días padecían quizás la dolencia de ver visiones. Avanzaba el sujeto... Su talla y andar, su rostro, su larga perilla rubia no podían engañarme. Era él, era él. Cuando a mí llegó con los brazos abiertos, mis dudas se extinguieron en este grito de alegría: ¡**Estévanez...** Nicolás **Estévanez!***

Bastante más joven que él era yo, y por la edad, como por el respeto, solía llamarle don Nicolás. Él me devolvía la

fineza llamándome burlonamente don Tito. Abrazados todavía me dijo que acababa de llegar de Cuba, por vía muy larga y tortuosa... ¡Qué viaje, qué fatigas! Aún llevaba el pantalón blanco de hilo que usan los militares antillanos. Con él salió de la Habana, con él andaba en Madrid por no tener otro. ¡Y estábamos en pleno invierno! Por sólo este detalle, me movió a grande admiración la sublime pobreza del héroe... Así le llamo, porque por tal le tuve y le tengo.

«Yo no poseo más que cincuenta reales mal contados, don Nicolás -le dije-; pero con esa suma, le convido: almorzaremos juntos». Aceptó, y nos fuimos en busca de un cafetín. Por el camino y dentro del local modesto donde almorzamos, me explicó los motivos de su inesperada vuelta de Cuba, cuando le suponíamos allá bregando con los insurrectos... Hallábase en Madrid de reemplazo a fines del 71. No deseaba la situación activa, porque en ella se habría visto en el caso duro de tener que combatir a los republicanos. Puesto en el dilema de faltar a sus deberes o a sus arraigadas creencias, pensó en abandonar la carrera militar... Sus modestas ambiciones se verían colmadas con un destino civil. ¿Cuál? Desde niño soñaba con desempeñar plaza de torrero en un faro. Era su ilusión vivir entre las olas, con los pies en tierra, gozando la inefable ventura de no tener vecinos.

*Ignoro si había llegado **Estévez** a pretender la plaza de torrero, que era su ensueño. Soñando vivía cuando se pensó en destinarle a un regimiento, y aquí vino el conflicto: o mandar soldados, cuya misión entonces no era otra que pegar a los republicanos, o abandonar la carrera. No teniendo otro medio de vivir que su paga de capitán, salió del paso pidiendo el traslado a Cuba con el propio empleo. Otros iban con ascenso; él no aspiró a tal gollería. Embarcó en Octubre; llegó el 2 de Noviembre, día de los Difuntos; se presentó a las autoridades; no se le dio ocupación activa, ni en guarnición ni en campaña. Su único trabajo era pasearse en la acera del Louvre, y charlar con los amigos en el café, del mismo nombre.*

Ocurrió en el curso de aquel mes que se alborotaron los Voluntarios por no sé qué broma, ligereza o travesura de los estudiantes de Medicina. Contaba don Nicolás que no dio importancia al suceso, y que cuando oyó en el café que se había formado consejo de guerra para juzgar a los estudiantes, creyó que era también ligereza o broma de la infatuada tropa de Voluntarios... Una tarde, al entrar en el café, lo encontró casi vacío. En las calzadas y paseos próximos no se veía un alma. ¿Qué ocurría? Pues nada... «¿Pero qué ocurre?» preguntó a un mozo del café.

- ¿Qué ha de ocurrir? Que los están fusilando.

- ¿A quién?

- A los estudiantes.

*Contándolo, el rostro de **Estévanez** se transfiguraba... parecía otro... «Nunca, ni antes ni después -me dijo-, en ninguno de los trances por que he pasado en mi vida, he perdido tan por completo mi aplomo. Grité, me descompuse, pensé en mis hijos, creyendo que también me los fusilaban... No sé lo que me pasó... Ahora mismo no puedo explicármelo». El horror de la brutal tragedia, la indignación, la idea del oprobio que caería sobre España y su Ejército por tal acto de barbarie, le pusieron en un estado congestivo, privándole de conocimiento. Fue menester sangrarle. Amigos cariñosos le llevaron a su casa... En una noche de insomnio y horribles pesadillas, atormentado por la idea y visión de que le arrancaban de cuajo el alma y con ella los sentimientos más arraigados, **Estévanez** pasó por todas las formas de la demencia; y cuando esta fue declinando hacia la serenidad, surgió la inquebrantable resolución de abandonar la Isla.*

Hombre de tal temple, enardecido desde sus años juveniles en la devoción de la Humanidad, de que se derivan las ansias de Libertad y Progreso, no podía vivir en aquel campo de fieras discordias: por un lado los enemigos de la Patria, por otro los que, llamándose hijos

de ella, la deshonraban con sus violencias y crueldades; allí la soberanía del honor militar; aquí el imperio de las ideas... Imposible residir en Cuba sin tirar el uniforme o tirarse al mar...

*¿Pero cómo volver a España? Amigos fieles facilitaron a don Nicolás la salida de aquel cráter: se solicitó del Capitán General licencia y pasaporte para la Península, y conseguido esto, ya sólo faltaba esperar la salida del primer vapor. Pero a **Estévanez** se le hacían siglos las semanas, los días... Ansioso de partir, como si en ello le fuera la vida, tomó pasaje en una goleta llamada Estrella, que salía para Nueva Orleans con cargamento de madera... El relato que me hizo el hombre de su viaje en aquel barcucho, ponía los pelos de punta. Fue un viaje de incidentes y trabajos que recordaban la primitiva navegación en los mares de América.*

Zarpó la goleta al anochecer, y a las pocas horas se inició en su bodega un incendio. Echaron el bote al agua, y en él se embarcaron precipitadamente tripulación y pasajeros. Estos eran dos: don Nicolás y un chino. El capitán de la goleta, un yanki de mala catadura, les puso a remar, y al fulgor de las llamas que devoraban el barco, emprendió el bote la penosa navegación por un mar nada tranquilo. Sospechaba mi amigo que el incendio no había sido casual: capitán y tripulantes dieron fuego al barco con

*un fin de piratería. Provocaban un siniestro para estafar a la Compañía de Seguros... Esto sospechó **Estévez**. Confirmaron su presunción las maneras y actitud del capitán y marineros.*

*Rema que te rema, los dos infelices pasajeros veían cercano el momento de ser asesinados o arrojados al mar. Parecía novela de navegación por aguas de piratas o caribes. El miedo que pasaron fue tal que a otro que **Estévez** le habría durado toda la vida. Así transcurrió la noche, y en tan horrorosa incertidumbre llegaron los náufragos al nuevo día. Felizmente encontraron un vapor yanki que los recogió y los llevó a Cabo Haitiano. De Cabo Haitiano partió mi amigo a Santomas, y allí, descansado de tan hondas angustias, no pensó más que en dar realidad legal a la situación que se había creado. Al abandonar la Isla de Cuba, devolvía resueltamente a la Nación la espada que esta puso en sus manos. En cuanto pisó tierra de Santomas, fue al Consulado de España, y entregó al Cónsul un pliego en que solicitaba del Rey la licencia absoluta.*

«Lo hice con pena -me dijo grave y melancólico-. Yo no tenía más carrera que la militar: era capitán del 59, con el grado de comandante; pero me había persuadido al fin de que no se puede pertenecer a la milicia cuando se antepone la propia conciencia a todas las leyes, a todas

las ordenanzas, a todos los prejuicios de profesión y de escuela...». Siguió refiriéndome que por hallarse muy escaso de dineros, tomó pasaje de tercera en un vapor francés, que a Europa venía con escala en Santander. Recaló el vapor en el puerto cantábrico en día de furioso temporal del Noroeste, y suprimida la escala, siguió a Saint-Nazaire. Desembarcó don Nicolás, y con los pantalones blancos de la Habana, en pleno invierno, y la misma ropa veraniega estuvo en Nantes... Prosiguiendo en ferrocarril su odisea, pasó la frontera y se plantó en Madrid.

Esta breve y pálida referencia no puede dar a mis lectores idea, ni siquiera remota, de la precisión, elocuencia y donaire con que el héroe, que tal nombre debo aplicarle, relataba su dramático viaje de las Antillas a España, y las tremendas causas que lo motivaron, y el admirable tesón cívico que vigorizaba su alma generosa. Oyéndole, saboreaba yo una gallarda página histórica, que él solo puede y debe escribir, como su propio creador o cosechero.

Del cafetín fuimos, corriendo calles, a la busca y captura de amigos de él y míos, y por el camino le enteré de las extrañas cosas que aquí pasaban. Se maravilló y enojó de que los republicanos estuvieran divididos en Intransigentes y Benévolo, y me dijo que por esta castiza

propensión al divorcio, estábamos tan lejos del advenimiento de la República. No había en España voluntades más que para discutir, para levantar barreras de palabras entre los entendimientos, y recelos y celeras entre los corazones... Puedo afirmar con plena convicción que de cuantos amigos tenía yo, ninguno me cautivaba como aquel hombre inflexible y de una vez, dicho sea vulgarmente ⁴¹.

Veamos ahora cómo se veían estos acontecimientos desde la óptica peninsular.

El 28 de noviembre llega a Madrid un despacho telegráfico de la Habana, del que se hace eco la prensa de los días siguientes, *“dando cuenta de haber sido profanados en el cementerio los restos mortales del distinguido periodista español Sr. D. Gonzalo Castañón, por los estudiantes de medicina de aquel punto”* ⁴². La noticia también recoge que el hecho había provocado gran indignación en los *“voluntarios a favor de los españoles”* y que habían *“empezado a funcionar los consejos de guerra”*.

Todo se produjo con tal rapidez, que el telegrama que

⁴¹ PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. Amadeo I*. Ediciones Urbión, S.A. Págs. 4402 a 4404.

⁴² EAM. Edición de 1 de diciembre de 1871.

Gobierno puso al Capitán general para que cesaran los consejos de guerra, llegó tarde y de esta forma el corresponsal de “El Avisador Malagueño” en Madrid, en su crónica del 29 de noviembre, escribía:

“Hoy se asegura que a causa de la profanación de los restos del periodista Castañón, asesinado por los filibusteros en Cayo Hueso, habían sido fusilados en la Habana a las veinte y cuatro horas ocho estudiantes de medicina” ⁴³.



Gonzalo Castañón
Periodista muy beligerante contra los independentistas cubanos

⁴³ EAM. Edición de 2 de diciembre de 1871.

La prensa española toma partido por las autoridades española en Cuba, que han cortado por lo sano, acto tan detestable. “El Imparcial”, se expresa en estos términos:

*“No es solo el atentado en sí mismo lo que hay que considerar; no es solo el crimen de profanación de sepultura, justiciable por los tribunales ordinarios, lo que este atentado encierra; hay además una demostración criminal en los medios, criminal en las tendencias del filibusterismo, que ha ido a ensañarse en los restos mortales del que defendió vigorosamente con su pluma, la causa de integridad del territorio de España”*⁴⁴.

Mientras tanto “El Debate” criticaba la actitud de determinados grupos políticos que estaban haciendo el juego a los independentistas cubanos:

“... sin embargo, al mismo tiempo que estos tristes y dolorosos sucesos tenían lugar en la Habana, en Madrid estaban los radicales pidiendo para Ultramar las mismas medidas y reformas ultra-radicales que piden para allá los laborantes, hablando contra la esclavitud en términos que parecían revelar que nada se había hecho en España para abolirla. Allí en el meeting de Price, se estaba inconscientemente excitando a los rebeldes, cuando los españoles de la Habana se hallaban defendiendo la

⁴⁴ EAM. Edición de 3 de diciembre de 1871.

*causa de nuestra patria”*⁴⁵.

Por su parte, el periódico republicano “El Pueblo”, publicaba:

*“... La Historia dirá de ellos mañana que merecieron bien de la patria, a cuya integridad sacrificaron sus tesoros y vertieron su sangre; y colocará los hechos llevados por ellos a cabo, en una de sus más brillantes y sagradas páginas, al lado de las que guarda los de Zaragoza y Numancia”*⁴⁶.

Después de recoger las opiniones anteriores, y más que no se detallan, el columnista de “El Avisador Malagueño”, corrobora:

*“Y, ¿aún habrá quien en España simpatice con la causa filibustero? No lo creemos, pero si así fuera, desprecio e ignominia para todos cuantos abriguen sentimientos tan ruines y refractarios a la nobleza del corazón español”*⁴⁷.

La prensa madrileña recoge, sin conocerse la fuente y por tanto su credibilidad, de que no solamente fue profanada la tumba de Castañón, sino que igualmente lo fueron las tumbas de otros insignes españoles: Camprodon,

⁴⁵ EAM. Edición de 3 de diciembre de 1871.

⁴⁶ EAM. Edición de 3 de diciembre de 1871.

⁴⁷ EAM. Edición de 3 de diciembre de 1871.

Guzmán y Manzano.

Las consecuencias del fusilamiento de los estudiantes, en un mundo, gracias al telégrafo globalizado, no se hicieron esperar, y Estados Unidos, en un discurso del presidente Grant, amenazó a España con la intervención militar en defensa de sus intereses, si continuaban los atropellos contra elementos civiles. Inglaterra se manifestó en similares términos, de tal manera que por un momento parecía que era inevitable sus implicaciones en la guerra.

“El Avisador Malagueño” era un diario de centro, publicándose en sus páginas artículos de la prensa de Madrid de todas las tendencias, recogándose, por ejemplo, las columnas de Paul y Angulo, incluso aquella en la que amenazó de muerte al Presidente del Gobierno, don Juan Prim, que días más tarde sería asesinado. Por ello no debemos dudar de que existía una cierta unanimidad en la política de mano dura con todos los que alteraban el orden en Cuba, y aunque se criticaba el rápido fusilamiento de unos estudiantes, se llegaba a comprender el hecho, por el estado de crispación en que se vivía en la isla.

Veamos ahora el sentimiento actual cubano, sobre aquellos fatídicos acontecimientos.

“El 25 de noviembre de 1871 las hordas voluntarias

profanaron el suelo universitario irrumpiendo en el edificio de San Dionisio de la entonces escuela de Medicina, tomando prisioneros a todo el primer año gracias a los dobleces de piernas de un profesor que asumió una postura muy distinta a la de su colega Bustamante que impidió con su valentía y decisión que en la mañana de ese mismo día fuera detenido el segundo año. De no ser así hubiesen sido otros los muertos. Todo el primer año del curso 1871 – 72, 45 estudiantes, le fueron arrancados a la magna sede universitaria.

La estéril imaginación criminal de las hienas españolas convirtió el juego de 4 de los jóvenes con el carro mortuario y la toma de una flor de los jardines del cementerio por las manos románticas de otro estudiante de 16 años, en una profanación de la tumba que guardaba los infelices restos de Gonzalo Castañón, periodista español que pagó con su vida en Key West sus tantas agresiones periodísticas al pueblo cubano.

En la tarde del 26 de noviembre fue celebrado el primer juicio en el que los estudiantes tuvieron la histórica defensa del Capitán español Federico Capdevilla que tuvo que desenvainar su espada en pleno juicio para defenderse de una sorpresiva agresión de uno de los coléricos voluntarios que presenciaba la sesión. Los resultados de este consejo de guerra apenas se conocen

pues fueron tan efímeros que ni la prensa tuvo tiempo de publicarlos. Fueron leídos desde un balcón del edificio de la Cárcel de La Habana donde sesionó la corte. Esta lectura, al parecer absolutoria para los estudiantes, fue motivo de la esquizofrenia y la pérdida de la compostura moral de los voluntarios que reunidos en miles comenzaron a reclamar el derramamiento de sangre cubana.

Las autoridades españolas fueron presas del temor al amotinamiento y violando todas las normas del derecho civil, montaron un nuevo circo. Se celebró un segundo juicio del cual se especula que los reos no contaron con defensa alguna. Este sesionó en la propia madrugada del día 27, ¡el fusilamiento tenía que ser inmediato!

Los tribunales esta vez prometieron 8 víctimas para el paredón, 5 de ellos fueron los que estuvieron de una forma u otra en el cementerio, los otros 3 necesarios que completarían la cifra prometida se determinaron en un sorteo realizado entre los restantes, tal parece que querían demostrar los muy católicos españoles que era”

48.

⁴⁸ INTERNET. Discurso pronunciado por el Presidente de la FEU del ISCM- Habana el 27 de Noviembre, en la Necrópolis de Colón, en conmemoración del aniversario del fusilamiento de los 8 Estudiantes del Medicina.



Capitán Federico Capdevilla ⁴⁹

⁴⁹ SANCHO-MIÑANO, Enrique. *Capitán Federico Capdevilla Miñano. Un héroe de sangre numantina.* www.docelinajes.org

El fusilamiento de los estudiantes, el día 27 de noviembre, se conmemora anualmente en las aulas de medicina de la universidad de la Habana.

¿Fue profanada la tumba del periodista Castañón? ¿Fueron los hechos constitutivos de juicio sumarísimo y fusilamiento? El hijo Gonzalo Castañón, reconoció, según parece, a principios de 1887, que la tumba de su padre no había sido profanada.

La guerra en Cuba, no podía considerarse solamente como una lucha entre españoles y patriotas cubanos, sino también, y era lo que verdaderamente la hacía temible y sangrienta, una guerra civil entre cubanos, entre personas que llevaban muchas generaciones viviendo en la isla y que se sentía aborigen de ella, aunque con dos concepciones de la vida en común, unos unidos a España y otros como país independiente.

Cuando se tratan fuentes cubanas, expresan como causantes de los desmanes contra el pueblo cubano a los “voluntarios”, pero habría que preguntarse ¿quién era éstos? Los voluntarios eran residentes en Cuba, nacidos en la metrópoli o en la isla, y cuya finalidad era la permanencia del mismo estatus con Madrid, ajenos por tanto a ideologías independentistas.

Aunque las autoridades españolas dijeron que todos los

estudiantes eran mayores de dieciocho años, al parecer había algunos menores de dicha edad. No todos estos estudiantes llevaban generaciones viviendo en Cuba, sino que algunos eran hijos de emigrantes recientes, incluso de títulos de España, como Ángel Laborde, cuyos antepasados, marinos, dieron glorias a la metrópoli.

Estévanez llega a Cuba a principios de noviembre de 1871. Se presenta en capitanía general y solicita destino en alguna de las unidades de la isla. Él reconoce que no se lo dieron, al menos de forma inmediata, sin conocerse, si era lo normal estar un mes en esa situación, o simplemente no le asignaron uno por sus antecedentes revolucionarios.

¿Obró de la forma que dice que lo hizo? No lo sabemos. El hecho de que abandonara el territorio de forma tan precipitada con consentimiento del Capitán general, no era un procedimiento normal en la milicia, no dándose un permiso por asuntos propios a un recién llegado a un destino, ni siquiera por enfermedad. **Estévanez** dice que cuando llegó al continente americano, solicitó al primer cónsul español que encontró la licencia absoluta del ejército. El hecho que cuando llegó a España no se le reclamó ninguna deuda con el Estado, por abandono del servicio, tampoco era de extrañar en aquellos tiempos turbulentos, en donde el control de los cuadros de mando,

con varios miles de oficiales de cuartel, dejaba mucho que desear.

Estévez, junto con el capitán Capdevilla, son dos héroes en Cuba. Se habla del amor del primero hacía la gran Antilla, cuando en realidad sus estancias en la misma siempre fueron de muy corta duración.

CAPÍTULO VI

ESTEVÁNEZ PARLAMENTARIO

¿Quién era el protagonista Tito Liviano? Hay quien dice que era el propio don Benito, pero yo creo que no se correspondía con un solo personaje, sino que encarnaba a uno u otro según fuera la secuencia que, de la vida del Sexenio, quería narrar Galdós.

En los párrafos que se recogen, el protagonista impulsa la candidatura política de **Estévanez**:

“Adelante con mi cuento. Las resultas de la referida borrasca mujeril, y la extraña doblez del carácter de Delfina, mi benéfica protectora por un lado, por otro mi fiscal implacable, me llevaron a un estado de intensa melancolía. Vagaba yo mañana y tarde por los barrios extremos y las afueras de Madrid, hablando a solas, o pronunciando discursos férvidos ante la soledad agreste. El casual encuentro con algunos amigos me sacó del pozo de mis meditaciones, llevándome a la política, que es eficaz medicina de tristezas. El trajín de las opiniones propias y ajenas, que en mil casos no nos llegan a lo hondo del ser, nos restablece a una normalidad vividera, y al suave pasar de las horas y los días... Sin saber cómo llegué a verme metido en el hervor de la campaña electoral. Corría Febrero, Marzo le siguió en aquel afán;

*yo, avisgado o embrutecido, que esto no lo sé, por la propaganda, me metí más en ella. No era que yo pretendiese la diputación; pero amigos míos pedían sus votos al pueblo, y quise poner en la lucha todos mis esfuerzos, interesándome particularmente por Nicolás **Estévanez**, que presentaba su candidatura en uno de los distritos de Madrid.*

...

*Ya me iba cargando tanta virtud... ¿Por ventura tendría yo que hacerme también virtuoso para recobrar mi equilibrio?... De la carbonería pasé a la taberna próxima, donde tuve la satisfacción de encontrarme a mi amigo y casi pariente, Sebo por mal nombre, rodeado de toscos ciudadanos, entre los cuales estaba el tal Bernabé, presunto esposo de Felipa. Trataban de la elección por aquel distrito (Latina), el más republicano de Madrid. Sebo, agente electoral de la Coalición, recomendaba la candidatura de **Estévanez**, que era predicar a convencidos, pues en aquel barrio pobre, liberal y entusiasta, gozaba don Nicolás de gran predicamento. Metí yo al instante mi cuarto a espadas en la reunión, haciendo del candidato el más fogoso panegírico que aquellos hombres inocentes habían oído. Y fue grande mi satisfacción oyendo lo que a la salida de la tasca me dijo Telesforo: «Mi antiguo señor, el Marqués de Beramendi,*

*me ha mandado que apriete de firme para sacar a **Estévanez**, pues aunque no le trata ni le ha visto nunca, le tiene en gran estima por su honrada convicción, y por lo derecho y firme que va camino del Progreso, sin mirar atrás».*

*Desde aquel día, me metí en el trajín electoral, y tuve la dicha de oír de los autorizados labios de don Nicolás, en las reuniones del teatrillo de la calle de Las Aguas, parrafadas y apóstrofes tan tremendos como los que a mí me valieron poco menos que la excomunión de la Asamblea del partido... Si a mí me tuvieron por loco, no lo estaba menos **Estévanez**, y esto me consolaba. O ser revolucionario de verdad, o no serlo. Si nuestra sociedad reclamaba, con su hondo malestar, renovación completa, nada se haría si no demolíamos el vetusto y apuntalado edificio para reconstruirlo con nuevos planos, nuevos materiales y arquitectos nuevos. Sacáramos estos de la nada, no del personal existente... Antes de crear un nuevo mundo, hiciéramos un delicioso caos.*

No canso a mis lectores refiriendo al detalle una campaña electoral en que apenas hubo pelea, por la excelente disposición del popular distrito y el arranque del candidato. Sin gastar una peseta le sacamos, con 8.000 votos de ventaja sobre el contrincante sagastino. Los electores eran gente sencilla, proletaria, que no

*ambicionaba destinos ni prebendas, voz y voluntad auténticas del pueblo soberano. La Coalición triunfó en Madrid, con dos republicanos, **Estévez** (Latina) y Galiana (Hospital); cuatro radicales, Montero Ríos (Palacio), Ruiz Zorrilla (Centro), Martos (Congreso) y Becerra (Audiencia); el único ministerial que tuvo acta fue el General Beránger (Hospicio). En provincias, los amaños de Sagasta dieron a este una mayoría gregaria; mas no pudo ahogar el empuje de las minorías. Sólo el carlismo trajo treinta y cinco puntos... Y estos sí que eran puntos negros.*

*Seguí en relaciones de cordial amistad con **Estévez**, que no se envanecía de su triunfo, ni creía que en el futuro Congreso pudieran hacerse campañas eficaces para la idea republicana. En nuestras charlas, tuve el gusto de oír de su boca las apreciaciones más exactas de la realidad política en aquellos días.* ⁵⁰.

Los enfrentamientos verbales entre benévolo e intransigente no era bueno para el movimiento republicano, por lo que la asamblea republicana, dejó en manos de Pi y Margall la superación de la situación, empleando para ello el concepto que había primado en la

⁵⁰ PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. Amadeo I.* Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1979. Págs. 4406 y siguientes.

iniciación de la revolución de 1868, la “conciliación”⁵¹, integrando en el directorio creado al efecto, a partidarios de ambas tendencias. Entre los primeros incluyó a Castelar, Pérez de Guzmán, Figueras y Sorni, y de los segundos a **Estévanez** y Contreras. Hennessy apostilla con respecto a la configuración de este directorio:

*“El precio de esta conciliación era fuerte, ya que **Estévanez** exoficial de azaroso pasado militar, y Contreras, general incompetente, famoso por su oportunismo e informalidad, eran aventureros cuya lealtad era discutible”⁵².*

Tal como se ve, el ilustre historiador no tiene buena apreciación de la personalidad y la talla intelectual de don Nicolás.

La situación conciliatoria no se llevó a cabo, y tras ser elegido como diputado republicano, **Estévanez** se une al grupo más intransigente de los intransigentes, los que pretendían la revolución inmediata, la desaparición del estado como tal, y la instauración de una República federal, que fuera el primer escalón para alcanzar el ansiado anarquismo.

⁵¹ La “conciliación” puede considerarse el antecedente del “consenso” de la Constitución de 1978.

⁵² HENNESSY. Ob. Cit. Pág. 163.

Cae Sagasta y don Amadeo nombra Ruiz Zorrilla Presidente del Gobierno, pero ya no hay solución, en el mundo de la intransigencia sobra el Soberano y sobra el Gobierno, preparándose todo para la sublevación de finales de 1872.



Manuel Ruiz Zorrilla. Autor: Ignacio Suárez Llanos. Palacio de las Cortes

CAPÍTULO VII

LA SUBLEVACIÓN REPUBLICANA DEL OTOÑO DE 1872

No parece que la sublevación estuviese preparada para estas fechas, sino que apuntaba más a febrero de 1873, pero los acontecimientos que se sucedieron en el Ferrol, obligó a adelantarla.

Pérez Galdós, aparte de narrador, efectúa generalmente una perfecta descripción física y psicológica de los personajes reales que son protagonistas de sus Episodios Nacionales. Por ejemplo, al exponer la personalidad de Espartero, parece que se está verdaderamente viendo al personaje:

*“... estuvo viendo ante sí, en la oscuridad, los ojos de Espartero, negros, penetrantes, ojos de trastienda y picardía, y su rostro atezado, duro, que parecía de talla, labradito y con buches, el bigote triangular sobre el fino labio, la mosca, las patillas, demasiado ornamento de pelo corto para una sola cara. La mirada del guerrero le decía más que sus palabras, ...”*⁵³.

⁵³ PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales*. Vergara. Madrid, 1976. Pág.s. 2670 y 2671.

*“Espartero no se andaba con chiquitas: hombre de formidable empuje, poseía el don divino de infundir a las tropas su bravura y llevarlas como a rastras a la victoria. No era un general de estudio, sino de inspiración, chapado a la española, hombre de arranques, de cosas, con el corazón en la cabeza”*⁵⁴.

Sin embargo, Galdós no describe a Nicolás **Estévez**, al menos en lo físico y cuando hace referencia a su carácter, no lo efectúa de forma explícita, sino dentro del contexto de la obra, de tal manera que, a través de Tito Liviano, nos aparece un **Estévez** lleno de vitalidad, con sentido del humor, inteligente y valiente.

En otro episodio nacional, Pérez Galdós, lo define:

*“Tú conoces a **Estévez**; comprenderás lo que puede esperarse de su capacidad y audacia. Nicolás es el águila de las guerrillas”*⁵⁵.

Expresando la capacidad revolucionaria y militar en el campo de las guerrillas de don Nicolás.

*“El cariño y la jovialidad de **Estévez** me calmaron,*

⁵⁴ PÉREZ GALDÓS. *Episodios Nacionales. Luchana*. Ediciones Urbión. 1976. Pág. 2316.

⁵⁵ PÉREZ GALDÓS. *Episodios Nacionales. Amadeo I*. Ediciones Urbión. 1976. Pág. 4456.

*dando a mis sentimientos una dirección apacible”*⁵⁶.

Es probable que Pérez Galdós no llegara a conocer a **Estévanez** hasta 1910, es decir cuando éste tiene más de setenta años, no encontrando seguramente otro interlocutor que le hubiera podido describir su personalidad.

A mediados de octubre el arsenal del Ferrol, al grito de ¡viva la República Federal! y con la bandera roja del socialismo, se sublevó el brigadier Pozas, adelantándose a las consignas del comité republicano federal.

No era Pozas un militar modélico, sino que era un arrivista que había empezado su vida castrense como oficial carlista, traicionando a sus compañeros en la llamada segunda guerra, por cuya razón fue consolidado su empleo de teniente coronel por el Gobierno de turno:

“Nació el 24 de agosto de 1815, en San Quince, provincia de Barcelona. Dio principio su carrera de subteniente en las filas carlistas, en Cataluña, en 1836; cuando tuvo lugar el convenio de Vergara emigró a Francia, donde permaneció hasta 1847 que entró en Cataluña con las partidas montemolinistas, organizando una de 600

⁵⁶ PÉREZ GALDÓS. *Episodios Nacionales. Primera República*. Ediciones Urbión. 1976. Pág. 4468.

infantes y 40 caballos, con la que prestó sumisión al gobierno de la reina el 4 de diciembre de 1848 en Esparraguera, y continuo con las fuerzas de su mando en operaciones contra los carlistas reconociéndosele el empleo de teniente coronel y grado de coronel ... En 1858 se le expidió el retiro por carecer de la instrucción necesaria.

Emigrado desde 1866 a 68. En 1869 se le volvió al servicio con destino en el Estado mayor de plazas.

Al embarcar en Tarragona en noviembre de 1869 varios presos procedentes de la insurrección republicana, se encontró al coronel Pozas, que nombre supuesto iba a embarcar para Cádiz y había sido preso con Miracle presidente que fue del club rojo de Tarragona y principal autor del asesinato del secretario del gobierno civil.

Sentenciado a la pena de ser pasado por las armas, le fue conmutada por la relegación a las islas Marianas pasando a las mismas en febrero de 1870 y permaneció allí hasta marzo de 1871 que regresó a la Península por consecuencia de la amnistía”⁵⁷.

Vista la personalidad del brigadier ⁵⁸ Pozas Poses (otros

⁵⁷ EAM. Edición de 16 de octubre de 1872.

⁵⁸ La existencia en aquella época de los empleos y grados, sería seguramente de empleo coronel y grado de brigadier.

lo apellidan Monclejo y Montojo, sin conocerse a ciencia cierta cuál es su segundo apellido), no es de extrañar que tuviera desde el principio mala prensa la sublevación republicana de aquel otoño.

La sublevación del Ferrol terminó reprimida por el Capitán general de Galicia, el cual previo al inicio de las hostilidades y el asalto al arsenal, dirigió una proclama a los insurrectos, uno de cuyos párrafos se expresaba en los siguientes términos:

*“Una rebelión sin eco en parte alguna de la Península, y cuanto os digan en contrario es falso, acaba de tener lugar en el primer arsenal de España, donde en vez de la bandera de la patria, símbolo de nuestras glorias, tremola la roja, que representa la destrucción de nuestra nacionalidad y el desenfreno de las pasiones”*⁵⁹.

El día 17 de octubre podía considerarse reprimida la insurrección y el jefe de la rebelión hecho prisionero.

Según parece la sublevación republicana se preparaba para febrero de 1873, teniendo que adelantarse a causa de la sublevación del Ferrol y por otros acontecimientos personales y políticos que hacían ver la descomposición del régimen, encontrándose entre ellos la enfermedad de

⁵⁹ EAM. Edición de 18 de octubre de 1872.

Amadeo I, llegándose a temer por su vida y el deterioro de la vida política con el enfrentamiento dialéctico entre zorrillistas y sagastinos, y el alejamiento total de los unionistas y demás grupos conservadores.

El directorio intransigente republicano dio la orden del alzamiento para primeros de diciembre, encomendándose a don Nicolás **Estévanez** uno de los cometidos más importantes, el de cortar las comunicaciones con Andalucía y mantenerse el máximo tiempo posible sin ser derrotado, para dar tiempo a la sublevación de los federales.

Veamos la narración que hace Galdós, dando entrada en la misma, tanto a Tito Liviano como al propio **Estévanez**, sobre la sublevación republicana del otoño/invierno de 1872:

“Entrado ya Diciembre, el buen pueblo republicano de Madrid agregó al interés de los teatros un motincillo callejero, nuevo síntoma de la grave dolencia hispana. Hallábase una noche deliberando la Junta Suprema del Consejo de la Federación Española, cuando sonaron tiros en la Puerta del Sol. ¿Qué ocurría? Que los Comités de los distritos habían acordado, por sí y ante sí, lanzarse a la calle. Corrióse la trifulca a la Plaza de Antón Martín, tradicional baluarte republicano, y allí fue sofocada por las

tropas que llevó el General Pavía. Entre los revolucionarios figuraban el famoso Espiga, el comandante Decref y Carlos Caro, Cerrudo y otros paisanos. Hubo bastantes heridos y un solo muerto, el lacayo del coche de Ruiz Zorrilla, víctima inocente del celo de un diputado, señor Boceta, que se empeñó en recorrer el campo de batalla en el propio carruaje oficial del Presidente del Consejo.

Los treinta y cinco prisioneros de aquella descabellada intentona fueron puestos en libertad a la mañana siguiente... A mi parecer, produjeron aquel fugaz movimiento Las Hojas Revolucionarias que, a falta del periódico Tribunal del Pueblo, publicaban mis amigos de la calle de la Montera. Entre aquellas Hojas obtuvo enorme circulación la titulada El Rey se va, escrita por la propagandista republicana Modesta Periú. No era ella la única hembra que valerosamente luchaba por la Causa, pues otra, llamada Guillermina Rojas, anduvo a tiros con las tropas de Pavía en la plaza de Antón Martín.

A los pocos días de esta zaragata, los buenos y sencillos revolucionarios se las prometían muy felices. Hallándome yo una noche en la redacción de El Diario del Pueblo escribiendo mi Crónica del día, vino a darnos plática un amigo, jovenzuelo y candoroso, el más activo satélite de don Juan Contreras y del Consejo Federal, que forjaba los

rayos de la revolución. «Ya la tenemos armada, querido Tito -me dijo con sigiloso misterio-. Ahora va de veras. Será cuestión de días el triunfo de la República Federal. Sevilla, Barcelona, Cádiz, Cartagena, están a punto de pronunciarse. La Junta Suprema y los prohombres han discutido largos días, triunfando al cabo la idea del levantamiento general. Esto que te digo lo sé por el propio García López...

«Puedes estar seguro, como si lo hubieras visto, de que anoche salió para Andalucía Nicolás **Estévanez**. ¿Crees que va de paseo o a echar discursos? No, chico. Lleva la sagrada misión de cortar todos los puentes de Despeñaperros, de levantar partidas, sublevar las poblaciones de Linares, Andújar, Bailén, La Carolina, cerrando al Gobierno toda comunicación con las plazas de Andalucía. Tú conoces a **Estévanez**; comprenderás lo que puede esperarse de su capacidad y audacia. Nicolás es el águila de las guerrillas. No te digo más... Dentro de algunos días podremos decir, no El Rey se va, como nuestra brava heroína la Modesta Periú, sino El Rey se ha ido. Día de júbilo tendremos. ¡Con qué gusto veré partir a don Amadeo, al Dragonetti y a los rufianes que ha traído de Italia para sus trapicheos amorosos! Lo sentiré tan sólo por la Reina, francamente lo digo. Esta doña María Victoria es tan buena y simpática que no parece Reina, sino una señora cualquiera. Yo me quito el sombrero al

verla pasar, y le perdono el ser italiana. Ya sabes que cría a sus hijos. Me consta que este verano, paseando por las inmediaciones del Escorial, encontró un niño abandonado que chillaba pidiendo teta. Pues lo recogió y le dio de mamar, no con biberón, Tito, sino a sus propios pechos. Tú que sabes tanto de Historia, me dirás si has leído algún pasaje de reinas o emperatrices que hayan hecho esto...»⁶⁰.

En el siguiente Episodio Nacional, sigue narrando don Benito las vicisitudes de **Estévanez** en la sublevación de otoño de 1872:

“Ansío penetrar con vosotros en la selva histórica que nos ofrecen los adalides republicanos en once meses del año 1873, año de sarampión agudísimo del que salimos por la intensa vitalidad de esta vejancona robusta que llamamos España. La historia de aquel año es, como he dicho, selva o manigua tan enmarañada que es difícil abrir caminos en su densa vegetación. Es en parte luminosa, en parte siniestra y oscura, entretejida de malezas con las cuales lucha difícilmente el hacha del leñador. En lo alto, bandadas de cotorras y otras aves parleras aturden con su charla retórica; abajo, alimañas saltonas o reptantes, antropoides que suben y bajan por las ramas

⁶⁰ PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. Amadeo I*. Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1979. Págs. 4455 y 4456.

hostigándose unos a otros, sin que ninguno logre someter a los demás; millonadas de espléndidas mariposas, millonadas de zánganos zumbantes y molestos; rayos de sol que iluminan la fronda espesa, negros vapores que la sumergen en temerosa penumbra.

...

*Tras de mí salió corriendo el buen Ido del Sagrario, ansioso de atajarme en el camino de mi perdición, y cuando yo forcejeaba para desasirme de los amantes brazos del filósofo... ¡pum!, se nos acerca Nicolás **Estévanez**, risueño, haciendo chacota de mi exaltación homicida.*

*El cariño y la jovialidad de **Estévanez** me calmaron, dando a mis sentimientos una dirección apacible. En breves palabras expliqué a mi amigo la razón de mi furia, y nombré al perro cuya vida me estorbaba. A este propósito me dijo don Nicolás, con donaire mezclado de amargura: «Conozco a ese sinvergüenza, a ese Hinojosa, que es como decir Jinojo... Pertenece a la bandada de pajarracos que apenas establecida la República se cuelan en ella para llenar sus buches con los desperdicios del presupuesto. Tu enemigo es de los primeros que han llegado, quitándose las plumas alfonsinas para ponerse la cresta roja que gastan los demagogos. Esta canalla nos*

desacreditará, Tito, y acabará por perdernos. ¿Sabes quién ha colocado al don Jinojo? Pues Martos, que hila maravillosamente las palabras, pero en cuestiones de personal no tiene vista ni olfato... Ayer me enteré. Al afinador le mandan a la oficina de Bienes Mostrencos, que está en la travesía de la Parada».

*Estábamos en Antón Martín, junto a la fuente churrigueresca. El manso filósofo Ido del Sagrario se fue a la compra, calle de los Tres Peces, y **Estévanez**, que había salido de la tienda de sedas del popular republicano don Toribio Castrovido, me llevó calle abajo por la de Atocha, contándome sus andanzas en el largo tiempo en que yo le había perdido de vista. Refería con pintoresca sencillez y gracia las que no vacilo en llamar hazañas, y mi curiosidad apuraba sus conceptos con atención sedienta. No esperéis que transcriba su relato ad pedem litterae; lo extractaré, conservando, si puedo, la intensidad del pensamiento y la concisión de la forma.*

Empezó así: «A mediados de Noviembre me visitó Contreras y me dijo que contaba con una parte de la guarnición de Bajadoz, con casi toda la de Sevilla, con las de Córdoba y Málaga, con muchos carabineros y con un regimiento de Caballería, para intentar un golpe decisivo. Añadió que estaban dispuestas las partidas que habían de salir al campo en catorce provincias. Pero que la señal que

a todos serviría para sublevarse era la aparición de una partida que cortase el ferrocarril en Despeñaperros. La partida estaba dispuesta, y yo designado para mandarla. No vacilé, y pedí al General que señalara día para mi salida. Convinimos en que yo iniciara la revuelta el 23; los demás secundarían la sublevación hacia el 25. Sólo exigió de mí que me sostuviera ocho días».

No se contentó el audaz revolucionario con aguantarse ocho días; se aguantó treinta y ocho. En todo este tiempo el pobre General Contreras anduvo de la Ceca a la Meca hostigando a los militares y paisanos comprometidos, sin lograr sacarles de su inmovilidad. A Prim, con ser Prim, le pasó lo mismo allá por los años 66 y 67. Las partidillas que aparecieron al conjuro de Contreras en Murcia, Extremadura y Vizcaya, no pasaron de tímidos conatos.

*Según me dijo, lanzóse **Estévanez** a la aventura de Sierra Morena sin ninguna confianza en el éxito. Salió de Madrid por la estación de Atocha. Apenas tomó asiento en un vagón de segunda, un hombre de aspecto inofensivo, cargado con cajas de cartón, abrió la portezuela preguntando: «¿Es este el tren que va a Sevilla?». Oída la contestación afirmativa se introdujo en el coche, y acomodando sus cajas se reclinó en un ángulo, con actitud de indiferencia descuidada... Momentos antes de arrancar el tren llegó a la estación don Toribio Castrovido,*

republicano de los más fieles, y después de buscar a **Estévanez** de coche en coche dio con él y le hizo bajar para decirle rápidamente: «Ese tipo de las cajas de cartón es un inspector de policía; lleva la orden de prender a usted por la Guardia civil tan pronto como el tren salga de los límites de esta provincia y encerrarle en la cárcel de Toledo o de Ciudad Real». Volvió **Estévanez** al coche sin cerrar la portezuela, y cuando el tren arrancaba se arrojó al andén. Sorprendido el polizonte asomó la gaita por la ventanilla, y el atrevido conspirador le gritó: «¡Buen viaje, amigo!... ¡y mucho ojo!».

En la noche del mismo día salió de Madrid don Nicolás metido dentro de una zafra de aceite sin aceite, en un furgón precintado del tren de mercancías, con tan menguada velocidad que tardó en llegar a Vilches veinticuatro horas. El Gobernador de Ciudad Real, Plácido Sansón, amigo y paisano del héroe, le esperaba por orden del Gobierno en una de las estaciones de la línea, al paso del tren de viajeros, con la fuerza de la Guardia civil que había de detenerle. Supónese que se alegró mucho de no encontrarle... A las diez de la noche, antes de llegar a Vilches, paró el tren de mercancías para que se apeara el hombre facturado en la zafra de aceite. Hallose el tal en un despoblado, donde se le unió Virgilio Llanos con la formidable partida que debía iniciar el movimiento: una docena de hombres, ocho de los cuales eran procedentes

de Madrid. Dos horas después ya no existía el puente de Vadollano.



Evenement d'Espagne.- habitants de la manche traverses le despeñaperros pour joindre aux insurges

Al decir esto, pasaba **Estévez** del estilo picaresco al estilo trágico, desnudo de todo énfasis, sin otro adorno que la sencillez. En él veía yo la personificación vigorosa del espíritu de rebeldía que alienta en las razas españolas desde tiempos remotos, y que no tiene trazas de suavizarse con las dulzuras de la civilización, protesta

*inveterada contra la arbitrariedad crónica del poder público, contra las crueldades y martirios que la burocracia y el caciquismo prodigan a los ciudadanos. Cortar las comunicaciones ferroviarias es grave atentado a la cultura y saqueo del acervo nacional; pero **Estévanez** y sus auxiliares actuaban en aquellos momentos como profesionales de la rebeldía y ejecutores ciegos del fatalismo revolucionario. Creían sin duda que era forzoso destruir las cosas útiles, único medio de allanar el camino para la destrucción de la inmensa mole de inutilidades viciosas, y de seculares estorbos.*

El historiador de sí mismo contaba con naturalidad aterradora el acto de cortar el puente. Entraba en él a toda máquina un tren de mercancías, después de haber dejado en tierra a todos los empleados, menos al conductor. Para salvar la responsabilidad de este, un hombre, armado de mala escopeta, se plantaba en medio de la vía gritando: «¡Alto el tren!». Saltaban a tierra conductor y maquinista; el tren seguía, y al llegar al punto en que se habían levantado los raíles descarrilaba, y desde la formidable altura caía con estruendo pavoroso sobre el río, quedando la máquina, tender y algunos vagones en posición vertical.

En el acto estalló el incendio, pues el tren iba cargado de aguardiente y otras materias combustibles. Ardió todo, cedió la armadura del viaducto; las llamas reflejándose en

la corriente del río y el humo subiendo en negras ondulaciones por los aires, componían un cuadro grandioso, sublime estrofa del arte revolucionario, que también las revoluciones tienen su poesía... De este modo quedó interrumpida para mucho tiempo la comunicación de Castilla con toda la región andaluza.

*Recorrimos la calle de Atocha en toda su longitud y torcimos hacia el Prado, pues **Estévez** tenía que ir al Ministerio de la Guerra, en donde le había citado el General Córdoba. Andando despacito siguió contándome don Nicolás su historia de Despeñaperros, que más parecía novela: «No creas que aquella vida era demasiado fatigosa; tirábamos a los lobos, alguna vez a los jabalíes; no tuvimos ningún encuentro serio, ni dimos ninguna batalla como las de Marengo y Arcola; nos alimentábamos con naranjas, madroños, exquisita miel, y bebíamos agua cristalina de los manantiales de la sierra... En Madrid publicaban los intransigentes, en hojas extraordinarias, noticias estupendas elaboradas para los inocentes de grandes tragaderas: «Entrada de **Estévez** en Linares con cuatro mil hombres»... «Última victoria de la partida de **Estévez**»... «Tropas del ejército unidas a la partida de Despeñaperros»...*

«Ya me acuerdo -dije yo-. También se propaló el notición de que había usted tomado El Viso.

- Lo que tomé en El Viso fue una buena taza de café con que me obsequió el famoso guerrillero León Merino... En cuanto a las tropas que se me incorporaron, todo se redujo al cabo de Caballería Tomás Guzmán y cuatro soldados con muy buenos caballos, que supuse eran los de sus jefes.

-Y de allí, según nos contaron, fue usted a Linares con su ejército.

- Sí; formidable ejército compuesto de doce hombres. Antes de entrar en Linares mandé un explorador para saber si se había sublevado la población, según lo prometido al General Contreras; volvió el emisario diciendo que todo estaba en calma, sin el menor vislumbre de sublevación. Luego se me presentaron dos vecinos con la embajada de que sólo esperaban mi presencia para echarse a la calle. Pues adelante con mi tropa. Apenas entré se levantó el pueblo, con el señor Marín a la cabeza, atronando los aires con el grito de ¡viva la República Federal!

- En Madrid se afirmó que los cuarenta y dos guardias civiles que guarnecían la ciudad se habían rendido, tras reñida lucha, a una docena de paisanos.

- No quiero engalanarme con plumas de pavo real; yo no disparé un tiro; la Benemérita salió de la ciudad al ver la

exaltación unánime del vecindario... Desde Linares oficié al Directorio dándole cuenta de haberse proclamado la República. Hicimos un alistamiento voluntario y fortificamos las entradas del pueblo. Como no nos sobraba tiempo, suprimí casi en absoluto las soflamas, arengas y manifiestos. A los dos días, alarma en el pueblo, gran toqueteo de campanas; los alistados acudieron a sus puestos. No participé del desasosiego. Calculé que no seríamos atacados hasta el cuarto día, por lo que abandoné la ciudad la noche del tercero, llevándome setecientos hombres. El armamento era de una variedad pintoresca; cada cual llevaba lo que halló en su casa; en cuanto a municiones, el que más, tenía seis cartuchos.

- Según los noticieros madrileños, se fue usted a La Carolina.

*- Y cerca de este pueblo nos salió al paso una corta fuerza de Caballería y unas parejas de la Guardia civil de infantería. Nos tiroteamos y mi ejército voló, quedándome sólo ochenta hombres... Dos días después la Gaceta de Madrid decía: «Ha sido dispersada la partida de **Estévanez**; pero se ha presentado otra en El Viso». No era otra; era la misma. Habíamos atravesado la sierra en pocas horas. En El Viso se nos incorporaron algunos voluntarios de la Mancha. Necesitando municiones, traté de sorprender el destacamento del Visillo (Almuradiel),*

compuesto de veinticuatro cazadores del batallón de Las Navas y mandado por el subteniente O'Donnell. La sorpresa fracasó y tuve que retirarme a la venta de Malaventura. Amanecía... Perseguido por varias columnas, tuve que maniobrar algunos días por los sitios más escabrosos de la sierra. Esclavo en todo de la verdad, debo decirte, querido Tito, que aquello era una persecución de mentirijillas. Aquel extraño modo de guerrear me ha enseñado muchas cosas. Nuestras guerras civiles han durado años y años porque las tropas regulares no han sabido o no han querido ahogarlas en su origen. Creeríase que hay interés en que las facciones se organicen, y fogueándose constantemente, aprendan el arte o las astucias de la guerra. Pudieron los jefes de las columnas acabar con nosotros en menos de una semana; pero descansaban de noche en los pueblos, iban de uno a otro por las carreteras, sin fatigarse, siempre de día, y no nos buscaban con deseo de encontrarnos. Varias veces pasaron las columnas junto a mí sin sospechar mi presencia; jugábamos graciosamente al escondite».

Íbamos ya frente al Museo de Pinturas cuando empezó a contarme su encuentro con la columna del Coronel Borrero, hecho de armas que llegó a Madrid de tal manera hinchado que alguien le dio proporciones semejantes a las de la acción de las Termópilas. Acaeció el suceso el 6 de Diciembre en una ermita llamada de San Andrés. Borrero

llevaba veinticinco caballos y dos compañías de cazadores de Ciudad Rodrigo; Estévanez treinta y siete escopeteros. Después de un largo tiroteo, Borrero se retiró al Viso con algunas bajas. Esta batalla en miniatura tuvo una prelación cómicamente ampulosa. La militar arenga que Virgilio Llanos, subido en una roca, pronunció ante los aburridos y fatigados escopeteros. «Esforzados campeones de la Libertad -les dijo con épica exaltación, agitando los brazos, como poseído del mal de San Vito-, ha llegado el momento sublime de hacernos inmortales. Desde aquellas cumbres la España y la Historia os contemplan. ¡Corred intrépidos a cubriros de gloria! Vuestras madres os bendicen. La santa República os acogerá en sus brazos amorosa. ¡Sus, y a ellos!, etcétera...». El tal Virgilio era un muchachón avispado, activo, frenético sectario y un poquito socarrón. Años adelante le he conocido yo trabajando modestamente en la administración de un periódico avanzado, en la contaduría de un teatro, en las oficinas de la Resinera de Coca. Fue grande amigo de Eusebio Blasco.

La partida menguaba de día en día; algunos de los de Madrid se marcharon, no sin despedirse. Eran buenos para el fuego, pero se cansaban pronto de las jornadas largas, de las lluvias y de las privaciones. Los más duros eran los pastores y serranos. El 20 de Diciembre ya no le quedaban al heroico y sufrido don Nicolás más que nueve

hombres. El 21 entró solo en Bailén, dejando a su gente en un cortijo próximo. Descansó unos días en casa de un buen amigo suyo, y al volver al cortijo, los nueve guerrilleros se habían reducido a seis.

Entrando ya en el palacio de Buenavista relató así el bravo campeón la última triste página de sus aventuras: «Una noche, en un cortijo, orilla del Jándula y cerca de Andújar, dormíamos sin vigilantes por la escasez de gente. El cortijero me dijo que de nada servían escuchas ni centinelas, porque los perros nos advertirían cualquiera novedad. En efecto, él interpretaba los ladridos con una exactitud maravillosa. Oyendo a los perros, me decía: 'Le ladran a una lechuza'. 'Pasa un lobo'. 'Está saliendo la luna', etcétera. De repente se oyó un ladrido lejano, y el hombre se puso en pie, gritando con susto: '¡La Guardia civil!'... Salimos, y a los pocos minutos vimos llegar un paisano enteramente solo y sin armas a la vista; pidió un vaso de agua, y entre sorbo y sorbo nos manifestó que había servido en la Guardia civil seis años. Llevaba la licencia en el bolsillo. Sin duda conservaba el olor del Instituto, puesto que los perros avisaron su paso».

*El 30 de Diciembre tomó **Estévanez** en Vilches el tren de Madrid. Fue reconocido por más de dos viajeros que no le denunciaron. Se tiró del tren antes de llegar a la estación de Atocha, y embozándose en la capa, se dirigió a su casa*

con el tranquilo paso del ciudadano más inocente y descuidado.

Ya en el Ministerio, escaleras arriba, me dijo **Estévanez** que Figueras le incitaba vivamente a reingresar en el Ejército. Negábase a ello mi amigo, muy a gusto en el libre ambiente de la sociedad civil... En el salón del Ministerio había mucha gente, paisanos y militares, agrupados en diferentes corrillos. En uno de éstos vi a Luis Blanc y a García López; en otros, Roque Barcia y Félix la Llave charlaban con dos militares, con Ramos Calderón, riverista, y con un amigo de Martos de cuyo nombre no me acuerdo. En todos los grupos se respiraba el aire espeso y acre que arroja de sí la palabra Crisis. ¡Crisis, Dios mío, cuando aún los primeros Ministros de la República no habían calentado las poltronas! ¿Dónde estabas, Mariclió celestial; en qué pozo te habías caído que no fuiste de Ministerio en Ministerio, chinela en mano, azotando las posaderas de toda esta gente rencillosa y quimerista, sin conocimiento de la realidad ni estímulos de patriotismo? Pienso yo que aburrida de tu oficio quieres adoptar el de alguna de tus hermanas, quitándole a Euterpe la voz angélica, los pies a Terpsícore, tal vez a Melpómene el ceño iracundo y la mano armada de puñal”⁶¹.

⁶¹ PÉREZ GALDÓS, Benito. *La Primera República*. Episodios Nacionales. Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1976. Págs. 4467 a 4471.

Galdós realiza una narración pormenorizada, seguramente por habérsela contando directamente el propio **Estévanez**, de sus incursiones por Despeñaperros y sus peripecias de la salida y vuelta a Madrid.

Como en otras ocasiones también vamos a dar voz a la prensa de aquellos días, para que nos cuente cómo fueron conocidos aquellos lúgubres acontecimientos por la población.

En principio hay que exponer que en ningún momento, de la prensa analizada, aparece el nombre de don Nicolás, aunque sí algunas de las acciones que él comenta que fue protagonista.

El general Contreras supuesto jefe de la sublevación republicana, aceptado como tal por **Estévanez**, publica dos proclamas, una dirigida a los ciudadanos y otra a los marineros y soldados, en los siguientes términos:

El día 25 se reparte y se fija en las esquinas, dos proclamas, una a la nación y otra al ejército y la marina, del general Contreras, que firma como general en jefe de los ejércitos de la Federación Española, diciendo lo siguiente:

“ESPAÑOLES:

Ofrecí no poner mi espada al servicio de un rey extranjero, y lo he cumplido. Ni le he jurado ni le he reconocido. La desgracia mía era preferible a las más brillantes posiciones a costa de tanta afrenta.

Hoy reclama mis servicios la sacrosanta causa de la República democrática federal, y como fiel soldado, acudo a proclamarla enarbolando su estandarte inmaculado. Abrazado a él os juro defenderlo con la mayor lealtad. Perderé por la República federal, hasta la última gota de mi sangre.

Españoles: la bandera que despliego es la única bandera nacional; acoge sin distinción a todos los ciudadanos honrados, sea cualquiera su procedencia; es el lema de la verdadera justicia, de la libertad y del bien público.

Nuestra patria, españoles, atraviesa un período de gran vergüenza; es preciso concluir con tal humillación. Ese rey extranjero, elegido sin mérito de ninguna clase, por un puñado de diputados constituyentes asalariados, es un baldón para nosotros: la farsa que a su nombre se representa; no sirve más que para encubrir crímenes infinitos de lesa Nación. Hora es que la noble España recobre su decoro, su dignidad y bienestar. Grandes reformas políticas, económicas y sociales necesita; y

sobre todo la paz y tranquilidad que tantos años ha que carece, y no menos que los principios de la verdadera moral se establezcan en todos nuestros actos públicos y privados. La República democrática federal atenderá a todas las necesidades de la patria, creerlo españoles, os lo dice un hombre honrado, un hombre que no miente, un español leal que os llama en nombre de la independencia patria, de la decencia y de las libertades porque tantos sacrificios hicieron nuestros padres, y que falsos e hipócritas revolucionarios conculcaron.

No esperéis de mi programa, esperad hechos.

El Consejo provisional de la Federación española, compuesto de dignísimos y consecuentes federales, os dará a conocer prácticamente los beneficios de la República federal, mientras que yo, al frente de valientes ciudadanos y soldados, acoso a ese rey liviano, intruso y anti-español; y después de destruir esta situación oprobiosa, colocaremos nuestra bandera gloriosa y pura en la cúspide del palacio de la verdadera representación nacional.

Españoles; a las armas; al campo del honor.

¡Viva la República democrática federal!

El general en Jefe de los ejércitos de la federación española.

Juan Contreras”⁶².

“SOLDADOS Y MARINOS:

La Nación se alza en armas para arroyar (sic) al rey extranjero que la deshonra, y para reconquistar su independencia y soberanía nacional.

La República democrática federal proclama el pueblo, y la proclama con razón, porque es la única forma de gobierno compatible con la felicidad pública que tanto merece nuestra desgraciada patria, vilipendiada, saqueada y encarnecida por una turba de políticos corrompidos.

Soldados: esa misma República federal, representa la limpia bandera que enarbolo, y con la cual me presento en el campo de batalla, seguido por numerosas huestes de ciudadanos y soldados, que conmigo están resueltos a vencer o morir por su pronto y completo triunfo.

Soldados: cuando la Nación, mil y mil veces defraudada en sus esperanzas, reclama con las armas en la mano, la satisfacción de sus legítimas necesidades, el ejército tiene para con ella grandes deberes que cumplir. No hay

⁶² EAM. Edición de 27 de noviembre de 1872. “Gacetilla”. Pág. 2.

leyes, ni divinas ni humanas, que consientan que el soldado mate a sus padres ni a sus hermanos por defender injusticias y deshonras nacionales, y a un rey extranjero, cuya sola presencia entre nosotros, soldados, ultraja los más caros sentimientos de la patria.

Recordar, compañeros, que sois descendientes de Daoiz y Velarde; no olvidéis que nuestros padres lucharon contra el capitán más esforzado, contra el genio de la guerra y preferían la muerte a la dominación de un rey francés, y contra él combatieron heroicamente y merecieron bien de la patria y el loor del mundo entero; ¿habíais vosotros, camaradas, de degenerar hasta el oprobio de asesinar a vuestra familia por sostener el reinado inmoral y antipatriótico de Amadeo el saboyano rey? No, y mil veces, no.

Venid, soldados, a pelear por la República federal; todos cabéis dignamente en sus filas, generales, oficiales y soldados, cualquiera que sean vuestros antecedentes militares, sin son dignos, todos podéis servir con completa seguridad en las legiones de la República; contad que a todos hará cumplida justicia; ya conocéis mi entereza, mi carácter y mi inflexibilidad por los derechos del ejército, que sean legítimos. La República necesita soldados voluntarios, porque abolirá las quintas y matrícula de mar;

y por lo tanto, necesita también jefes y oficiales beneméritos, valientes, entendidos y pundonorosos.

Soldados: el ejército está herido de muerte; lo han prostituido, y lo han sometido al asqueroso favoritismo, improvisando inmerecidos ascensos; por eso, los jefes y oficiales piden la revisión de las hojas de servicio, y los soldados piden justicia; la república os la dará, mandándoos a vuestras casas, concluida que sea la revolución; y por lo que a los jefes y oficiales se refiere hará mucho más de lo que solicitan.

Soldados. En el campo del honor os espero; si sois verdaderos españoles, correr a defender la bandera nacional; abajo la existente, sustituyamos el gobierno de los italianos por el gobierno de España por los españoles. La patria, el honor y la libertad os llaman a mi lado; venid y peleemos como buenos por la santa causa que el pueblo invoca.

Soldados y marinos: ¡Viva la República democrática federal!

El general en jefe de los ejércitos de la federación española.

Juan Contreras”⁶³.

⁶³ ⁶³ EAM. Edición de 27 de noviembre de 1872. “Gacetilla”. Págs. 2 y 3.

El 26 de noviembre aparece la primera noticia, referente a atentados contra la vía férrea en la comunicación entre Madrid y Andalucía, concretamente en Santa Elena ⁶⁴, que seguramente se correspondería con la destrucción del puente de Vadollano al que hace referencia Galdós en la narración de sus andanzas, por parte de **Estévanez**.

A principios de diciembre, “El Avisador Malagueño” publica una serie de noticias y crónicas de corresponsales, sobre la sublevación republicana, siendo las que afectan a la zona de Despeñaperros, las siguientes:

“Ha salido de Granada una sección de caballería del regimiento Farnesio para ponerse a las órdenes del comandante general de Despeñaperros Sr. López Pinto” ⁶⁵.

El día 27 de noviembre se conoce:

“Los ministeriales aseguran que los insurrectos de Linares están capitaneados por el general Contreras y que las tropas han entrado en esta población” ⁶⁶.

⁶⁴ EAM. Edición de 26 de noviembre de 1872.

⁶⁵ EAM. Edición de 1 de diciembre de 1872.

⁶⁶ EAM. Edición de 1 de diciembre de 1872. Crónica del corresponsal en Madrid del 27 de noviembre.

Al día siguiente se publicaba:

*“El núcleo principal de insurrectos federales está en los montes de Linares y Carolina. Dícese que ascienden a algunos miles y debe ser así en efecto cuando el brigadier Camino ha teleografiado al gobierno que no tenía fuerzas bastantes para atacarlos. Hoy se le ha unido la columna que manda el Sr. López Pinto. No se sabe todavía a punto fijo si el general Contreras está al frente de estos sublevados”*⁶⁷.

Los diarios recogen varias páginas de noticias de la insurrección en toda España. Si tenemos en cuenta que los periódicos de la época tenían de cuatro a seis hojas, nos daremos idea de la importancia que daban los ciudadanos a la revolución republicana.

El día 2 de diciembre, en primera página, “El Avisador Malagueño”, publicaba:

“La insurrección de Linares, puede también considerarse terminada, pues a la sola aproximación de una fuerza de caballería que intentaba circunvalarlos, evacuaron el pueblo llevándose de 12 a 16.000 duros, y se han puesto en completa huída, yendo en su seguimiento fuerzas del

⁶⁷ EAM. Edición de 1 de diciembre de 1872. Crónica del corresponsal en Madrid del 28 de noviembre.

*ejército”*⁶⁸.

En todas las noticias recogidas de las distintas sublevaciones republicanas en los años del Sexenio Revolucionario, como una constante, es la acusación de apoderarse de dinero público. Estévanez se considera la honradez personificada, pero ¿hubiera dado su palabra por la honradez de todos los que formaban su partida?

Don Nicolás asume la jefatura de la partida/guerrilla de Linares, sin embargo, no se le reconoce ese liderazgo por sus oponentes, y de hecho en la prensa del día 3 de diciembre se publica:

*“Según las últimas noticias parece que partida republicana levantada en Linares está capitaneada por el conocido federal Virgilio Llanos”*⁶⁹.

Durante unos días parece que se apaga la insurrección, aunque en realidad es una falta de noticias. El día 8 de diciembre, se hace mención a una partida que, sin citarse al jefe, es seguro que se corresponde con la de **Estévanez** y Murphy:

“La Gaceta contiene las siguientes noticias relativas al orden público en Granada. Participa el Sr. Camus desde

⁶⁸ EAM. Edición de 2 de diciembre de 1872.

⁶⁹ EAM. Edición de 3 de diciembre de 1872.

la Carolina, que la única partida de que tiene noticia en el territorio de Despeñaperros y provincias de una y otra parte de la Sierra, es una de unos 50 hombres que anteayer andaba por las inmediaciones del Viso del Marqués, perseguida por una columna del regimiento de infantería de África”⁷⁰.

Tanto en la narración de Pérez Galdós, en sus “Memorias”, como en las cartas, en este caso a Luis Maffiotte, **Estévanez** asegura haber vencido a las tropas del ejército en el otoño/invierno de 1872:

“... Sí, señor, él mismo, era entonces teniente coronel. Si yo lo batí a él, en su hoja de servicios dirá probablemente que él me batió a mi ... De todos modos, si el general no tiene otro Marengo en que fundar su gloria, me parece un Napoleoncito muy menudo”⁷¹.

La carta está escrita el 28 de junio de 1895, es decir muchos años después de los acontecimientos vividos. ¿Por qué se acuerda en aquel momento del hecho de armas contra Borrero? La razón hay que buscarla que Borrero había sido ascendido a general de brigada (brigadier), y se publicaba en la Gaceta, o ya Diario Oficial, una breve reseña de su hoja de servicios, entre cuyos

⁷⁰ EAM. Edición de 8 de diciembre de 1872.

⁷¹ GUMERÁ PERAZA, Marcos. Ob. Cit. Pág. 116.

hechos de armas, se encontraba al parecer la acción contra la partida republicana que mandaba **Estévanez**, aunque sin nombrarlo e indicando que la derrotó totalmente, lo que evidentemente llena de indignación al ya viejo revolucionario. Es difícil discernir de quién fue la victoria en el enfrentamiento, porque a buen seguro en el campo del combate permanecieron las fuerzas del ejército, lo que, en el concepto militar, la victoria de la batalla es del que mantiene el terreno, pero en el guerrillero, vence cuando no es vencido, es decir cuando no sufre tantas bajas que le impide seguir con su acción guerrillera. Nuestro Pérez Galdós, conocía perfectamente el hacer guerrillero, y de esta forma describía su forma de actuar:

“En las guerrillas no hay verdaderas batallas; es decir, no hay ese duelo previsto y deliberado entre ejércitos que se buscan, se encuentran, eligen terreno y se batan. Las guerrillas son la sorpresa, y para que haya choque es preciso que una de las partes ignore la proximidad de la otra. La primera cualidad del guerrillero, aun antes del valor, es la buena andadura, porque casi siempre se vence corriendo. Los guerrilleros no se retiran, huyen, y el huir no es vergonzoso con ellos. La base de su estrategia es el arte de reunirse y dispersarse. Se condensan para caer como la lluvia, y se desparraman para escapar a la persecución; de modo que los esfuerzos del ejército que

se propone exterminarlos son inútiles, porque no se puede luchar con las nubes. Su principal arma no es el trabuco ni el fusil: es el terreno; si, el terreno, porque según la facilidad y la ciencia prodigiosa con que los guerrilleros se mueven en él, parece que se modifica a cada paso prestándose a sus maniobras.

... Pero la guerra de la Independencia, repito, fue la gran escuela del caudillaje, porque en ella se adiestraron hasta lo sumo los españoles en el arte para otros incomprendible de improvisar ejércitos y dominar por más o menos tiempo una comarca; cursaron la ciencia de la insurrección, y las maravillas de entonces las hemos llorado después con lágrimas de sangre. ¿Pero a qué tanta sensiblería, señores? Los guerrilleros constituyen nuestra esencia nacional. Ellos son nuestro cuerpo y nuestra alma; son el espíritu, el genio, la historia de España; ellos son todo, grandeza y miseria, un conjunto informe de cualidades contrarias, la dignidad dispuesta al heroísmo, la crueldad inclinada al pillaje”⁷².

Por lo tanto, la huida del combate de la partida de **Estévanez**, sin que hubiera sufrido sensibles bajas, huida por supuesto con disgregación total de la partida, con punto de reunión posterior, era una victoria guerrillera que

⁷² PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. Juan Martín “El Empecinado”*. Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1979. Págs. 817 y 818.

se mantenía en su acción de hostigamiento contra el enemigo, y era victoria para el ejército regular, que en principio había desbaratado una unidad enemiga.

Por eso no es de extrañar que las dos partes, la del teniente coronel Borrero y la de **Estévanez**, se atribuyan la victoria del encuentro, y que este últimos se enfade en el transcurso del tiempo, al ser considerado su oponente el victorioso oficial.

En los primeros días de diciembre, seguramente entre el 4 o el 5, tiene lugar el encuentro entre la partida guerrillera y la columna del ejército. La prensa cita un telegrama del ministerio de la Gobernación para dar cuenta del encuentro:

“El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación en telegrama de hoy, me dice los que sigue:

..., y el Coronel Borrero ha destrozado en las alturas de San Andrés, a la única partida intransigente que vagaba por la sierra de Despeñaperros ...

Lo que he dispuesto se publique por Boletín extraordinario para la general inteligencia.

Málaga, 7 de diciembre de 1872.- El Gobernador, Carlos

Burell"⁷³.

La Gaceta de Madrid, como era tradicional, recogía los principales acontecimientos que sucedían en el panorama nacional, pudiéndose al leerlo en el día a día, efectuar una perfecta radiografía de las batallas, combates, alteraciones callejeras, sublevaciones, motines, asesinatos políticos, etc., que hubo en la España decimonónica:

“En la Gaceta del domingo (8 de diciembre) se leen las comunicaciones siguientes recibidas en el ministerio de la Guerra.

*Granada. El teniente coronel Borrero con su columna batió ayer a la facción federal en las alturas del convento de San Andrés, causándoles muchas bajas, teniendo por nuestra parte un herido”*⁷⁴.

A partir de este momento hay pocas noticias sobre las actividades republicanas en los alrededores de Despeñaperros. ¿Fue efectivamente, **Estévanez**, derrotado? O se limitó hasta finales de diciembre a deambular por toda sierra Morena, sin intentar hacer acto de violencia, sino únicamente para mantener la llama del

⁷³ EAM. Edición de 10 de diciembre de 1872.

⁷⁴ EAM. Edición de 13 de diciembre de 1872.

republicanismo. Las noticias que aparecen en la prensa, relativas a las actividades bélicas en la zona, son bastante escuetas, aunque el día 19, se describe con mucho detalle los intentos del excomandante de caballería, Federico Elola, para levantar la guarnición cordobesa al grito de ¡viva la República federal! El mismo día 19 la prensa publica que no existe novedad ni se han producido enfrentamientos entre las columnas gubernamentales de los brigadieres Camus y López Pinto y el teniente coronel Borrero que operan a caballo del paso de Despeñaperros.

Por último, la máxima proeza de la que sentía orgulloso el propio **Estévanez**, la interrupción de las comunicaciones de Madrid con Andalucía, quedan restablecidas plenamente el día 26, publicándose al día siguiente, que la vía férrea entre Córdoba y Málaga y Granada, estaba de nuevo en servicio.

Hennessy, como en casos anteriores, no da muy buena opinión sobre Nicolás **Estévanez**, indicando con respecto al alzamiento de 1872:

*“...**Estévanez**, con mejor éxito, burló a la policía de Madrid y se puso al frente de una pequeña partida en Sierra Morena, donde el corte del paso de Despeñaperros sería la señal de un levantamiento general. ... **Estévanez** llegó a hacerse cargo de la dirección, abrir aspilleras en*

casas y armar a la milicia local, pero al acercarse un escuadrón de caballería la resistencia se evaporó y él se evadió con los fondos municipales”⁷⁵.

Lo curioso de todo, es que don Nicolás **Estévanez** regresa a Madrid, bien dice él de una forma fraudulenta porque teme que sea apresado, pero luego, ya en la capital, no tiene problemas, al menos según Galdós, de entrar, salir y moverse libremente, lo cual extraña, al menos con el pensamiento de un hombre del siglo XXI, ante una persona que ha cometido un gran delito contra la seguridad del estado, pero la España del Sexenio Revolucionario era así.

Ya solo queda la abdicación de Amadeo I y la 1ª República, para que el drama español de esos seis años vergonzantes toque a su fin.

⁷⁵ HENNESSY. Ob. Cit. Pág. 168.

CAPÍTULO VIII

LA ABDICACIÓN DE AMADEO I

No fue un hecho imprevisto la abdicación del rey Amadeo I, sino que la prensa venía haciéndose eco de ello desde hacía más de un año:

De esta forma en las elecciones de principios de 1872, cuando triunfaron las candidaturas gubernamentales, presididas por Sagasta, en los días previos a las mismas, comentaba la prensa:

“Las próximas elecciones deberán pronunciar el gran fallo que decida a la corona (D. Amadeo) a aclimatarse o a abandonar el trono ... pues si de las urnas salen nombres como los que han salido hasta ahora, EL PAÍS HABRÁ PRONUNCIADO SU PLEBISCITO CONTRA LA DINASTÍA ⁷⁶.

De entre los periódicos antidinásticos, el más virulento en sus expresiones, como no podía ser menos, era el republicano intransigente “El Combate”, en cuyas páginas a mediados de junio de 1872 se podía leer:

“Estamos, pues, con el pueblo español de completa enhorabuena; el saboyano y su gobierno, y los satélites

⁷⁶ EAM. Edición de 13 de febrero de 1872, pág. 2.

de uno y otro, nos anticipan la hora de la gran justicia popular; la hora de barrer tanta inmundicia devolviéndose al pueblo español una soberanía que en mala hora se viera privado, por usurpación, trayendo a España al gran traidor, al gran liberticida y al gran tirano; la hora de vernos libres de esos partidos egoístas, antipatrióticos y utilitarios que explotándonos vienen de muchos años;...”⁷⁷.

La crisis permanente en que se encontraba el Gobierno presidido por Sagasta se hizo total, y tras un corto interregno de los unionistas, Amadeo I llama a los radicales a formar Gobierno, a pesar de que se encontraban en minoría en las Cortes y por tanto con la obligatoriedad de disolverlas a los cuatro meses escasos de constituirse

Pocos días más tarde, otro diario republicano “La Igualdad” expresaba cuando Ruiz Zorrilla se hace cargo de la Presidencia del Consejo de ministros:

“El trono de D. Amadeo ha llegado a sus postrimerías; con la llamada al poder de los radicales, ha gastado su último cartucho, ha apurado su último recurso.

Hasta ahora, D. Amadeo ha contado con el apoyo interesado de los elementos unionistas que le prestaban

⁷⁷ EAM. Edición de 15 de junio de 1872, pág. 1.

alguna fuerza efectiva en el ejército, gracias al descrédito que hasta en las filas de éste tenía la causa de la restauración.

Pero desde el momento en que D. Amadeo firme, como no puede menos que firmar, el decreto de disolución de las Cortes, unionistas, calamares y fronterizos, fraternizarán con el alfonsismo, hacia el cual son atraídos por la ley de la gravedad, tan omnipotente en política como en física”⁷⁸.

El diario “El Avisador Malagueño”, haciéndose eco de un comentario de otro medio conservador, publicaba:

“Periódico tan conservador como El Diario Español, reconoce que el ensayo de la república es inevitable, y aun la misma Época llega a preferir una república compatible con el orden social al cambio diario de monarquías y príncipes”⁷⁹.

Y pocos días más tarde, el diario malagueño volvía a reincidir en los comentarios anteriores:

“El Diario Español que a pesar de sus disgustos con la situación y de los halagos de la Época y demás periódicos

⁷⁸ EAM. Edición de 21 de junio de 1872, pág. 2.

⁷⁹ EAM. Edición de 3 de agosto de 1872, pág. 1. Editorial del diario titulado “La República viene”.

moderados, hasta ahora no había roto con la dinastía, se declara hoy antidinástico, considerando perjudicial para el país la monarquía de D. Amadeo de Saboya.

...

Todo el mundo conoce la importancia que el Diario Español en el partido unionista y un periódico tan grave como él no habrá dado este paso sin saber que es eco de una parte importante del partido que representa. Añádase a esto la actitud de la Política y la que va tomando el Debate y se comprenderá que quedan muy pocos unionistas al lado de la dinastía”⁸⁰.

Veamos la narración de Pérez Galdós respecto al momento de la abdicación del rey saboyano:

“En estas contradicciones y resoplidos del gran barullo de Ferreras se pasó la noche. Me fui a dormir a mi casa, y en la mañana del 11 traté de volver a mi puesto o atalaya de la Historia. Pero a la familiar licencia de la tarde y noche anteriores para franquear el edificio, había sustituido un rigor extremado. Los ujieres no dejaban pasar ni una mosca, y hube de mantenerme en la calle observando los grupos que circundaban el templo de las leyes. Allí me

⁸⁰ EAM. Edición de 18 de agosto de 1872, pág. 2. Crónica del corresponsal en Madrid del día 15.

*encontré con las furibundas mesnadas de Mateo Nuevo, de García López y con muchos individuos de la Junta Suprema del Consejo de la Federación Española. Vi cuadrillas de hombres armados, inquietos y vociferantes. Busqué ávidamente entre la multitud a Nicolás **Estévanez**, y no le hallé ni nadie me dio razón de él. Ya perdía yo la esperanza de colarme en el Congreso, cuando mi buena suerte me deparó a Moreno Rodríguez, a cuyos faldones me agarré para romper la terrible consigna porteril. En las tribunas no se cabía. Cuando pude meter el hocico en la de la Prensa, con terribles ahogos y apreturas, ya se había leído el mensaje de abdicación de Amadeo I. Poco después conocí el documento y pude apreciar su entonación viril y el amargo lamentar de un Rey que no logró la paz y ventura de sus pueblos. Quejándose de la crudeza implacable con que luchaban los partidos, decía: «Si fuesen extranjeros, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería yo el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetúan los males de la Nación son españoles, todos invocan el dulce nombre de la Patria, todos pelean y se agitan por su bien, y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible atinar cuál es la verdadera, y más*

imposible todavía hallar el remedio para tamaños males».

En otro lugar se expresaba de este modo: «Nadie achacará a flaqueza de ánimo mi resolución. No habría peligro que me moviera a desceñirme la Corona si creyera que la llevaba en mis sienes para bien de los españoles...». A renglón seguido pedía, en su nombre y en el de su esposa, que se indultase a los autores del atentado de la calle del Arenal. Y terminaba, con frase patética, haciendo renuncia de la Corona por sí, por sus hijos y sucesores, y despidiéndose de la noble y desgraciada España con toda la efusión de su alma generosa. Suspendieron la sesión para redactar la respuesta que las Cortes debían dar al Rey dimisionario. Crecía la efervescencia en el interior del Congreso, y fuera la inquietud popular era ya imponente. Para calmar los ánimos, salió Figueras a una ventana, por la calle de Floridablanca, y pronunció una breve arenga, cuya síntesis era esta: «De aquí saldremos muertos o con la República votada»⁸¹.

En este caso la referencia a **Estévanez** de Pérez Galdós era sólo una licencia literaria, con objeto de hacer ver la intimidad del protagonista ficticio, con aquel.

⁸¹ PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. Amadeo I*. Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1979. pág. 4461.



Amadeo de Saboya

Pi y Margall nombrado ministro de la Gobernación en el primer Gobierno de la República, designó a su vez a Nicolás **Estévanez** y Murphy Gobernador civil de Madrid, un cargo político muy importante, porque desde el mismo se tendrían que desmontar todos los poderes relacionados con la calle que, aún disponían los monárquicos, entre ellos, los más de cinco mil hombres, encuadrados en la milicia nacional, de tendencia monárquica, perfectamente armados y uniformados y mandados por ciudadanos y prestigiosos jefes militares.

CAPÍTULO IX

LA SUBLEVACIÓN DE LA MILICIA MONÁRQUICA RADICAL EN ABRIL DE 1873

Las Cortes españolas que habían recogido la abdicación de don Amadeo, se reunieron, aun en contra de la propia Constitución de 1869 que prohibía la deliberación conjunta del Congreso y Senado, en Asamblea Nacional, proclamando a continuación la República, aunque sin designar al Presidente de la nación, confirió la Presidencia del Gobierno a Estanislao Figueras, el cual formó un Gabinete en donde se incluían republicanos y monárquicos radicales.

Poca perspectiva podía tener aquella componenda, en que unas Cortes abiertamente monárquicas, apoyaban a un régimen republicano, por lo que las tensiones no hicieron más que empezar, nada más ponerse en marcha el nuevo Gobierno.

Los republicanos querían la disolución de la Asamblea y la convocatoria urgente de Cortes constituyentes, a lo que se oponían los radicales, con el pretexto de que tres elecciones en menos de un año eran demasiadas para el pueblo español.

Tito Liviano, el protagonista ficticio de Pérez Galdós

comienza a trabajar en el ministerio de la Gobernación, cuyo titular era Pi y Margall. Desde esta privilegiada tribuna, la pluma del ilustre novelista canario, escribe sobre los primeros comienzos de la República y la intentona radical de abril de 1873:

*“Toda la marejada, todos los dimes y diretes que se produjeron entre la Asamblea Nacional y el Gobierno, cuando este quiso disolver las Cámaras para convocar Cortes Constituyentes, se iban reflejando en el despacho de mi Jefe, y aunque yo no presencié las frecuentes entrevistas con Figueras, Salmerón, Orense, **Estévanez** y otros primates de la República, se vio bien claro que los federales ganaban la partida. Martos, con su guerrilla de cimbrios, quedaba por segunda vez vencido. El 4 de Marzo se leyó en las Cortes un Proyecto de Ley, suspendiendo las sesiones y convocando las Constituyentes para el 1.º de Mayo. La Asamblea Nacional debía continuar deliberando hasta votarse definitivamente las Leyes de Abolición de la Esclavitud, de las Matrículas de Mar y sostenimiento de cincuenta Batallones Francos.*

*Aunque en Gobernación había yo visto a mi amigo **Estévanez** más de una vez, rabiaba por encontrarme con él a solas para oír de su boca opiniones y juicios que me orientaran acerca de la situación. Una tarde le visité en su*

morada oficial, y me recibió tan alegre y afable como antes, cuando me refería sus andanzas facciosas en Sierra Morena. En la puerta de su despacho vi el cartelito que le dio fama en aquellos días y que revelaba en don Nicolás tanto ingenio como entereza. El papelito, pegado con obleas, decía mutatis mutandis: Aquí no se dan destinos, ni recomendaciones, ni dinero, ni nada. Hablando con mi amigo de esta humorada, me dijo riendo: «No creas, Tito, que se compone de republicanos la nube de pedigüeños. Son más bien los cesantes de los partidos viejos, el detritus de la política, los innumerables moscones aburridos y famélicos que hacen imposible la vida oficial. He tenido que ahuyentarlos con esa tufarada de azufre. A pesar del cartelito vuelven, zumban y pican».

Las numerosas y pesadas visitas que el Gobernador recibía no le permitieron platicar conmigo todo lo que ambos deseáramos. Volví por la noche, y comiendo juntos pudimos charlar largo rato. No me franqueó, como era natural, el arca de los secretos graves que sin duda poseía, pero algo me dijo que puedo comunicar a mi buen público. Copiaré sus palabras para mejor inteligencia: «No soy grato a todo el patriciado del republicanism. Algunos, que me han tratado a fondo, no desconfían de mí; otros me tienen por agitador levantisco que por un quítame allá esas pajas se lanza a vías de hecho... Ya me irán conociendo. Yo les conozco a todos, y sé que en los

republicanos de gran talla no es todo concordia. Hay entre ellos resquemores, celeras...».

Como juicio general de la situación me dijo esto: «En los sucesos a que dio lugar la ambición de Martos, se inició un síntoma malsano que podrá tomar proporciones peligrosísimas si a tiempo no se le sofoca. Tenían los Radicales preparado en Barcelona un pronunciamiento de bajo vuelo contra la República. ¿Por qué se malogró el movimiento? Porque la tropa no quiso obedecer a los jefes. Dicen que ha sido la indisciplina contra la indisciplina; o de otro modo, que los leales han sido los soldados y clases. Verdad; pero roto el nervio del Ejército, que es la subordinación, no sabemos a dónde esto podrá llegar... Militarmente hablando, querido Tito, la situación es débil y lo será más si no sale un caudillo... Yo te pregunto: ¿sabes tú dónde está ese caudillo?».

*Ambos callamos meditabundos... No sé si fue aquel día u otro cuando me contó los disparates que los corresponsales venidos de París enviaban a la prensa francesa. Uno de ellos dijo en su periódico: «La República ha caído en un desenfreno espantoso. Castelar se ha visto obligado a nombrar Gobernador civil de Madrid a un monsieur **Estévanez** que se lo exigió navaja en mano. Este monsieur, muy conocido en las tabernas, no sabe leer ni escribir». Otro corresponsal, por cierto amigo de*

don Eduardo Chao, mandó una crónica razonable; pero en París, para dar color romántico y medieval a las cosas de España, la retocaron con estos monstruosos chafarrinones: «Madrid es una ciudad de la Edad Media, sin alumbrado público, salvo los faroles mortecinos que alumbran imágenes religiosas, esculturas en general de imponderable mérito; porque hay hornacinas, algunas muy artísticas, en todas las callejuelas... Ayer pasó por la Puerta del Sol un batallón de Nacionales, cuya banda de música, por cierto notabilísima, tocaba la Marsellesa. El público se descubría respetuosamente al pasar los gastadores vistiendo el hábito de San Francisco».

En el desempeño de su cargo desplegaba don Nicolás una diligencia y celo admirables. Visitábale yo con frecuencia, y una noche advertí que se acostaba con las botas puestas, por la necesidad de acudir prontamente a cualquier tumulto que surgiese en la vía pública. Apartado de toda lucha activa, me concretaba yo a cumplir mis deberes burocráticos y a presenciar con tristeza el desconcierto que en todo el país reinaba. Los radicales procedentes del amadeísmo dieron a conservadores y alfonsinos el ejemplo de socavar la situación. El carlismo presentaba cada día nuevos focos de guerra. Los generales de la República eran pocos y malos. Todo el generalato de cuartel era hostil al régimen republicano. En Madrid, que considerábamos como resumen de los

sentimientos de la Nación, rara vez veíamos caras que no expresasen una desconfianza severa de nuestros mal comprendidos ideales. Las noticias de Cuba traían mayor zozobra al ánimo turbado de los españoles de todas clases. A mi parecer, la media docena de hombres que simbolizaban el nuevo sistema de Gobierno, lucían como faros luminosos en la esfera del ideal; más en la acción se apagaban sus indecisas voluntades.

...

Con marcha irregular llegué a la plazuela de Lavapiés, donde me detuve ante un grupo de hombres que disputaban en alta voz. Uno de ellos exclamó: «¡La República para los republicanos!». Al entrar en la calle del Tribulete pasé por una taberna a punto que salían de ella estas voces: «Para generales, Contreras. No hay otro como él». Poco más allá, dos mujeres gordas le decían a un guardia de Orden Público: «¿Por qué no afusiláis a ese Martos?». Andando, andando, me metí en la calle del Amparo. Subiendo por ella, vi que bajaba un hombre... ¡Ay; era Aquilino de la Hinojosa!... Cuando ya estaba cerca me detuve como cortándole el paso. Él también se paró cual si quisiera reconocermme. No era Jinojo, y sentí que no lo fuera. Nos flechamos con fugaz mirada recelosa, y él siguió calle abajo, yo calle arriba.

...

Al llegar a la iglesia del Sacramento vi que de la calle Mayor descendían sigilosos, como negros fantasmas, algunos embozados, y se precipitaban en la obscuridad del Pretil de los Consejos. «Estos son masones -me dije- que van a la Tenida de esta noche». En efecto, algunos pasos más arriba me encontré a Nicolás Díaz Pérez, calificado como una de las más altas dignidades entre los Hijos de la Viuda. Nos paramos, y él, desembarazando su boca del embozo, me dijo: «Tú que estás en Gobernación, ¿no sabes lo que pasa en Barcelona? Desde hace días la tropa, pasándosela disciplina por las narices, fraterniza con los federales en cafés y paseos públicos. La plana mayor y jefes, aburridos y sin agallas, no se atreven a imponerse a las clases y soldados. O no hay lógica, o pronto tendremos Cantón Catalán. Adiós, amigo; que voy retrasado y no quiero llegar tarde al Templo. A ver cuándo se decide usted a penetrar en nuestros augustos misterios. Buenas noches, Tito».

...

El invisible caminante, que era sin duda como una montaña con pies, se dirigió a Gobernación. No acierto a expresar mi asombro cuando sentí, no puedo decir vi, que la pesadilla andante entraba en el Ministerio. ¿Por dónde,

si aquella puerta no tenía cabida para uno solo de sus talones?... Yo también entré tropezando, y en la escalinata del zaguán caí desvanecido. Un guardia civil y un portero acudieron en mi auxilio. Bajó en aquel momento un telegrafista amigo mío que me llevó a mi casa.

...

Levánteme un día con sinfín de cosas imaginarias y reales dentro de mi pajarera cerebral. No me pidáis que puntualice el día, porque en mi mollera entra cuanto existe menos las fechas. Nunca he podido disciplinar, ya lo sabéis, el dietario de los acontecimientos, sobre todo cuando no son de esos que llevan bien determinada las efemérides... Pues señor, me fui a la oficina a pesar de ser domingo, y al entrar me dijeron los compañeros que el Ministro, don Francisco Pi y Margall, se había pasado la madrugada anterior agarrado al telégrafo. ¿Qué pasaba? Pues que los rumores de alzamiento en Barcelona se habían confirmado. Ya sabíamos que la tropa, dominada en absoluto por los Comités federales y convertida en instrumento de la Diputación provincial, aspiraba nada menos que a proclamar el Estado Catalán.

Al instante vio nuestro jefe los gravísimos inconvenientes de tal precipitación. No se podía consentir que los pueblos

establecieran por sí y ante sí el régimen federativo, anticipándose a lo que era facultad y obra de las Cortes Constituyentes, aún no reunidas. De la parte acá del hilo telegráfico hablaba Pi y Margall con la serenidad reflexiva propia de su exquisito temperamento. De la parte allá vociferaban los federales barceloneses, conjurados para proveerse del Cantón que les correspondía con arreglo al catecismo autonómico. Gastó don Francisco enorme dosis de su fuerte dialéctica para convencer a los amigos de la inoportunidad la imprudencia de tal resolución. Nunca vino tan a pelo el aforismo de que no por mucho madrugar, etcétera...

Atento a conjurar todos los peligros, don Francisco ordenó la incomunicación telegráfica de Barcelona con el resto de España, y previno contra el movimiento a los Gobernadores de las provincias limítrofes... Hallábame yo en el despacho de mi jefe don José Carvajal, escribiendo al dictado cartas urgentes, cuando entró el secretario de Figueras señor Rubaudonadéu, y por él supimos que aquel mismo día partiría para Barcelona el Presidente del Poder Ejecutivo. Poco después pasé al salón grande del Ministerio y vi a Figueras, Castelar y Salmerón que salían del despacho del Ministro, acompañados por este. Las caras de todos revelaban tranquilidad. Don Francisco les dijo al despedirse: Por fortuna, hemos deshecho la borrasca antes que estallase. Y Castelar, risueño, añadió

este comento breve: Ahora, señores, hasta otra.

Volvió a reinar en la Secretaría del Ministerio el sosiego burocrático. Durante largo rato oíase tan sólo el rasguear de las plumas... Sigo mi cuento declarando que después de conjurado aquel conflicto, por hábil maniobra de Pi y Margall, adquirió cierta fortaleza el Gobierno republicano. Pero como quedaba en pie la hostilidad solapada de los Radicales, con el inquieto don Cristino a la cabeza, continuaron los días azarosos. La naciente República no tenía momento seguro, y todo su tiempo dedicábalo a quitar las chinitas que ponía en su camino la displicente Asamblea Nacional, formada con todo el detrito de las pasiones monárquicas. Al fin, en un día de Marzo, hacia el 20 ó 22, se consiguió que suspendiera la Cámara sus sesiones, después de votar la abolición de la esclavitud en Puerto Rico y otras importantes leyes.

Pero los conjurados inventaron el enredijo de una Comisión Permanente, que no servía más que para embrollar, entorpecer y aburrir a todo el mundo. De tanta y tanta pejuquera se habrían librado los republicanos si desde el primer día (24 de Febrero) en que apareció el serpentón monárquico-radical le hubieran cortado, con certero golpe, la cabeza. Así lo pensaba yo, y si no me lo estorbaba mi respeto al gran Pi y Margall, le habría dicho: «Si usted, mi señor don Francisco, y sus compañeros,

hubieran volcado con un audaz gesto revolucionario la Asamblea llamada Nacional, quitando de en medio a puntapiés a toda esta caterva de ambiciosos egoístas, tendrían despejado el terreno para fundar desahogadamente el régimen nuevo. No se pasa de aquello a esto sin cerrar con cien llaves el arca de los escrúpulos, aplicando calmantes heroicos a las conciencias demasiado irritables».

Repitiéronse en Abril las mismas dificultades y las propias luchas. En mis paseos melancólicos y en la soledad de mi hospedaje me entretenía yo en aconsejar mentalmente a los Ministros y proponerles la mejor línea de conducta. «Yo entiendo de Política, señores míos -les decía con el pensamiento- porque entiendo de Historia. Y no aprendí esta ciencia en los libros, sino de labios de la propia divinidad que recoge y transmite todo lo que concierne a la ciencia de los hechos humanos. La Historia me ha llevado en sus brazos, en sus bolsillos y en su regazo augusto. La llamo mi madre, no sé dónde se ha metido, y la buscaré por toda la redondez de este suelo ibérico, dejado de la mano de Dios».

...

Inquieto por los avisos de aquella tarasca que de la vida libidinosa había pasado a vida de farándula mística, y que,

según rumores, hociqueaba con clérigos y mayordomos de Cofradía, me fui a ver a **Estévanez**. No le encontré en su oficina, pero media hora después le vi entrar en mi Ministerio. Encerrose con Pi, y allá se fue también Carvajal. La duración de la conferencia nos dio a entender que algo ocurría. Salió **Estévanez**, y entraron luego dos coroneles de la Milicia, acompañados de Rubaudonadéu. Mi trabajo me impidió llevar nota de las muchas personas que aquel día conferenciaron con el Ministro. Todo confirmaba el temor de próximas alteraciones del orden público...

Por la noche tuve la suerte de encontrar al Gobernador en su despacho. Comía precipitadamente para echarse a la calle. Salimos juntos, y le acompañé en su coche a la estación de Atocha. Hablando por el camino, advertí que aquel hombre, tan sereno ante el peligro, mostraba la inquietud natural ante lo desconocido. No fue conmigo demasiado sincero, ni podía serlo, por la reserva que le imponía su cargo. Procuraré reunir y ajustar las diversas expresiones que oí de sus labios, y combinarlas artísticamente conforme a la ley de la narración histórica, que permite extraer de la verdad de los caracteres la verdad de las manifestaciones orales. La conjura que me anunció Delfina era cierta. Los despechados radicales asambleístas contaban con Pavía, Capitán General de Madrid; con la guarnición, que no era muy numerosa, y

con los batallones monárquicos de la Milicia Nacional. Creían tener de su parte a la Guardia civil, y confiaban ciegamente en la Artillería. Separados del servicio los jefes y oficiales facultativos por efecto de la desatinada disolución del Cuerpo en las postrimerías del reinado de don Amadeo, mandaban los regimientos individuos de las armas generales que temían de la República una reorganización contraria a sus conveniencias.

*De lo que se tramaba tuvo noticia **Estévanez** al mediodía. Cuando fue a ver a Pi, ya este había recibido confidencias del caso. Ocupáronse de las medidas necesarias para cortar el paso a la sublevación, que por noticias fidedignas era indefectible programa para el siguiente día, 23 de Abril. El rostro estatuario de don Francisco Pi y Margall no sufrió en su coloración ni en sus líneas la menor mudanza mientras enumeraba los poderosos elementos de que disponían los contrarios. **Estévanez** le dijo: «Aun contando ellos con todo lo que quieran, yo le respondo a usted de que nos sostendremos treinta horas... Si nos derrotaran en Madrid, y eso habría que verlo, fíjese usted, don Francisco, en que disponemos de todo el servicio de trenes en el Norte y Mediodía, y en treinta horas podemos traer sesenta mil federales castellanos, aragoneses, catalanes, valencianos, manchegos... Ordene usted que vayan esta misma noche a los puntos que fijaremos, comisionados con poderes amplios para convocar y*

acumular sobre Madrid, sin necesidad de aviso telegráfico, las muchedumbres republicanas de media España, o de España entera si fuese menester».

Precisamente a despedir a esos comisionados iba don Nicolás a la estación de Atocha. El acto, de corta duración y de apariencias familiares, no dio motivo a curiosidad ni comentarios. De la estación fui con mi amigo a visitas, que atribuí a la necesidad perentoria de despertar las fuerzas populares y disponerlas para la lucha. Estuvimos en la Ronda de Atocha, en las Peñuelas, en la calle de Santa Ana. Como él subía solo a las casas, dejándome en el coche, no puedo asegurar a qué personas visitaba. Pero mi conocimiento de la gente de coraje me bastaría para designar sus nombres sin miedo a equivocarme.

*De la calle de Santa Ana fuimos a la del Ave María y de allí a la plazuela de Antón Martín, donde nos apeamos los dos; yo llamé al sereno, y este abrió la puerta de la casa de Santiso. Ya era más de la una. Invítome **Estévanez** a subir con él, más yo no creí discreto presenciar conferencias tan delicadas, y como estaba tan cerca de mi casa y me sentía fatigadísimo, le pedí permiso para retirarme. Al despedirme, el grande hombre que miraba con serenidad desdeñosa la negra faz de las revoluciones y afrontaba risueño y altivo las contingencias erizadas de peligros, me dijo así: «Mañana a estas horas, o quizás al*

caer de la tarde, podrás ver por ti mismo que hemos ganado la partida y que han escapado o están hechos polvo los enemigos de la República. Buenas noches, y duerme tranquilo».

En esto de la tranquilidad del sueño no pude obedecer al Gobernador, porque pasé una noche horrible, sin pegar los ojos, dando vueltas en mi duro camastro. Cualquier ruido de la calle se me antojaba estruendo de lejanos tiros, cañonazos o voladuras. La claridad de los faroles de la calle entraba en mi alcoba, y mi abrasada mente la convertía en resplandores de incendio. Aunque yo estaba acostumbrado a los tremebundos ronquidos de mi patrón, Ido del Sagrario, aquella noche me sonaban como acompasados gritos de la plebe furiosa invadiendo las calles.

Del ligero sueño que pude conciliar en las primeras horas del día me despertaron Nicanora y su marido con estas alarmantes voces: «Levántese, señor don Tito, que hay revolución». A toda prisa me vestí, y mandé que me trajeran mi desayuno. Mientras lo tomaba, el honrado psicólogo Ido inició la historia verbal de aquel nefasto día: «Desde el amanecer están pasando por Antón Martín Milicianos armados. Van a sus puestos, van a su deber, van a la muerte... ¡Oh España! ¿qué haces, qué piensas, qué imaginas? Tejes y destejes tu existencia. Tu destino

es correr tropezando y vivir muriendo... Como le digo, toda la Milicia Nacional está en armas. En la plaza de Santa Ana he visto al Carbonerín con el batallón de Lanuza. Por la calle de las Huertas va un gentío inmenso chillando, y Milicianos a la carrera. Oí que en la Puerta del Sol está la Artillería. ¿Qué pasa? Que la Historia de España ha salido de paseo. Es muy callejera esa señora...».

En esto, mi patrona, que había salido un momento, volvió con las manos en la cabeza gritando: «Vete pronto a la compra, José, que si te descuidas nos quedaremos hoy sin comer. ¡Virgen de la Paloma, ya están esos diablos de Antón Martín armando las barricadas!». Salimos disparados Ido y yo. En Antón Martín no había barricadas, pero sí brazos ávidos de levantarlas y bocas de ambos sexos que las pedían a gritos. Mi patrón corrió con fuertes trancos a proveerse de comestibles, y yo, arrastrado por una corriente tumultuosa, me fui a la plaza de Santa Ana, donde los voluntarios del batallón de Lanuza, mandados por Felipe Fernández (el Carbonerín) y don José Cristóbal Sorní, Ministro de Ultramar, ocupaban el teatro del Príncipe y las entradas de las calles próximas. Parte de esta fuerza, la más cuidada de las Milicias republicanas, llevaba uniforme: guerrera garibaldina de paño gris, pantalón con franja verde, polainas, y gorra colorada con visera de charol, de que les vino el mote de botellas lacradas. El armamento de la Milicia Nacional era

carabina Berdan. Sólo los batallones de la Latina usaban Remington.

*Por lo que vi y por lo que me contaron puedo fijar la situación de las fuerzas republicanas. Los batallones de Antón Martín, mandados por Ponce de León y Clemente Gutiérrez, ocuparon el teatro de Variedades, calle de la Magdalena; los voluntarios de la Latina, uno de cuyos jefes era Antonio Castañé, ocupaban el teatro de Novedades y los puntos estratégicos de las plazas de la Cebada y Progreso. En las Milicias de los barrios del Sur eran escasos los uniformes; casi todos los combatientes iban de paisano, sin otro distintivo que la gorra colorada... La Red de San Luis y la plaza de Santo Domingo estaban guarnecidas por fuertes núcleos de las Milicias republicanas, y pueblo armado de escopetas y trabucos. Varios edificios de las calles Mayor y Alcalá, como el Ministerio de Hacienda y el Depósito Hidrográfico, escondían retenes de guardias de Orden Público. En las Salesas situó **Estévanez** bastante fuerza, al mando de Enrique Faura, si no recuerdo mal. Lo mismo hizo en las dos estaciones del ferrocarril, dejando una considerable reserva en la Plaza Mayor.*

Los Milicianos monárquicos, que eran más de cuatro mil hombres, se hallaban reunidos desde primera hora de la mañana en las inmediaciones de la Plaza de Toros Vieja,

a la salida de la Puerta de Alcalá, con el pretexto de pasar una revista. A su frente estaba el señor Marina, jefe de la Milicia Nacional por su calidad de Alcalde de Madrid. Vestían estos Milicianos un pulido uniforme semejante al del Ejército, con quepis, correaje blanco y carabinas Berdan. Los más vistosos eran los batallones del Centro y de la Audiencia, y en todos ellos abundaban los empleados municipales. Pronto se vio que los jefes de la Milicia monárquica no se distinguían por sus luces estratégicas, y desde el momento en que se enchiqeraron en la Plaza de Toros su causa estaba perdida.

Las fuerzas del Ejército permanecían en los cuarteles, y aunque se dijo que algunos Generales apoyarían a los Milicianos monárquicos, ninguno de ellos se atrevió a dar la cara. La Guardia Civil no contrarió los planes del Gobernador, y después de las cuatro de la tarde no era difícil vaticinar el triunfo de la República. El Gobierno puso una columna de fuerzas de Infantería, Caballería y Artillería a las órdenes del Brigadier Carmona, jefe de Estado Mayor de los Voluntarios de la República. Don Baltasar Hidalgo, nombrado minutos antes Capitán General de Castilla la Nueva en sustitución de Pavía, transmitió órdenes a parques y cuarteles. Rodaron los cañones por las calles, y... no pasó más. Los enchiqerados de la Plaza de Toros ya no podían dar otro

grito que el de ¡sálvese el que pueda!

Agregándome a los voluntarios de Lanuza me fui de la plaza de Santa Ana a la de las Cortes. Se efectuó esta movilización para poner sitio a los batallones primero y segundo de Milicianos realistas del distrito del Centro, mandados por Simón Pérez, dueño del Bazar de la Unión, y por Martínez Brau, propietario de una famosa pescadería de la calle Mayor, que estaban desde por la mañana dentro del palacio de Medinaceli. Ocuparon los republicanos el marmóreo portal anchuroso, tomando posiciones a lo largo del edificio hasta el Prado, y en la calle de San Agustín y plazuela de Jesús. El enemigo quedó embotellado perfectamente. No debía de tener muchas ganas de romper las hostilidades: apenas veíamos asomar tímidamente algún quepis por las bohardillas o ventanas altas.

*En esto llegó **Estévanez** y con él me colé en el Congreso, donde los individuos de la Permanente celebraban sesión en franca rebeldía contra el Gobierno. Apenas entramos, un diputado dijo a don Nicolás: «Los rebeldes no somos nosotros; lo es el Gobierno. Si lo fuéramos nosotros, ahora mismo nos apoderaríamos de usted». Tranquilo y sonriente contestó el Gobernador: «Eso es lo que yo quisiera, porque acabo de hacer testamento, y no tardarían en venir diez mil hombres a sacarme». Dicho*

esto entró a ver al Presidente de la Asamblea, don Francisco Salmerón, ofreciéndole fuerzas de la Guardia Civil para custodiar la Cámara. No fue aceptada la oferta.

*En el bullicio del Salón de Conferencias perdí de vista a **Estévanez**, y metiéndome en los corrillos pude enterarme de lo que en la sesión había pasado. Asistieron los individuos de la Comisión Permanente y casi todos los Ministros. Planteó el debate Echegaray, sosteniendo que la elección de Cortes Constituyentes no debía efectuarse hasta que la legalidad estuviera totalmente asegurada. Con gallarda elocuencia le contestó Salmerón, deshaciendo los argumentos del ilustre matemático. Habló Rivero contra Salmerón. Intervino Castelar, y apenas comenzado su discurso se presentó en la Cámara el Ministro de la Guerra, quien, sin pedir la palabra, increpó la actitud de los batallones monárquicos de la Milicia en la Plaza de Toros. Saltó el Marqués de Sardoal, vociferando con vehemencia desaforada... Pidieron los Ministros que se suspendiese la sesión hasta restablecer el orden... La controversia degeneró en agria disputa, llegándose, no sin trabajo, al acuerdo de interrumpir el debate, mas no la sesión.*

Permitidme ahora que, retrocediendo en mi relato, cuente un suceso que a mi parecer iguala en interés histórico al trozo parlamentario que acabo de trasladar a estas

páginas. Dudo mucho que uno y otro hecho sean merecedores de pasar a la posteridad; pero allá va el mío, de índole privada, emparejado con el de carácter público. A eso de la una, almorcé en una tasca de la calle de la Visitación judías con salchicha y un vaso de vino. Allí alterné con los dos Carbonerines, Juan de Murviedro, Langarica, Félix Lallave, cantero; Enrique Díez (Moisés), revendedor de billetes de teatro, y otros que merecen mención en esta historia.

Con tan escaso alimento pude resistir todo el día, y al caer de la tarde salí del Congreso con Moreno Rodríguez y Díaz Quintero a curiosear hacia el Prado, Cibeles y Puerta de Alcalá. Así pude enterarme del fracaso y desbandada en que vino a parar la truculenta rebeldía de los Milicianos monárquicos. Estos recibieron a tiros la columna del Brigadier Carmona. Contestaron al fuego los soldados, y como a los candorosos realistas se les había hecho creer que el Ejército no dispararía contra ellos, cuando vieron que las bromas se trocaban en veras estalló el pánico y salieron de estampía, unos hacia la Fuente del Berro, otros por detrás del Retiro en dirección del Olivar de Atocha, y no faltó quien se escondiese en los chiqueros de la Plaza. Los fugitivos iban soltando las armas, los quepis, y cuanto les estorbaba para correr más aprisa, incluso las elegantes guerreras, que sólo les habían servido para camelar a criadas y nodrizas. De aquel bélico

rigodón resultaron tres heridos leves y muerto un pobre cochero, a quien alcanzó una bala perdida.

Quedaba el nudo de Medinaceli, que se desató por sí solo ya entrada la noche. Los Voluntarios monárquicos, en malhora encastillados en el palacio ducal, salieron mohínos y silenciosos sin que los federales les maltratasen, porque el Gobierno había enviado fuerzas de la Guardia Civil para evitar las represalias, natural desahogo de la irritación de los ánimos. Los que se rendían sin disparar un tiro desalojaron la plaza mansamente, dejando sus carabinas en el portal, y calladitos se fueron a sus casas, eludiendo disputas y camorras callejeras.

La segunda Compañía del batallón de Lanuza entró en el Congreso, y en los alrededores del edificio se acumularon, a toda prisa, grandes muchedumbres armadas. Los señores de la Permanente levantaron la sesión con premura vergonzosa. En los pasillos de la Cámara se advirtió el trajín de la desbandada. Los primeros en salir hiciéronlo sin dificultad; otros hubieron de escapar furtivamente; algunos valiéndose de disfraces. Rivero y Becerra, por ser muy conocidos, se ocultaron en los sótanos. Los demás fueron saliendo acompañados por Nicolás Salmerón, por Castelar, por Sorní, por el propio Gobernador. Nadie les atropelló, nadie les insultó.

Oyeron tan sólo al aparecer en la calle algunos silbidos. Federales y Radicales quedaban en disposición de entablar futuras inteligencias... ¡Todos amigos!... ¡Siempre amigos!...

Terminado lo del Congreso, podría decirse que cayó el telón sobre la histórica jornada del 23 de Abril; pero aún quedaba un fin de fiesta para regocijo del público. Los voluntarios de Lanuza, apostados desde el café de la Iberia a la Plaza de las Cortes, pasaron el rato dispersando unas turbas de señoritos impertinentes y molestos que invadían la Carrera de San Jerónimo. Eran la flor juvenil del alfonsismo y de la radicalería unitaria, de esos que ordinariamente llamamos pollos líquidos y que en aquellos tiempos designábamos con el remoquete de silbantes. Poco trabajo costó espantarlos; se metían en los portales, en las tiendas que aún estaban a media puerta, y los más corrían a escape por las bocacalles, de donde les vino un nuevo apodo. Se les llamó el Batallón Liger... de pies.

Media noche era por filo cuando cenábamos en la taberna de Juan Niembro (calle de los Negros), Anastasio Martínez, librero de la calle del Arenal; el Quito (Francisco Berenguer), dueño de una buñolería; Alejo Villesano, sastre; José Duplau (Pelusa), carpintero, héroes de aquel día, y un servidor de ustedes que no fue héroe, sino

*curioso entrometido y aprendiz de narrador. Cada cual citaba y encarecía con infantiles aspavientos lo que había visto, y los incidentes en que había mostrado su marcial arrojo. Nuestra cena fue sopas de ajo, batallón, escabeche en ensalada y morapio sin tasa. No habíamos llegado a la total enumeración de tan prolijas hazañas, cuando entró el simpático Virgilio Llanos, henchido de noticias, según dijo, y se apresuró a desembucharlas gozoso en nuestros oídos. Ya sabéis que era muy amigo de **Estévanez** y se codeaba con elevados personajes del federalismo. En las primeras horas de la mañana de aquel día, se le confió un delicado espionaje en las inmediaciones del hotel del Duque de la Torre, calle de Serrano. Tan bien desempeñó el ojeo encomendado a su sagacidad, que no se le escapó ningún personaje de los que acudieron al misterioso concilio en la morada del Duque.*

Por el mismo orden con que les vio entrar los fue citando Virgilio en nuestro cenáculo tabernario. Helos aquí: los ayudantes del General, O'Lawlor y Ahumada, el Conde de Valmaseda, Topete, Letona, Baldrich, Bassols, Gándara, Gasset, Ros de Olano, Caballero de Rodas. Del elemento civil fueron Borrego, Albareda, y otros que a mi parecer iban en representación de Sagasta, Martos y Rivero, los cuales se quedaron achantaditos en sus respectivas casas viéndolas venir. Oída esta cáfila de nombres, tan

sonoros como vacíos, todos los presentes celebraron con mayor ingenuidad la victoria federal contra tal piña de pomposos y coruscantes figurones.

En el resto de la noche fueron llegando otros amigos de las Milicias Republicanas. Entre ellos Balbona (Tachuela), Cantera (Cojo de las Peñuelas), Santiago Gutiérrez (el Pasiego), uno de los Quintines, y más y más. Enaltecida hasta las nubes la importancia de la victoria, hiciéronse lenguas de la generosidad de los vencedores. La sangre no enrojeció las calles; nadie fue molestado; los llamados prohombres, que en el Congreso hicieron cuanto podían para aplastar la República, fueron conducidos a sus casas con refinada cortesía y miramiento; los espadones que se reunieron en casa del Duque de la Torre se quedaron tan frescos, y si al poco tiempo pasaron la frontera fue para conspirar a sus anchas; los silbantes no tuvieron ningún deterioro en sus personas ni en su elegante vestimenta; el único que sufrió algún desavío, Becerra, a quien llevaron preso al Gobierno civil, fue puesto en libertad con apretones de manos y palmaditas en la espalda.

Camino de mi casa, casi al rayar el día, iba yo reconstruyendo en mi mente todo lo que había visto y oído, y entre las sábanas de mi lecho hice juicio sintético de la jornada del 23 de Abril de 1873. No tuvo nada de epopeya; no fue tragedia ni drama; creí encontrar la

clasificación exacta diputándola como entretenida zarzuela, con música netamente madrileña del popular Barbieri. No hubo choques sangrientos ni encarnizadas peleas, ni atronó los aires el horrísono estruendo de los cañones. El acto del Congreso fue un paso de comedia lírico-parlamentaria, con un concertante final en que desafinaron todos los virtuosos. Los actos de la calle fueron un continuo ir y venir de nutridas comparsas, que disparaban vítores y exclamaciones de sorpresa o de júbilo. Otras comparsas mejor vestidas salían corriendo por el foro, y se tiraban al foso o se subían al telar. Concluía la obra con un gran coro de generosidades ridículas y alilés de victoria, sin luto por ninguna de las dos partes.

Así no se pasa de un régimen de mentiras, de arbitrariedades, de desprecio de la ley, de caciquismo y nepotismo, a un régimen que pretende encarnar la verdad, la pureza, y abrir ancho cauce a las corrientes de vida gloriosa y feliz. Aplicando mi corto criterio a los hechos de aquel día, pensé que el 24 de Abril estaba la vida nacional lo mismo que antes estuvo, y que las seculares fuerzas que habían querido resolver el problema del porvenir no habían hecho más que exhibirse sin chocar en dura pelea, dispuestas a proseguir, el día menos pensado, la teatral batalla... ¡Solución de amiguitos, querella de dicharachos en un inmenso patio

de Tócame-Roque, simulacro de guerra y paces entre compadres bonachones!

*Agrego a la página histórica el estrambote de una escena de que no tuve conocimiento hasta el día 25, y que no altera substancialmente mi juicio de aquellos vulgares acontecimientos. Parece que en la madrugada del 24 se produjo en el Gobierno algún conato de severidad contra el Duque de la Torre y los demás santones monárquicos. Ya clareaba el día cuando Castelar, con rostro afligido, se presentó en el despacho del Gobernador y le dijo: «Amigo **Estévanez**, si una persona que a usted le hubiera salvado la vida se hallara hoy en peligro inminente, ¿qué haría usted?». La respuesta de don Nicolás fue la que a todo varón honrado y generoso correspondía: «Pues vaya usted -añadió don Emilio- al hotel del General Serrano, mévalo en su coche y llévelo a la Embajada inglesa». Así se hizo, y... aquí paz y después gloria.*

Tan rendido, tan agotado de fuerzas me dejó el ajetreo del 23, que no pude salir de casa hasta el segundo día. En la mañana de este, hallándome anegado en la cobranza de los atrasos que el sueño me debía, mi pobre cuerpo fue sacudido por una mano vigorosa. Desperté, y vi ante mí la imagen un tanto grotesca de mi amigo y algo pariente Telesforo del Portillo, más conocido por Sebo, el cual me atronó los oídos con estas estridentes palabras:

«Levántate, hijo mío, y ven en ayuda de este hombre honrado que hoy es víctima de las envidias y malos quereres. Asómbtrate y llénate de coraje. Acabo de recibir mi cesantía del puesto que desempeñaba en la Dirección de Penales».

Ayudándome a salir del lecho y a vestirme, prosiguió así su matraca: «Ya sé que eres uña y carne de Pi y Margall... Lo sé por Fabiana, que es amiga de la lavandera de don Joaquín Pi Margall, hermano del don Francisco... No vengas ahora con repulgos, haciéndote el modestito. El Ministro de la Gobernación ha puesto en ti toda su confianza...». Protesté. Mis negativas me valieron tanto como si quisiese atajar con razones las cornadas de un toro de Miura. Sebo insistió de esta manera: «Me han dejado cesante por soplos y delaciones de algún enemigo insidioso... Que si he sido alfonsino, que si era confidente de Martos, que si llevé recaditos al Duque de la Torre... Todo falso, querido Tito, maquinación infame de los perturbadores de oficio... Porque has de saber que yo soy federal; más federal que Riego... Las nuevas ideas me han conquistado; si lo dudas habla con Roque Barcia, con quien me reúno todas las noches en el café de Venecia. Precisamente anoche estuvimos trazando las lindes sinalagmáticas de los futuros Cantones...».

Levantado ya y vestido, corté la palabra de Sebo, que me

rasgaba los oídos como el estridor de una corneta destemplada. Ni yo poseía la confianza de mi Jefe ilustre, ni osaría recomendarle ningún asunto de personal. Loco estaba quien tal creyera. Lo único que hacer podría era llegarme a **Estévez** y... Interrumpiome Telesforo descompuesto, diciéndome: «No, no; **Estévez** no, que ese me ha tomado tirria por creer que yo me opuse a que fuera Gobernador...».

Trabajo me costó librarme de aquel tábano molesto... Salimos juntos, y en la calle pude sacudírmelo, con la patraña de que trabajaría por su reposición. ¡Dios de los buenos, en qué fatigas se veía un hombre tan insignificante como el hijo de mi madre! ¡Pobre de mí; los necesitados de protección buscaban sombra en este mezquino arbusto, el último ciudadano de España!... En la oficina pude enterarme de que mi Jefe, don Francisco Pi y Margall, Presidente interino del Poder Ejecutivo en ausencia de Figueras, había disuelto por decreto la Comisión Permanente de la Asamblea Nacional. De la misma forma disolvió los batallones de Milicianos que estuvieron el 23 en la Plaza de Toros y en el palacio de Medinaceli, y otras unidades orgánicas de Artillería, Zapadores y Caballería. Leí la expresiva alocución que dirigió a las Milicias Republicanas y a la guarnición de Madrid, felicitándolas por su actitud patriótica en los pasados disturbios. Estos documentos, que vinieron a

enriquecer la copiosa literatura política coleccionada en la Gaceta, resultaban muy bonitos, pero no amansaron el oleaje tempestuoso que, iniciado en Madrid, iba extendiéndose por toda la superficie nacional.

De labios del propio don Francisco Pi oí una frase que conservo en mi memoria: «En el telégrafo central siento el latido de las provincias, y encuentro a las más republicanas poseídas de una exaltación calenturienta». Los partidos derrotados el 23 de Abril por el federalismo, tomaban las posiciones que mejor les convenían. Los Radicales conspiraban allegando voluntades en el Ejército y fuera de él. Los Carlistas, envalentonados por el barullo reinante, multiplicaban sus medios de guerra. Reverdecían como planta bien fecundada las esperanzas de los Alfonsinos. Los Monárquicos defensores del principio en forma impersonal, acrecían con la ridícula bandera del Rey X el desbarajuste hispánico. En tanto, el federalismo, perdida la cohesión en que le mantuvo la lucha con un enemigo poderoso, se dividía después del triunfo, y en su seno caldeado surgieron, a más de los intransigentes y benévolos de marras, los Pactistas convencionales, los Comunistas, y otras variantes del intenso latir que oía don Francisco desde el aparato telegráfico de Gobernación.

Durante el período electoral, que no fue tan turbulento

*como se creía, no cesaban de salir de Madrid las familias monárquicas y reaccionarias de más viso, generales de cuartel, banqueros, bolsistas, todo el elemento que llamaban sensato y la flor y nata de la gente de orden. Con esta emigración, que atestaba diariamente los trenes, el dinero español enriquecía de lo lindo a los fondistas y aposentadores de Biarritz. En aquellos febriles días de Mayo, pasaba yo la mayor parte de mi tiempo rondando el sentir y el pensar de mis conciudadanos; palpaba los corazones; intentaba penetrar con agudos interrogatorios en los cerebros enardecidos. De este pesquisar minucioso y constante saqué la impresión de hallarme en un pueblo de locos”.*⁸².

Veamos ahora la narración de los hechos por parte de la prensa:

“El conflicto de ayer ha podido resolverse milagrosamente sin derramamiento de sangre. Por la mañana y por orden del alcalde señor Marina se reunieron en la plaza de Toros y en sus inmediaciones los once batallones que existían en tiempo de don Amadeo. Al poco rato presentóse el general Letona y algunos oficiales de reemplazo confiriéndose el mando de aquella fuerza a dicho general,

⁸² PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. La Primera República*. Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1979. Págs. 4474 y siguientes.

no sin que al ver el giro que tomaba esta sublevación muchos de los allí reunidos y que sumarían unos cinco mil hombres, no se retiraran al medio día, quedando a lo más por la tarde unos mil quinientos.

La preponderancia unionista que se advirtió desde luego, produjo reclamaciones y tiros entre los voluntarios que había dentro de la plaza resultando un muerto y un herido.

El general Topete se presentó también en aquel sitio arengando a los voluntarios y siendo por ello muy vitoreado.

En casa del duque de la Torre llegaron a reunirse hasta 28 generales según dicen entre ellos los dos hermanos Concha. Mientras esto pasaba en lo alto de la calle de Alcalá y barrios de Recoletos, el gobierno destituía al alcalde señor Marina, nombrando para reemplazarle al republicano señor Orcasitas y reunión en diferentes puntos de la capital los batallones federales.

Las tropas que durante la mañana habían estado reunidas en los cuarteles por orden del capitán general, recibieron a las dos de la tarde la de salir de paseo, sin lo cual era imposible que los sublevados pudieran disponer de ellas. Esta orden la dieron el general hidalgo y los brigadieres Pierrad, Arin y Ferrer, nombrados por el ministro de la Guerra para que cada uno de ellos se

encargara de un cuartel, por lo que el capitán general Pavía hizo dimisión, que le fue admitida en el acto.

Multitud de hombres políticos pertenecientes al partido conservador acudieron a casa del duque de la Torre, y el señor Sagasta fue uno de los que se presentaron en la Plaza de Toros.

Poco después de las dos de la tarde los ministros, a excepción del señor Pi y Margall, se reunieron con la comisión permanente en el Congreso, y el señor Rivero pronunció un largo discurso para demostrar la necesidad de que se reuniera la Asamblea, a cuyos efectos se presentó una proposición. El gobierno reconociendo en principio las facultades que tenía la comisión permanente para reunir la Asamblea, trató de ganar tiempo, diciendo que había una cuestión de orden público que era preciso resolverla, y suponiendo que arreciaba el peligro por la sublevación de los voluntarios que había en la plaza de Toros y en el palacio de Medinaceli se retiró del Congreso, dejando a la comisión en sesión permanente y prometiendo volver.

Al oscurecer las tropas que hay en la guarnición de Madrid con treinta y seis piezas de artillería estaban frente a la plaza de Toros y a las nueve y media los voluntarios allí encerrados y los del palacio de Medinaceli entregaron las

armas.

La comisión de las Cortes seguía reunida, y viendo a cosa de las once de la noche que el gobierno no se presentaba, acordó seguir deliberando y por lo cual los individuos de ella, republicanos y radicales favorables al gobierno y el señor Esteban Collantes se retiraron del Congreso. Las turbas empezaron a rodear el edificio a la una y media y los ministros telegrafiaron a la comisión que habían acordado disolverla por considerarla un peligro para el orden público, siendo preciso que los señores Castelar; Salmerón y otros acudieran para que pudieran salir el edificio los individuos de la junta que allí estaban, y que corrían grave riesgo. El señor Figuerola detenido al salir del ministerio de Hacienda, fue conducido al Saladero para evitarle un atropello. Los generales unionistas han desaparecido y tampoco se sabe donde pararon los señores Rivero, Becerra y Martos.

Corren rumores de que se reunirá la Asamblea en un punto de la frontera de Portugal”⁸³.

Estévanez como Gobernador civil de Madrid, empieza a tomar las disposiciones oportunas ante la reunión de los batallones de la milicia monárquica. De esta forma el

⁸³ EAM. Edición de 27 de abril de 1873. Crónica del corresponsal en Madrid de 24 de abril.

periódico republicano “La Igualdad” publicaba la siguiente noticia:

“El alcalde de Madrid ha hecho reunir en la Plaza de Toros todos los batallones de la antigua milicia ciudadana. Los que permanecieron organizados a la venida de don Amadeo.

*Interpelado por este motivo por el gobernador de la provincia, ciudadano **Estévanez**, ha contestado que con el objeto de pasarles una revista.*

El gobernador ha reconocido el derecho que para esto asistía al alcalde como comandante general de la fuerza ciudadana; pero en uso también de su derecho, ha hecho reunir en todos los distritos las fuerzas republicanas”⁸⁴.

El mismo día 23 de abril, don Nicolás **Estévanez** redactó un bando al pueblo de Madrid, ordenando que el mismo fuera pegado en las esquinas, para darle la máxima publicidad:

“MADRILEÑOS: Al encargarme del gobierno civil de esta provincia os ofrecí velar por los intereses públicos y por la seguridad y por los derechos de todos los ciudadanos. Si lo he cumplido hasta hoy, he de cumplirlo igualmente en

⁸⁴ EAM Edición de 25 de abril de 1873. Últimos sucesos.

lo sucesivo por críticas que sean las circunstancias. La demagogia monárquica se ha puesto en rebelión contra el gobierno legítimo; pero éste cuenta con el leal concurso de las fuerzas del ejército, guardia civil y voluntarios de la República; y yo os ofrezco restablecer el orden por doloroso que nos sea combatir contra los que fueron también voluntarios de la República y hoy se han colocado en actitud traidora.

*23 de abril de 1873.- Salud y fraternidad.- Nicolás Estévanez”*⁸⁵.

Desarticulada la intentona de la milicia ciudadana en la plaza de toros y en el palacio de Medinaceli, un numeroso grupo de republicanos se concentraron, en actitud violenta, en las inmediaciones del palacio de las Cortes, amenazando entrar a la fuerza para detener a los diputados de la Diputación permanente, a los que acusaban de ser la causa de la rebelión. Para evitar derramamiento de sangre, algunos líderes republicanos, entre ellos el Gobernador civil de Madrid, se presentaron en el Congreso con alguna fuerza ciudadana, para proteger a los diputados y mantener el orden:

*“... Ya antes había ido el Sr. **Estévanez** con parte de su batallón, que estaba en el patio del ministerio de la*

⁸⁵ EAM. Edición de 25 de abril de 1873.

Gobernación. Al salir el señor Castelar se vio muy amenazado pero su sangre fría contuvo a los amotinados.

*Al cabo de muchos y desesperados esfuerzos de los Sres. Santa María, Ilanos (don Virgilio), **Estévanez** y otros consiguieron poner a salvo a todos, y que ocuparan el Congreso dos compañías del batallón del Sr. **Estévanez**.*

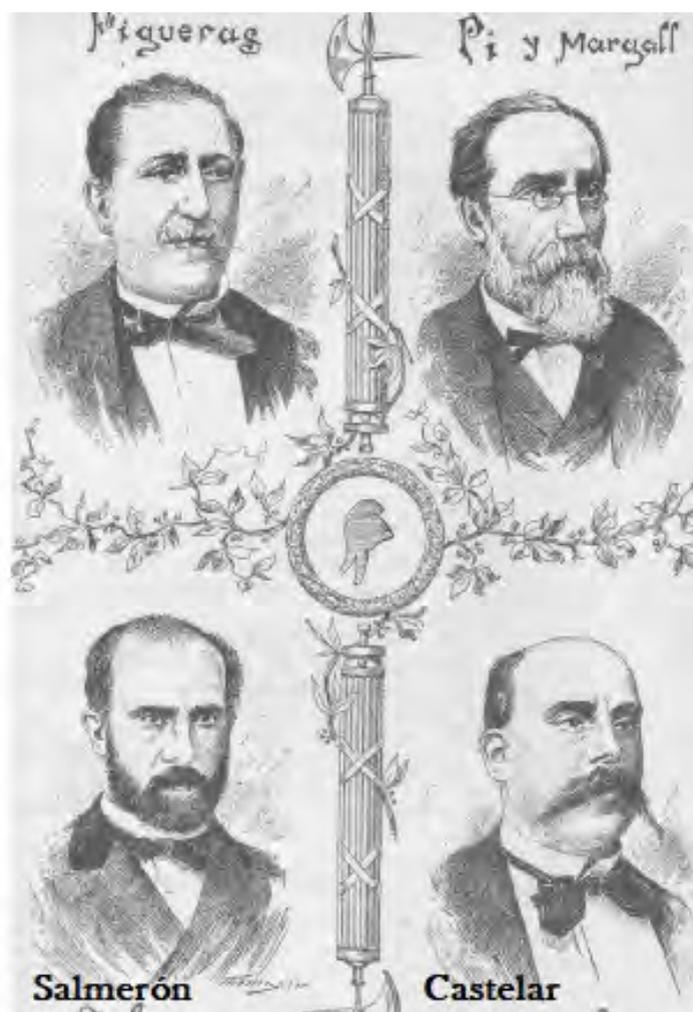
Al amanecer quedaba restablecida la calma, y los ministros quedaron el consejo permanente.

*El Sr. Figuerola, que era custodiado por el Sr. Carrafa, ha sido detenido por los voluntarios que estaban de guardia en Hacienda; pero creemos que haya conseguido ponerle en libertad el Sr. **Estévanez**”⁸⁶.*

Los republicanos eran pagados con la misma moneda que ellos recibieron de los monárquicos durante los años anteriores. A partir de este momento, la lucha ya no sería entre los dos anteriores, sino entre republicanos benévolo e intransigentes, entre unitarios y federales, y entre federales y los más radicales, los cantonalistas. A partir de junio, comienza para España una de las páginas más turbias de nuestra historia, en la que parte de nuestra escuadra, en manos de los sublevados cantonales de Cartagena, es declarada pirata por las potencias

⁸⁶ EAM. Edición de 25 de abril de 1873.

europas.



CAPÍTULO X

ESTÉVANEZ, MINISTRO DE LA GUERRA

No hace prácticamente mención, Pérez Galdós, a la etapa como ministro de la Guerra de Nicolás **Estévanez**, por lo que hay que recurrir a la prensa para conocer sus actividades en los escasos días en que permaneció ocupando el cargo.

El que **Estévanez** ocupara una cartera ministerial era vox populi, aunque sin acertar cual de ellas sería.

“El Avisador Malagueño”, haciéndose eco de los comentarios de “La Igualdad”, diario republicano, publicaba el 6 de junio:

*“Según La Igualdad, el gobierno que se nombrará en breve, lo formarán: Pi y Margall, ministro de la Gobernación con la presidencia; Tutao, Hacienda; Nouvilas, Guerra; Sorni, Gracia y Justicia; Palanca, Fomento; **Estévanez**, Ultramar; y en Estado una persona identificada con la política del Sr. Castelar”⁸⁷.*

El día 7 de junio quedaba constituida la nueva Asamblea, proclamándose a continuación la República federal como forma de gobierno, del que fue nombrado para presidir el

⁸⁷ EAM. Edición de 6 de junio de 1873.

poder ejecutivo a Pi y Margall, con la capacidad de designar a los ministros del Gabinete. Sin embargo, ante la dificultad de formar un Gobierno aceptado por todos, se optó por la continuación de Estanislao Figueras.

Sin embargo, de improviso, el Presidente del ejecutivo, Figueras, afectado por la muerte de su esposa y desengañado de sus correligionarios, toma un día el tren de Francia y abandona la capital de España, que amanece el día 11 acéfalo, teniendo apresuradamente las Cortes que proponer un nuevo Presidente, designación que recae en Pi y Margall, el cual forma uno, de distinta composición que el anterior, aunque manteniendo a **Estévanez** que pasa a ocupar la cartera de Guerra.

Con objeto de ver el barullo existente en Madrid, veamos lo que el corresponsal del diario malagueño en la capital, remite a su director:

“Madrid, 11 de junio de 1873.

Sr. Director de El Avisador Malagueño:

Madrid ha tomado desde esta mañana un aspecto muy grave. Por orden de algunos comandantes de la milicia han empezado desde la diez a reunirse voluntarios, entre quienes se ha hecho correr la voz de que la guardia civil había estado toda la noche armada y dispuesta a

favorecer un golpe de la reacción. Con este motivo se habla de desarmar a la guardia civil y parece que el jefe de esta ha dicho que tal cosa no sucederá mientras le quede un cartucho.

También se ha asegurado que esta fuerza se había concentrado en un solo punto de la capital y cerca ya de las afueras, pero no es cierto. Los guardias continúan en sus respectivos cuarteles y en la actitud más pacífica.

En vista del espontáneo armamento de los voluntarios cuyo verdadero objeto se cree sea influir sobre las determinaciones de la Asamblea, la autoridad ha dado orden a la fuerza de orden público para que se concentre en sus respectivos distritos y se arme. Una parte de esta fuerza se encuentra en el ministerio de la Gobernación.

Mientras tanto la situación política no puede ser más embrollada.

Sin que haya gobierno y, por consiguiente, debiendo estar en sus puestos los ministros dimisionarios, el señor Figueras se fue anoche de Madrid y se cree se ha marchado al extranjero, suponiéndose que ha sido a consecuencia de un despacho telegráfico que recibió ayer de Francia, aunque otros creen que fue a causa de las noticias que le dio el general Velarde, con quien conferenció ayer tarde por telégrafo. Personas influyentes

de la situación aseguran que este viaje lo sabían de antemano sus compañeros de ministerio, pero lo cierto es que en el público ha producido el efecto de una escapatoria, aumentando la alarma que reina.

El señor Salmerón que tenía ayer organizado un ministerio con los señores Socías para Guerra, Palanca o Cervera para Gobernación, Maisonave para Estado, Carvajal para Hacienda y Fernández González para Fomento, no se ha atrevido a proponerlo esta mañana a las Cortes por la seguridad de que no fuese aceptado.

En vista de ello la Cámara ha acordado hoy que el señor Pi y Margall sea el presidente del poder ejecutivo y designe ministros que serán aprobados esta tarde por la Asamblea.

Los comandantes voluntarios se han presentado esta mañana al Sr. Pi y Margall para saber si era cierto que se temía un golpe reaccionario de algunas fuerzas de esta guarnición, pero el señor Pi lo ha negado terminantemente, aconsejándoles que se retiren. Los comandantes se han ido enseguida a la Asamblea.

La fuerza de la guarnición de Madrid, está en el mejor sentido a favor del orden y los soldados dicen que ellos harán causa común con la guardia civil si se trata de desarmarla.

Los diferentes generales a quien el señor Salmerón consultó anoche, aseguran que ellos estarán al lado del gobierno para mantener la tranquilidad.

Se cree que una vez nombrado el ministerio que será de conciliación, se calmarán los ánimos, desapareciendo el aspecto de campamento que tiene la ciudad.

Mientras tanto corren las noticias más extrañas. Se asegura que el grito del cura Santa Cruz a favor de una república católica ha cundido entre los carlistas del norte y que están de acuerdo con el ejército del general Nouvilas.

*El señor Castelar manifestó esta mañana a la Cámara en sesión secreta los inconvenientes que había habido para que señor Figueras cumpliera el encargo de formar ministerio y los que había tenido también el señor Salmerón, por cuya causa rogaba a la Asamblea que concediera poderes al señor Pi y Margall para formar ministerio. La Asamblea lo acordó así por unanimidad, suspendiendo la sesión secreta, que continuó a la una. En ella propuso el señor Pi el siguiente ministerio, de cuatro conservadores y cuatro intransigentes. **Estévez**, Guerra; Anrich, Marina; Benot, Fomento; Muro, estado; Estado (D. Fernando), Gracia y Justicia; Ladino, Hacienda; Sorni, Ultramar y Pi, Gobernación con la*

presidencia.

La Cámara aprobó este ministerio.

El señor Pi dijo que el ministerio se proponía mantener el orden y hacer a todo el mundo cumplir la ley, porque en las circunstancias actuales toda insurrección es un crimen.

El presidente de la Cámara no será elegido hasta pasado mañana y se cree que lo sea el señor Salmerón.

Esta tarde se tenía ya una explicación a la alarma de esta mañana. El general Socías no se sabe por qué motivo envió algunos generales a los cuarteles para que tomaran el mando de las tropas. El general Palacios, fue el encargado de mandar la guardia civil, pero el jefe del servicio dijo que no podía ponerse a su disposición sin una orden del ministro de la Gobernación o del Gobernador de Madrid, y avisaron a éste que sin duda fue quien provocó la reunión de la milicia. El general Socías ha sido detenido y puesto después en libertad bajo palabra de honor.

También parece que ha sido detenido el general Palacios

y el secretario de la guarnición de la guardia civil”⁸⁸.



Aparentemente y según anuncia la prensa, don Nicolás **Estévanez** recibe numerosas felicitaciones de militares,

⁸⁸ EAM. Edición de 14 de junio de 1873. Crónica del corresponsal en Madrid de 11 de junio.

destacando entre ellas la del Capitán general de Valladolid, general Ripio.

Estévanez, nada más tomar posesión de su cargo, publica una alocución a los soldados y emite un comunicado con las reformas que piensa efectuar.

La alocución dice textualmente:

“Soldados: Yo no sé si alcanzarán mis fuerzas para llenar cumplidamente el encargo que la Asamblea Constituyente en el día de ayer me confió, pero ya saben muchos de mis antiguos compañeros que no han de faltarme mi decisión ni buena voluntad.

El ejército se halla de muy largo tiempo sediento de justicia. La justicia se realizará, y el ejército entrará de nuevo por la olvidada senda del honor.

Si el gobierno federal, imitando a otros gobiernos de funesta memoria, olvida sus programas y promesas, razón habrá para perder la esperanza de que el ejército se dignifique.

Pero yo os prometo bajo la fe de mi palabra, que si he de seguir al frente de este departamento militar, se abolirán las quintas, se reorganizará la fuerza pública; se modificarán las ordenanzas; se restablecerá la disciplina

y se hará la revisión completa de las hojas de servicio.

Tenemos bravos soldados, dignos oficiales y brillantes jefes, podemos, pues hacer el primer ejército del mundo.

Así os lo ofrece, al enviaros su cordial saludo, vuestro antiguo camarada.

*Nicolás. **Estévanez**"⁸⁹.*

Estévanez dicta una serie de disposiciones, con las que intenta restablecer la disciplina y evitar las interferencias de mandos reaccionarios en la estructura militar. Entre estas disposiciones se encuentran:

- Que todo oficial que solicite reemplazo, sin motivo plenamente justificado, será dado de baja del ejército.
- Nombramiento de una comisión que estudie y proponga las reformas necesarias en el ejército.
- Dejar sin efecto todas las licencias concedidas, dando el plazo de un mes para que todos los oficiales se presentes en sus destinos, siendo en caso contrario dados de baja del ejército.

Estévanez, desde el primer momento manifiesta la

⁸⁹ EAM. Edición de 15 de junio de 1873.

necesidad de que la llegada al poder de los republicanos no debe implicar favoritismo, por lo que, efectúa unos comunicados que son recogidos por la prensa nacional y local:

*“El ministro de la Guerra, señor **Estévanez** ha empleado otro medio para hacer lo que el señor Benot, cual escribir una carta a un redactor de La correspondencia, amigo suyo, carta que esta noche publicará este periódico, en la cual le dice que desde hace 48 horas que es ministro no ha podido ocuparse de ninguno de los importantes asuntos de este departamento porque todo el tiempo se lo quitan sus amigos y compañeros con felicitaciones y solicitudes hasta el punto de haber estado cuatro horas con telegramas del Norte y de Cataluña en la mano, sin tener lugar a leerlos.*

*El señor **Estévanez** añade que es inútil que se pidan gracias que no sean justas porque no concederá ninguna e inútil también que le feliciten porque le falta tiempo para contestar a las felicitaciones.*

*Habiéndose dicho que los generales de cuartel en Madrid no iban a visitar al señor **Estévanez**, faltando a este deber de cortesía porque el señor ministro de la Guerra era militar de corta graduación y retirado, éste ha evitado el conflicto dando orden de que no sea obligatoria dicha*

visita en la cual había de perder un tiempo que necesita para otros asuntos de mayor interés”⁹⁰.

El 19 de junio se publica una curiosa advertencia para don Nicolás, en contestación a sus manifestaciones anteriores sobre “enchufismos”:

“Recordad que en el año 70 erais un pobre capitán de reemplazo, y hoy sois ministro de la Guerra; recordad todo lo demás hasta el día. Y recordándolos, ¿creéis que podéis inferir el insulto al partido republicano? ¿Verdad que lo inferís en vuestra citada carta? Cuidado, amigo, que no os coloquéis al borde un ruinoso abismo; os veo en una peligrosa pendiente; si de ella no retrocedéis, os aseguro será fatal para vos; retroceded y cumplid como bueno, y seréis hombre honrado, como tiene el deber de serlo todo bien nacido. La suerte está echada; apartaos del mal camino y no os veréis sentado en la banqueta del acusado ante el tribunal del pueblo; yo seré vuestro acusador, y ya sabéis tengo pruebas fehacientes para que el pueblo os condene”⁹¹.

Galdós, como no habla de **Estévanez** de su etapa ministerial, presenta este caso de incorruptible en su

⁹⁰ EAM. Edición de 17 de junio de 1873. Crónica del corresponsal en Madrid.

⁹¹ EAM. Edición de 21 de junio de 1873. Publicado en el diario “La Justicia Federal”.

periplo como Gobernador civil de Madrid. Así mismo el don Benito, pone en sus labios que los que solicitan favores no eran republicanos, sino cesantes de los gobiernos anteriores, cuando la carta que remitió don Nicolás a la prensa, hace mella en algunos de sus camaradas, tal como se ha visto en el párrafo anterior. La frase que Galdós por en boca de **Estévanez** es la siguiente:

*“El papelito, pegado con obleas, decía mutatis mutandis: Aquí no se dan destinos, ni recomendaciones, ni dinero, ni nada. Hablando con mi amigo de esta humorada, me dijo riendo: «No creas, Tito, que se compone de republicanos la nube de pedigüeños. Son más bien los cesantes de los partidos viejos, el detritus de la política, los innumerables moscones aburridos y famélicos que hacen imposible la vida oficial. He tenido que ahuyentarlos con esa tufarada de azufre. A pesar del cartelito vuelven, zumban y pican»”*⁹².

A los nueve días justos de ser nombrado ministro, el Gobierno de Pi y Margall entra en crisis, siendo uno de los causantes, **Estévanez**, representante de los más intransigentes de los intransigentes. El Presidente del ejecutivo quería con la permanencia de los intransigentes

⁹² PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. Primera República*. Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1976. Pág. 4474.

en el Gabinete impedir la sublevación de los federales y la proclamación del cantonalismo, siendo **Estévanez** uno de los primeros que le negó su apoyo.

La prensa de aquellos días, indicó que el señor Pi y Margall había constituido un Gabinete homogéneo, sobre la base de la derecha republicana. A la que llamaban la izquierda no tenían otro camino que la proclamación de la República federal por las armas.

CAPÍTULO XI

LA SUBLEVACIÓN CANTONAL

A partir del mes de junio de 1873, se mezclan en los Episodios “La Primera República” y “Entre Cartago y Sagunto” acontecimientos que acaecen en Cartagena y en Madrid, aunque en verdad las referencias a **Estévanez** son testimoniales, ya que no parece que participara activamente en el movimiento.

Galdós describe con perfección la vida y las actividades en Cartagena, presentando además con gran nitidez las personalidades de los principales líderes cantonalistas, como Galvéz, Cárceles, Contreras, etc. He aquí la única mención a don Nicolás **Estévanez** por este hecho:

“Ante sucesos de tal trascendencia no podía faltar la bíblica salmodia del bueno de don Roque. Resonó en un escrito jeremíaco recomendando que al imponer castigo a los desleales, se hiciera justicia magnánima, generosa, clemente... Decíase por aquellos días que López Domínguez había pedido cuatro mil hombres de refuerzo al Gobierno Central, y que a los apremios de éste para rendir la Plaza antes de 1.º de Enero, fecha de la reunión de las Cortes, contestó que a tantos no se podía comprometer. Con un mes largo por delante quizá podría rematar la empresa.

Castelar ofreció mandar los refuerzos y seguía pidiendo rendición a todo trance, ya por la fuerza, ya por el soborno, o bien combinando hábilmente ambos métodos de guerra... A mediados del mes, los sitiadores concentraron sus fuegos sobre los castillos de Atalaya, Moros y Despeñaperros, y las puertas de San José y Madrid. La Plaza contestó con brío, y los disparos de la escuadra Centralista contra San Julián resultaron cortos y por tanto ineficaces.

Reunió a la sazón López Domínguez Consejo de Generales para determinar el plan que habían de seguir, acordándose por el pronto la conveniencia de un ataque vigoroso a San Julián, y conviniéndose en la urgencia suma de reforzarla línea de bloqueo: ésta no era inferior a seis leguas, y si no se neutralizaba la extensión con la intensidad, imposible alcanzar el éxito con la rapidez que Castelar quería. Desplegaba López Domínguez enorme actividad, supliendo con su cuidado y esfuerzo la escasez de los medios de combate.

En Pormán celebró el General en Jefe una entrevista con el Contralmirante Chicarro, el cual le dijo que le era difícilísimo el bloqueo marítimo porque sus barcos andaban bastante menos que los barcos rebeldes. Con tal Marina y un Ejército animoso, pero de contado contingente, era obra de romanos rendir la más

formidable plaza de guerra que sin duda existe en el Mediterráneo. Si los Cantonales hubieran tenido tanto seso como bravura en aquella última ocasión de su loca rebeldía, no queda un centralista para contarlo.

Hasta el 28 de Diciembre transcurrieron los días sin ningún suceso extraordinario. Continuaba incesante el fuego entre sitiadores y sitiados. Éstos hicieron varias salidas y en una de ellas causaron diez y ocho bajas a sus enemigos. Hacia el 22 recibieron los centralistas los refuerzos que esperaban y con ellos veinticuatro piezas de Artillería de diez y seis centímetros. El 24, un proyectil Armstrong disparado por la fragata Tetuán, que seguía mandada por el intrépido contrabandista Colau, estalló en la batería número 3 del campo enemigo, haciendo reventar cuatro granadas que dieron muerte a un oficial, catorce artilleros e individuos de tropa, y tres paisanos. Y con esto, amados lectores, llego al día 28, fecha culminante en mi memoria por ser la fiesta de los Santos Inocentes, y porque en aquella madrugada, a punto de salir el sol, nos escapamos de Cartagena Leona la Brava y yo, suceso a mi ver memorable que merece un rinconcito en estas verídicas crónicas.

Mi escapatoria no fue secreta, pero tampoco me convino hacerla pública. Sólo me despedí de Manolo Cárceles, a quien tantas atenciones debía. Al abrazarnos, me dio con

*sus cariñosos adioses algunos recados verbales para Estévanez, Castañé y Patricio Calleja. Prometile yo volver pronto, pues me interesaba mucho el Cantón y quería presenciar hasta el fin su arrogante defensa. En la respuesta de Cárceles creí advertir cierta disminución del optimismo que había mostrado desde el comienzo de la revolución cantonal: «Si nos vencen -me dijo-, y ello habrá de ser más por la maña que por la fuerza, abandonaremos este volcán y nos iremos tranquilamente al África en busca de mejor suelo para poder vivir. Si vuelves, gran Tito, te vendrás con nosotros y nos haremos todos africanos».*⁹³

En la primera quincena de julio de 1873 se producen los levantamientos cantonales en Málaga, Sevilla, Jerez, Granada, etc. En realidad, el único que puede considerarse verdadero cantón es el de Cartagena. En los demás se declararon como tales, bien que dentro de la llamada República Federal Española, aunque se produjeron enfrentamientos sangrientos entre las distintas facciones republicanas, no ya entre benévolos e intransigentes, sino entre estos últimos, en los que unos querían llevar el cantonalismo hasta sus últimas consecuencias y otros aceptaban el marco republicano

⁹³ PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. De Cartago a Sagunto*. Editorial Urbión, S.A. Madrid, 1979. Págs. 4588 y siguientes.

federal.

Primero el general Ripoll y posteriormente el general Pavía sometieron los distintos movimientos cantonales andaluces, empleando éste último el ferrocarril como medio de transporte táctico-estratégico, de forma similar a como se efectuó en la guerra de Secesión norteamericana.

A partir del 12 de julio en la prensa aparece la primera noticia de la sublevación cartagenera, a través de un despacho telegráfico:

*“Un batallón de francos amotinados en Cartagena”*⁹⁴.

Con objeto de salvar la situación, Pi y Margall, intenta llevar a cabo su tercera reforma ministerial, dando entrada a los intransigentes, aunque se prohíbe que se integren en el mismo a **Estévanez**, Cala y Navarrete:

*“Pi formará ministerio izquierda centro. Prohíbe **Estévanez**, Cala y Navarrete.*

*Derecha presentará proposición censura Pi. Créese izquierda y centro unidos desecharánla”*⁹⁵.

⁹⁴ EAM. Edición de 13 de julio de 1873. Partes telegráficas.

⁹⁵ EAM. Edición de 15 de julio de 1873. Partes telegráficas.

Estévanez seguía ostentado el mando de uno de los quince batallones de voluntarios de la república existentes en Madrid, y junto al resto de los comandantes tras mantener una reunión con Pi, presentaron ante las Cortes Constituyentes un manifiesto, en el que se les instaba a acelerar el desarrollo pleno de la República Federal:

“Los que suscriben, los jefes de los 15 batallones de voluntarios de la república de esta capital, acuden respetuosamente al poder soberano del país para manifestar:

Primero: Que hallándose en peligro la libertad, la patria y la república, es deber de todos los republicanos federales, de todos los patriotas, de todos los liberales, acudir unánimes y decididos a conjurar los peligros y salvar la nación española.

Segundo: Que los voluntarios deponen en aras de la república federal sus diferencias, si entre ellos las hubiera, ofreciéndose unánimes para la consolidación de la república, y el establecimiento de la federación.

Tercero: Siendo indispensables las reformas políticas y sociales, la Constitución federal y el restablecimiento del orden para salvar al país, los jefes que suscriben se ofrecen desinteresadamente a marchas a Navarra o

Cataluña para derramar su sangre cual lo hicieron nuestros padres en la guerra civil, combatiendo a los carlistas y a los enemigos todos de la república federal.

Cuarto: Que los jefes de la milicia de Madrid suplican a las Cortes Constituyentes que inspirándose en el más elevado patriotismo, adopten las medidas conducentes a consolidar la república federal español.

*Madrid, 13 de julio de 1873.- Luciano Garrido García; Nicolás **Estévez** y Murphy; Luis Baar Navarro; Ramón Ponce de León; ...”⁹⁶.*

Los gobiernos, primero de Pi y posteriormente de Salmerón, no se fiaban de la actitud de **Estévez**, y de hecho lo tenían bajo una discreta vigilancia. No obstante, el 28 de julio se creía que se había ausentado de Madrid para levantar una partida en las inmediaciones de la capital, aunque la noticia publicada era al parecer falsa:

*“... Anoche se han tomado algunas precauciones sin que al parecer haya temor a que se perturbe el orden. Decíase que el diputado Sr. **Estévez** había salido de Madrid alzándose en rebelión en las inmediaciones al frente de algunos intransigentes, pero la noticia no era cierta y el*

⁹⁶ EAM. Edición de 17 de julio de 1873.

Sr. **Estévanez** asistía hoy a la sesión de las Cortes”⁹⁷.

En el diario de sesiones del 15 de agosto, en plena efervescencia cantonal, el diputado constituyente, don Nicolás **Estévanez** presenta una proposición contra los diputados ausentes de la Asamblea, quedando recogida de la forma siguiente:

*“El Sr. **ESTÉVANEZ** presentó otra proposición contra los diputados ausentes de Madrid, en términos parecidos a los del Sr. Orense (D. Antonio).*

*Declaró que pertenecía a la izquierda y defendió a los voluntarios que querían batirse a sus órdenes contra los carlistas”*⁹⁸.

El día 18 de agosto, **Estévanez** tiene que rebatir determinadas alusiones a movimientos separatistas en las islas Canarias:

*“El Sr. **ESTÉVANEZ** contestó también a varias alusiones, negando terminantemente que en Canarias hubiese*

⁹⁷ EAM. Edición de 2 de agosto de 1873. Crónica del corresponsal en Madrid de 29 de julio.

⁹⁸ EAM. Edición de 19 de agosto de 1873. Crónica desde el hemicycle de las Cortes del 15 de agosto.

separatistas”⁹⁹.

Estévanez permanece en Madrid, corriéndose el rumor a principios de septiembre, cuando la crisis del Gobierno Salmerón era inminente debido a su negativa a firmar condenas de muerte para los acusados por delitos de sangre contra sus mandos, que las fuerzas ciudadanas republicanas lo pensaban nombrar comandante general de la milicia de Madrid, lo cual podía hacer presagiar un grave peligro para el Ejecutivo en el supuesto de que se adhiriera a los planteamientos cantonalistas:

*“Ha oído decir un colega que algunos comandantes de voluntarios de Madrid, piensa nombrar comandante general de la fuerza ciudadana al Sr. **Estévanez**. ¡Pobre Sr. Carmona!”*¹⁰⁰.

Carmona era un brigadier del ejército, jefe de estado mayor de las fuerzas ciudadanas y como tal lo vimos actuar en los sucesos de abril, cuando la sublevación monárquica radical.

La insurrección cubana tuvo sus apoyos desde la metrópoli y de hecho la prensa recogía en el mes de septiembre de 1873, el que le prestaba la izquierda, es

⁹⁹ EAM. Edición de 21 de agosto de 1873. Crónica desde el hemiciclo de las Cortes del día 18 de agosto.

¹⁰⁰ EAM. Edición de 5 de septiembre de 1873.

decirlos republicanos intransigentes, uno de cuyos líderes, no lo olvidemos era don Nicolás:

*“Dícese que la izquierda proyecta pactar con los insurrectos cubanos comisionando a los Sres. Díaz Quintero, Benot y Cala”*¹⁰¹.

El 28 de septiembre entró de guardia el batallón de **Estévanez**. Cuando estaban desfilando de regreso a su acuartelamiento, se profirieron diversos gritos, de oficiales y milicianos en pro de la república federal y vivas a los cantones constituidos. Parece ser que el propio don Nicolás desaprobó los hechos, ordenando arrestar a algunos de los promotores. Este acontecimiento tuvo una enorme repercusión en los medios, sirviendo además de pretexto a las autoridades gubernamentales para disolver el batallón. El corresponsal de “El Avisador Malagueño” en Madrid, así narra lo acontecido en su crónica del 29 de septiembre:

*“Anoche ocurrió un incidente en esta capital que ha sido objeto hoy de muchos comentarios. Entraba de guardia el batallón de voluntarios que manda el Sr. **Estévanez** y desde la carrera de San Jerónimo hasta la calle Mayor, varios oficiales y voluntarios empezaron a dar vivas a la*

¹⁰¹ EAM. Edición de 7 de septiembre de 1873. Partes telegráficas de 5 del mismo mes.

república federal intransigente sin benevolencias, y algunos aseguran que también al cantón murciano y mueras al ministro de la Gobernación.

Esta mañana se cree que el batallón sería desarmado, y el capitán general, Sr. Pavía ha acudido al ministerio de la Guerra por si se le daba la orden de desarmarle”¹⁰².

En la misma edición del diario malagueño, se publicaban algunas noticias referentes al hecho, entre ellas la desaprobación de **Estévanez** a lo acontecido:

*“... Dichas voces no debieron parecer muy oportunas ni convenientes al Sr. **Estévanez**, cuando dispuso que fuesen arrestados algunos individuos del batallón de quienes se cree que partieron los primeros gritos”.*

Así mismo en otro recorte se publica:

*“Parece estar ya acordado el desarme del batallón de voluntarios de la República que manda el Sr. **Estévanez**, por los gritos subversivos que dio”¹⁰³.*

La precariedad del Gobierno Castelar, sucesor del de Salmerón, era bien sensible. El cese de la actividad

¹⁰² EAM. Edición de 2 de octubre de 1873. Crónica del corresponsal en Madrid del 29 de septiembre.

¹⁰³ EAM. Edición de 2 de octubre de 1873.

parlamentaria daba un respiro al ejecutivo para poder atender con mayor prontitud a las sublevaciones cantonales, permaneciendo en aquellas fechas casi exclusivamente las de Levante, principalmente Cartagena, a más de algunas alteraciones de orden público ocasionadas por los internacionalistas.

Madrid contaba con varios miles de voluntarios de la República, bien organizados y armados, en un momento además en que la guarnición de la capital se había tenido que disminuir drásticamente debido a la atención que merecían los focos militares existentes: lucha cantonal, guerra civil en el norte y la guerra de Cuba, por eso el hecho de que los batallones de milicianos se pronunciaran por la intransigencia, constituía un hecho de extrema gravedad que exigía medidas drásticas. Por ello, aparte del desarme y posterior disolución del batallón del barrio de la Latina, es decir el de **Estévanez**, por el ministerio de la Gobernación se emite una circular, con la que se pretende evitar la reunión de fuerzas ciudadanas sin la autorización previa del Gobierno civil de la provincia:

*“... A consecuencia de lo que ocurrió hace tres noches con los voluntarios del batallón del Sr. **Estévanez**, el ministro de la Gobernación va a publicar una circular prohibiendo que se reúnan los voluntarios sin permiso de la autoridad civil y prohibiendo también las*

manifestaciones inconvenientes como la que ocasiona esta determinación ... ¹⁰⁴.

Que don Nicolás **Estévez** era un referente del republicanismo más intransigente es un hecho incuestionable, y sus movimientos son observados tanto por el Gobierno como por los republicanos, prestos muchos de ellos a seguirlo si se decantaba abiertamente por la insurrección armada y por el cantonalismo más exacerbado.

A finales de octubre, **Estévez**, se ausenta de Madrid, sin conocerse exactamente los motivos, pero inmediatamente los rumores se disparan, para unos se dirige a Murcia con objeto de tratar con los cantonalistas cartageneros, y para otros su destino en Despeñaperros, en donde proclamaría el cantonalismo, alzándose en armas como ya hiciera un año antes en 1872:

*“Hemos oído asegurar que el ex ministro de la Guerra Sr. **Estévez**, que salió ayer para la provincia de Murcia, lleva una oficiosa e importante misión, de la cual se abrigan grandes esperanzas”.*

A continuación, el periódico madrileño, del que no se cita

¹⁰⁴ EAM. Edición de 4 de octubre de 1873. Crónica del corresponsal en Madrid del día 2.

el nombre, se pregunta:

*“¿Quiénes serán los que esperan?”*¹⁰⁵.

Hay que conocer la dinámica de los periódicos decimonónicos, totalmente distinta a la actual en la que, por ejemplo, no existían titulares de noticias, no relacionándose el mismo hecho en una página, columna o simplemente compartimentación del diario, sino que podía encontrarse facetas de una noticia en diversas partes del mismo.

De hecho, en la misma edición anterior de “El Avisador Malagueño”, pero en otra página, se podía leer:

*“Algunos periódicos se hacen ecos de muchos rumores como que la insurrección cantonal tuviera eco en Despeñaperros y La Época*¹⁰⁶ *añadía, que el Sr. Estévanez había salido de Madrid.*

*Esta noticia no es cierta, y el Gobierno asegura que no hay motivo alguno para sospechar que los cantonales encuentren apoyo en ningún punto de la península fuera del que ocupan”*¹⁰⁷.

¹⁰⁵ EAM. Edición de 26 de octubre de 1873.

¹⁰⁶ Diario de Madrid.

¹⁰⁷ EAM. Edición de 26 de octubre de 1873.

Para el Gobierno el que **Estévanez** se hubiera propuesto la insurrección en Despeñaperros, era como asegurar el triunfo del cantonalismo y de la anarquía en toda la península, por ello el que el antiguo ministro de la Guerra, siguiera apoyando la acción ministerial era garantía para que la República Federal se instituyera a través de los cauces que en el propio ideario republicano se habían establecido, y que se había plasmado en el proyecto de Constitución Federal que se había presentado a las Cortes.

Los monárquicos que ya conspiran abiertamente contra el régimen republicano, hacen correr los rumores sobre las actividades de **Estévanez**, publicándose en el diario madrileño “La Discusión”:

*“No es cierto que se note agitación en la comarca de Despeñaperros, ni que el señor **Estévanez** haya salido de Madrid, como dicen los periódicos conservadores. Es más, el Sr. **Estévanez** desaprueba todo movimiento insurreccional”* ¹⁰⁸.

Después de la incertidumbre sobre la salida de Madrid de **Estévanez**, “La Gaceta popular”, otro diario madrileño, publica:

¹⁰⁸ EAM. Edición de 28 de octubre de 1873.

*“El señor **Estévez** se encuentra actualmente en Portugal. No falta quien atribuya ciertos fines políticos a su viaje”*¹⁰⁹.

La prensa también se hace eco de otro acontecimiento relacionado con don Nicolás, en concreto un duelo que se fraguó cuando era ministro de la Guerra con el general Socías a la sazón capitán general de Madrid, por unas declaraciones de éste en contra de aquel:

*“El lance pendiente entre un ministro y un general no creo que se lleve a efecto. Los interesados son los Sres. **Estévez** y Socías y la causa un discurso que este último pronunció contra el primero cuando el Sr. **Estévez** era ministro de la Guerra. La causa de esta cuestión es tan vieja que nadie se acordaba ya de ella”*¹¹⁰.

Tanto de la pluma de don Benito Pérez Galdós como de las informaciones de prensa, se puede constatar que **Estévez**, siendo revolucionario, republicano y federal, como forma de alcanzar la utópica anarquía, si bien preconizaba la insurrección armada para llegar a la instauración del régimen republicano, consideraba, al

¹⁰⁹ EAM. Edición de 4 de noviembre de 1873.

¹¹⁰ EAM. Edición de 4 de noviembre de 1873. Crónica del corresponsal den Madrid del 2 de noviembre.

menos en aquellos años de su vida, que a partir de ese momento todo debería hacerse de acuerdo con la ley, es decir promulgación de la Constitución Federal y a continuación la proclamación de los distintos estados cantonales, conforme en el texto fundamental se preveían. Una revolución de arriba hacia abajo, nunca al revés, porque ello era sinónimo de violencia y desorden, que desacreditaban la República tanto a los ojos de muchos españoles, como a las potencias que la tenían que reconocer.

Dentro de este contexto internacional se encuentra, inmersa en la problemática cubana, la cuestión del “Virginius”, buque filibustero que apoyaba a los independentistas cubanos y que transportaba armas, municiones, para la lucha contra España y, algunos líderes de la independencia, entre ellos el hijo del “presidente Céspedes”. El buque fue apresado en aguas internacionales, la tripulación detenida, los cubanos juzgados sumariamente y fusilados al amanecer.

Como en el caso de los estudiantes cubanos en 1871, la opinión del Gobierno llegó tarde, cuando ya se había fraguado la tragedia.

Las consecuencias internacionales no se hicieron esperar. El Gobierno de los Estados Unidos, con el

presidente Grant a la cabeza, declaró solemnemente que se había agredido a un buque de bandera norteamericana en aguas internacionales, exigiendo la devolución del barco y el castigo de las autoridades culpables del latrocinio.

Un libro se podría escribir de este litigio internacional, motivado exclusivamente por la debilidad del Gobierno español, con cero de credibilidad en el contexto de las naciones.

La debilidad de una nación no sólo se manifiesta por su poco peso en los asuntos exteriores, sino también por las discrepancias con respecto a ellos de los distintos grupos políticos. En este sentido los republicanos intransigentes se muestran muy en contra de las medidas tomadas, criticando abiertamente las mismas y exigiendo una reparación al pueblo cubano.

En este sentido puede decirse que la aportación de don Nicolás **Estévez** y Murphy a la causa cubana fue inestimable, porque criticó con toda crudeza las medidas tomadas, aunque su tesis no fue defendida por casi ningún medio de comunicación social ni partido político. En el diario “El Pueblo” se publicaban:

“Dícese que el presidente de la Asamblea española y el jefe del Gobierno español supieron con dolorosa sorpresa

la inutilidad de sus disposiciones para evitar la ejecución de los filibusteros del Virginius, y con profunda pena el fusilamiento de aquellos enemigos de España.

*Tal asegura bajo su firma D. Nicolás **Estévanez** y Murphy, y tal creemos. Lo que no comprendemos, en verdad, es que no hayan llorado la muerte de los federales americanos y mandados hacerles unos fastuosos funerales a costa del erario español.*

¡Cuánta ignominia!”¹¹¹.

Pérez Galdós hace expresa mención a este enojoso asunto, sin que sea **Estévanez** el protagonista, siendo el ficticio Tito Liviano, aunque como se ha expuesto en alguna otra ocasión, este personaje, en esta última serie de los Episodios Nacionales, no es único, sino que a veces encarna al propio novelista y otras a diversos protagonistas de la historia, entre ellos **Estévanez**, al que sin duda está dedicado esta escena última del caso Virginius, en esencia muy parecida al fusilamiento de los estudiantes de medicina en 1871:

“Por último, andando ya la noche, me atormentó la visión o pesadilla del caso del Virginius, que fue uno de los

¹¹¹ EAM. Edición de 18 de noviembre de 1873.

temas tocados en la tertulia del café.

Dicha nave, arbolando bandera americana, fue apresada en aguas de Jamaica por nuestra goleta Tornado. Llevaba gran número de filibusteros, norteamericanos, ingleses y españoles, dispuestos a desembarcar en la Gran Antilla para favorecer la guerra contra España. Conducidos a Santiago de Cuba los tripulantes y pasajeros del barco insurgente, fueron fusilados la mayor parte de ellos, contraviniendo las órdenes de Castelar al Capitán General Jovellar para que no se aplicara la pena de muerte sin dar antes cuenta al Gobierno de Madrid. Ante la horrenda tragedia de Santiago de Cuba, desperté en mi cama dando gritos atroces: «¡Teneos, bárbaros! ¡No fusiléis!... ¡A mí!... ¡Socorro!... ¡Clemencia!...».

A mis voces acudió Ido del Sagrario en paños menores, alumbrado de un candilejo, y me dijo: «¿Qué es eso, señor don Tito? ¿Qué le pasa?».

- Que están fusilando a los del Virginus -repliqué yo sentándome al borde del lecho-. Los tiros me han dejado sordo.

- ¿Pero está usted en Babia? -murmuró mi patrón temblqueando de frío-. Lo del Virginus está arreglado hace ya la mar de días, según dijeron los papeles.

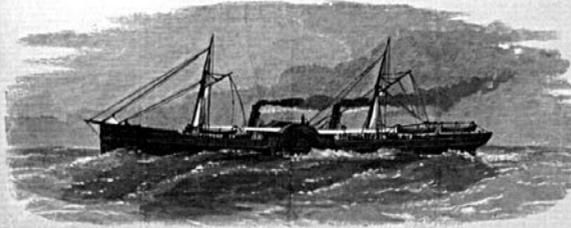
- No, no -exclamé yo lanzándome en pernetas a recorrer la estancia-. En este cuarto estaban conferenciando ahora Castelar y míster Sickles. Todavía estoy oyendo el traqueteo de la pata de palo que gasta el Ministro de los Estados Unidos. De aquí pasó don Emilio al cuarto de usted. Bien claro dijeron que es inevitable la guerra con la República Norteamericana. ¡Jesús, qué calamidad! ¡Jesús, qué desastre! ¡Pobre país, pobre España!

Con no poco esfuerzo me tranquilizó Ido, haciéndome volver a mi camastro. La cuestión del Virginius era ya cosa vieja. Castelar y el cojo Sickles arregláronla con los bartolillos y bizcochos borrachos que usa la diplomacia...”

112.

Este problema fue el más delicado al que se enfrentó el presidente Castelar, solventado, tras una serie de humillaciones y dejaciones de autoridad, cuya única contrapartida fue el reconocimiento de la República por parte del Gobierno de Estados Unidos, reconocimiento efímero, porque dos meses más tarde, la propia República caería bajo el pronunciamiento del general Pavía, Capitán general de Madrid.

¹¹² PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. De Cartago a Sagunto*. Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1979. Pág. 4605



THE "VIRGINIA" AT SEA.—(FROM A DRAWING BY J. CROSS DRYDEN.)



FITTING OUT THE MONITOR "MANHATTAN" AT THE PHILADELPHIA NAVY-YARD.—(DRAWING BY THOS. R. DAVIS.)



LAUNCH OF THE NEW TORPEDO-BOAT AT THE BROOKLYN NAVY-YARD.—(DRAWING BY C. A. KERRICK.)
THE SPANISH BUTCHERY.—[See Page 1060.]

"La carnicería española" 29 de noviembre de 1873 ilustraciones pictóricas de Harper's Weekly sobre la respuesta naval de los Estados Unidos al ataque español contra Virginius durante la insurrección cubana de 1868-1878.

Como último colofón de la España cantonal, a finales de noviembre, los más promiscuos líderes republicanos federales, publican una “Protesta” a la Mesa de las Cortes, o bien se diría a su Diputación Permanente, ya que las Cortes tenían cerrados el período de sesiones. La inserción de su nombre en esta protesta fue la última vez, al menos en la prensa investigada, que don Nicolás **Estévanez** fue protagonista de un acontecimiento republicano, se ven en la enojosa y triste necesidad de:

“Los diputados que suscriben, miembros de la minoría republicana, izquierda de la Asamblea Constituyente, se ven en la hinojosa y triste necesidad de dirigir a la Mesa de las mismas Cortes una protesta dura sobre la perniciosa política que viene siguiendo el Poder Ejecutivo, no sólo contraria a las aspiraciones del partido republicano, sino también a los más naturales de humanidad y justicia.

Ya sabían los diputados verdaderamente federales, que el Gobierno en mal hora nombrado, daría fuerzas a la reacción poniendo a la República a los pies de sus enemigos; pero no sospecharon el primer momento que tan torpe conducta pudiera ser el resultado de una determinación deliberada y de una confabulación repugnante, ni menos pudieron imaginar que con su voluntad y conocimiento se deseaba, no ya poner a la

República a los pies de sus enemigos, sino lo que es más odioso, ponerla ensangrentada.

Una serie de actos dimanados del Gobierno, prueban el propósito de suscitar un conflicto en la capital de la nación, actos rebuscados que sería pueriles si no tuvieran fon de saña; actos que, por otra parte, están conformes con los que practican los delegados del Poder ejecutivo en todas las provincias españolas.

Vivimos en un período de tiranía en que está vejada la prensa, la libertad a merced de los procónsules, la vida en manos del verdugo y la República deshonrada por actos que la comprometen en el concierto de las naciones civilizadas; y como si esto no fuera bastante, todavía el Gobierno desarma en Cataluña a los republicanos que aún tienen abiertas las heridas que recibieron de los carlistas, y provoca en Madrid a los voluntarios de la República, como si buscara la rebeldía para recrearse en una represión sangrienta.

Los diputados que suscriben protestan una vez más de la conducta del Gobierno, y lo señalan al país como responsable de las desdichas que están afligiendo a la República y han de herir el corazón de la patria.

Por todas estas consideraciones creen cumplir un deber ineludible dirigiéndose como lo hacen por medio de esta

comunicación protesta, a la Mesa de las Cortes, excitado su celo para que acuerde, si lo tiene a bien, la inmediata reunión de las mismas, como único medio, en su concepto, de salvar la libertad y la República federal, que todos han votado.

*Palacio de las Cortes a 18 de noviembre de 1873.- José María Orense.- Nicolás **Estévanez**.- Francisco Palacios...
.- Emigdio Santa María”¹¹³.*

Tras esta protesta ante la Mesa de las Cortes, se hace el olvido oficial sobre la figura de don Nicolás **Estévanez**, al menos durante el período de transición en que fue España República presidencialista, bajo el general Serrano, teniéndose que recurrir de nuevo a la figura de don Benito Pérez Galdós para conocer sus vivencias.

¹¹³ EAM. Edición de 22 de noviembre de 1873.

CAPÍTULO XII

EL FINAL DE UN SUEÑO

Después de una revolución que pretendía ser regeneradora de la sociedad española; tres sublevaciones republicanas que intentaron instaurar la República como forma de gobierno en base al alzamiento popular; una abdicación traumática, que cerraba las puertas a todo tipo de monarquía y que abocaba irremediabilmente a la República; un enfrentamiento con el ejército que había apoyado la revolución, pero que deseaba que los avances sociales y económicos lo fueran en sus ajustados cauces; un empecinamiento en catapultar a las más altas cotas de la jerarquía militar a oficiales que su único mérito era el medrar en un republicanismo militante; una cruenta guerra de emancipación en la isla de Cuba, teñida de tintes civiles, con crueles heridas que tardarían años en cicatrizar; una guerra civil entre españoles, no ya marcado en el horizonte ideológico del absolutismo y del liberalismo, sino entre la anarquía y el orden; una sublevación monárquica radical, cuya única pretensión era seguir detentando un determinado poder; y por último un desgarramiento de la unidad de España sobre la base de un cantonalismo primitivo que pretendía que cada pueblo fuera soberano en sus planteamientos y relaciones con

los demás y que el Estado fuera exclusivamente un poder moderador; después de todo lo anterior, el ejército, harto de tanto desatino, se pronunció en Madrid por boca de su Capitán general, el general Pavía y Rodríguez de Alburquerque, por la moderación, por la continuidad republicana, pero en el orden que deben ser el sustento de las naciones civilizadas, disolviendo una Asamblea que más que una caja de resonancia del sentir parlamentario español, parecía una jaula de grillos, sin ningún contacto con la realidad social del país.

Un Gobierno provisional presidido por el duque de la Torre, tres por el general Prim, uno por el almirante Topete; siete gobiernos en los dos años de la monarquía de Amadeo de Saboya, dos presididos por Serrano, dos por Ruiz Zorrilla, dos por Mateos Sagasta y uno por Malcampo, y seis gobiernos republicanos, dos presididos por Figueras, dos por Pi y Margall, uno por Nicolás Salmerón y otro por Castelar, en total dieciocho gobiernos en menos de seis años. Unas Cortes constituyentes en 1869, tres legislaturas bajo la égida de esta Constitución, presididas por Serrano, Sagasta y Ruiz Zorrilla; una Asamblea Nacional por la proclamación de la República, y unas Cortes constituyentes republicanas en 1873. Este es el balance de la incertidumbre política del llamado Sexenio Revolucionario, período de la historia de España que más ilusión regenerativa provocó y que en mayor

desilusión degeneró.

A la postre todos se echaron las culpas del fracaso, pero en realidad todo fue causado por la falta de generosidad de los españoles, más que ellos por los políticos que los representaban, los cuales en ningún momento tuvieron en cuenta el bien del pueblo, sino que siempre premiaron a sus tendencias partidistas sobre el ideal nacional.

Puede que don Nicolás **Estévanez** y Murphy fuera una excepción a la regla, primero porque como militar, sentía a España en su conjunto, sin que por ello dejara de reconocer a las patrias locales de cada uno, para él, por supuesto las islas Canarias; segundo porque siendo anarquista por convicción, consideraba que su planteamiento era utópico, al menos en cuatro o cinco siglos, por lo que se decantaba por la República federal; y tercero porque habiendo luchado, hasta la insurrección armada, por el régimen republicano, no aceptó el planteamiento cantonal, al considerar que se menoscaba el bien común, potenciando la insolidaridad que debían tener entre sí los estados cantonales.

A partir del momento que la idea de República, al menos la concebida por **Estévanez**, se encuentra herida de muerte, nuestro personaje se siente deprimido y fracasado, describiéndolo de esta forma el insigne Galdós

cuando relata los últimos momentos del régimen.

“En diferentes grupos, donde encontré amigos muy queridos, pude oír el retumbar horrísono de la tempestad que se aproximaba. Salmerón, ya muy esquinado con el Gobierno, estimando el Modus Vivendi episcopal supremo error y violación del credo republicano, escogió este tema para cantarle a Castelar el De profundis y dar con él en tierra.

Una Comisión de diputados se acercó a don Nicolás, rogándole que depusiera su actitud contra el Gobierno. Más no lograron rendir la tenacidad del filósofo, que condensó su negativa en esta implacable sentencia: Sálvense los principios y perezca la República. Tal fue el segundo relámpago deslumbrador que me anunciaba el rápido avance de la tormenta. El espantable fallo del Presidente de las Cortes arrancó lágrimas a los leales republicanos que más de una vez jugaron su vida en las conspiraciones y en las barricadas.

No queriendo abandonar el Congreso entre la sesión de la tarde y la de la noche tomé un pisco-labis en la Cantina con Martínez Pacheco, Castañeda, Olías, Morayta. Éste nos dijo que el voto de gracias al Gobierno, que presentaron a primera hora de la tarde, se discutía calurosamente. Castañeda refirió que estando aquella

mañana en la casa de Castelar, calle de Serrano, don Fernando Álvarez, pariente del gran tribuno, y otros amigos allí presentes, aconsejaron al Presidente del Poder Ejecutivo que se resolviera a dar el golpe de Estado. Don Emilio contestó que su honor rechazaba no sólo la idea, sino hasta la frase golpe de Estado, y que a las Cortes iría sin vacilar, afrontando todo lo que pudiera ocurrir.

Martínez Pacheco, uno de los políticos más ligados al jefe de la Situación, nos contó sigilosamente que Castelar había conferenciado con Pavía en el despacho de la Presidencia para informarle de los rumores por todos oídos de que intentaban sublevarse contra las Cortes Soberanas. El General lo negó en redondo. Don Emilio entonces le exigió palabra de honor de que decía verdad. Pavía, dando su palabra, dijo textualmente: «Jamás, jamás me sublevaré yo ejerciendo mando». Oído esto convinimos todos en que no había peligro por aquel lado. Don Manuel Pavía y Alburquerque, ayudante de Prim, tuvo siempre estrechas relaciones con los republicanos y era el General que más confianza podía inspirar a todos.

En la sesión nocturna se fue avivando el debate, no sé si sobre la proposición de Morayta y Olías o la indispensable de No ha lugar a deliberar. Subí a la tribuna de la Prensa y oí discursos de los conservadores favorables al

Gobierno. Romero Robledo dijo que habiendo apoyado a Pi y Margall y a Salmerón cuando eran Poder, no podía negar su voto al Gabinete Castelar. En el propio sentido habló don Agustín Esteban Collantes, que sintetizó su pensamiento en esta frase feliz: «Si un regimiento de Granaderos entrase por esas puertas y se hiciese dueño del Poder, yo sería de los vencidos, ya triunfasen las turbas, ya los Granaderos...». Relámpago intenso que me hizo cerrar los ojos.

Defendió al Gobierno, entre otros, el eximio catedrático don Francisco de Paula Canalejas, que fijó la cuestión política en estos precisos términos: «Si el Ministerio debe caer, es preciso sepamos cuál es la solución que ha de sustituirle». Atacaron, sin acritud Benítez de Lugo, y con sin igual dureza Corchado y Labra, quienes intentaron presentar a Castelar como sospechoso a los republicanos. No pudiendo formar Gobierno ningún hatu suelto del rebaño parlamentario, se imponía un Gabinete sintético o de conciliación; pero como era imposible armonizar la Izquierda con el Centro, y la Derecha con los Intransigentes, resultaba un embrollo de todos los diablos o un nudo que los dedos más hábiles no podrían deshacer.

En esto sonó el primer trueno de la ya inminente tempestad. Salmerón, que había dejado la silla

presidencial, soltó en un escaño próximo al reloj el raudal de su elocuencia altísona y majestuosa. Sus negros ojos fulgurantes, su lucida estatura y la solemnidad de sus ademanes, completaban el mágico efecto del orador sobre sus embelesados oyentes. Mostróse ufano de haber contribuido a formar la Derecha, que definió de este modo: «Partido eminentemente republicano, esencialmente democrático en los principios, radical en las reformas, pero conservador en los procedimientos; partido de paz, de orden, de imperio, de ley, de autoridad». A mi lado, los periodistas, comentando estas palabras, dijeron que la Derecha no la había formado Salmerón con sus vacilaciones, sino Castelar con su continua propaganda. Don Emilio era el representante legítimo y autorizado de la Derecha.

Prosiguió el filósofo sosteniendo que Castelar había roto la órbita de la política conservadora, y trató de probarlo exponiendo vagas generalidades acerca del Ejército, del partido conservador monárquico, de reformas administrativas y de economía de los gastos públicos, sin aludir ni por asomo a la cuestión de los obispos, móvil, según creíamos, de aquella gran borrasca. Se guardó muy bien de indicar cuáles eran las economías y reformas administrativas que, según él, debió Castelar implantar y no lo hizo. Tampoco dijo nada que permitiese apreciar la diferencia entre las disposiciones referentes al Ejército

dictadas por don Emilio y las que él adoptó en el período de su mando.

Las únicas afirmaciones, por cierto nada tranquilizadoras, del orador fueron éstas: «Soy inhábil, soy incapaz para el Gobierno mientras las actuales condiciones no cambien: ni pretendo, ni demando, ni acepto el Poder. Si no es posible salvar la situación presente dentro de la órbita del Partido Republicano, antes que romperla nosotros con mano sacrílega, digámoslo a la faz del país; declaremos que no es posible gobernar con nuestros principios, con nuestros procedimientos: así quedará nuestra conciencia tranquila de no haber profanado el Poder, de no haber hollado nuestras sagradas convicciones».

Aunque no sonaron fuertes aplausos, las señales de asentimiento que advertimos en toda la Cámara, nos demostraron que había herido gravemente al Gobierno el discurso del filósofo sin realidad, según la sabida frase castelarina. Había llegado el momento supremo. El Presidente del Poder Ejecutivo se levantó arrogante, ansioso de mostrar en aquel torneo la pujanza de su nombre, de su elocuencia y de su honor, como jefe de la democracia gubernamental.

Empezó su discurso el inmenso tribuno con estos ardientes apóstrofes: «Soy sospechoso al Partido

Republicano porque le digo que él solo no puede salvar la República; porque le digo que está hondamente dividido y perturbado; porque le digo la verdad, como se la dije a los Reyes, y añado que no gobernará como no condene enérgicamente y para siempre a esa demagogia». (Señalando a la extrema izquierda.)

Fijó luego su significación gubernamental, constante en su vida pública. Sostuvo que nada hizo en el Gobierno que no hubiera defendido en la oposición y expuesto en su programa al ser elevado al Poder. Notó los servicios prestados por él a todos los Gobiernos de la República, de quienes fue ministerial ardiente aun sin compartir sus opiniones, por no mermarles autoridad. Luego prosiguió así: «Tenemos todo lo que hemos predicado. Tenemos la Democracia, tenemos la Libertad, tenemos los Derechos Individuales, tenemos la República. Dos reformas no más necesitamos: la primera es la separación de la Iglesia del Estado; la segunda es la abolición de la esclavitud en Cuba».

El relampagueo y troncío continuaban, con fulgores y sonidos más próximos. Un diputado interrumpió: «¿Y la Federal?». Don Emilio repuso con acento iracundo: «Eso... eso es organización municipal y provincial. Ya hablaremos más tarde; no merece la pena. ¡El más federal tiene que aplazarla por diez años!». En los bancos

de la Intransigencia produjeron enorme tumulto las frases del tribuno. Una voz dijo: «¿Y el proyecto de Constitución?». Castelar lanzó esta respuesta fulminante: «Le enterrasteis en Cartagena». (Sensación profunda en la Cámara y contradictorias manifestaciones.)

El Jefe del Gobierno puso término a su discurso con estas palabras: «El Partido Republicano tiene que transformarse en dos grandes partidos: uno de acción, progresivo, muy progresivo, a quien le parezcan estrechas y mezquinas nuestras ideas; y otro pacífico, nada de dictatorial, nada de autoritario, nada de arbitrario; legal, muy legal, demócrata, muy demócrata, pero con grandes instintos de consolidación y conservación... Mi política es la natural y podréis maldecirla, pero no sustituirla, porque ante la guerra no hay más política que la guerra».

Sin más dimes y diretes, porque Salmerón no rectificó y las Izquierdas olfateando su triunfo no quisieron perder el tiempo, se dio por concluso el debate. ¡A votar, a votar! Derrotado por 120 votos contra 100, Castelar entregó a la Mesa la dimisión de todo el Gobierno... Aprobóse la proposición de costumbre para elegir por papeletas firmadas un nuevo Ministerio con las mismas facultades conferidas a los anteriores, y se suspendió la sesión por más de dos horas para que los diputados se pusieran de

acuerdo... Bajé de la Tribuna con mis amigos periodistas, y en los pasillos y Salón de Conferencias oímos ardorosos comentarios de la votación.

*Alguien censuró con acritud a Figueras porque, si personalmente se abstuvo, ordenó a sus parciales que votaran contra el Gobierno. También votaron en contra Salmerón y sus adeptos, el Centro, la Izquierda y los Intransigentes. Al lado de Castelar estuvieron, a más de sus amigos, seis monárquicos y los Unitarios. Hallándome yo en medio de aquel laberinto me encontré de improviso en los brazos de **Estévanez**. «Pero don Nicolás -le dije-, ¿qué es de su vida de usted? No le he visto en los escaños». Y él, con semblante triste y voz apagada, me contestó: «No he venido más que a votar y me largo a escape. Mi suegra acaba de morir. Adiós».*

Avanzaba la noche. Ya habían caído en las honduras del tiempo pasado las horas del 2 de Enero de 1874 y entrábamos en la madrugada del 3. La votación por papeletas se deslizaba lenta, triste, cadenciosa y somnífica, reproduciendo en los espíritus la pesadez atmosférica de la tempestad que sobre el Congreso se cernía. En los aires sobrevino el silencio lúgubre que precede a los grandes estallidos de la electricidad. No vean mis lectores en esto más que un fenómeno subjetivo, producto de mi caldeada imaginación. La

tempestad no estaba en los aires sino en la Historia de España.

A una hora que debía de ser molesta para los trasnochadores más empedernidos, las cinco o las seis de la madrugada, terminó la parsimoniosa votación para elegir nuevo Gobierno, y se dio comienzo al escrutinio con prolijos trámites a fin de garantizar la más escrupulosa exactitud. En esto estábamos cuando retumbó sobre nuestras cabezas un trueno formidable. Retembló el edificio, se estremecieron todos los corazones, vibraron todos los nervios... Subió Salmerón a la Presidencia y demudado, lívida la faz, centelleantes los ojos, dijo solemnemente estas fatídicas palabras: «Señores diputados: hace pocos momentos he recibido un recado u orden del Capitán General de Madrid -creo que debe ser ex-Capitán General-, quien por medio de sus ayudantes nos conmina para que desalojemos este local en un término perentorio».

El rayo corrió por toda la Sala en menos de un segundo, levantando a muchos de sus asientos, y oyéronse estas voces: «¡Nunca!, ¡nunca!». Pareciome que en aquella fracción de segundo los pupitres, los divanes, los candelabros, las luces de gas, las pinturas y adornos, los nombres grabados en las lápidas conmemorativas y hasta los mudos maceros gritaban también ¡Nunca!

Tratando de imponer silencio, Salmerón prosiguió así: «¡Orden, señores diputados! La calma y la serenidad no deben apartarse de los ánimos fuertes en circunstancias como ésta... Me ha dicho el Capitán General que si no se desaloja el Congreso en plazo perentorio lo ocupará a viva fuerza... Yo creo que es lo primero y lo que de todo punto procede...». Espantoso tumulto ahogó la voz del orador. Algunos vociferaban: «¡Esto es una indignidad, una villanía! ¡Esto es una traición infame!». El Presidente, en tanto, gritaba con voz estentórea: «¡Orden, señores diputados, sírvanse oír la voz...!». Continuó el tumulto con creciente estruendo. Varios Intransigentes, en pie sobre sus escaños, gesticulaban y decían: «Calma, señores, mucha calma». Don Eduardo Chao exclamó: «¡Esto es una cobardía miserable!». Y el filósofo don Nicolás, reiterando sus exhortaciones, exclamaba a grito herido: «¡Orden, orden, señores diputados! Vuelvo a recomendar la calma y la serenidad. Sírvanse oír...». Pero nadie le oyó.

Cuando por agotamiento físico se hizo un poco de silencio, prosiguió Salmerón: «El Gobierno presidido por el ilustre patricio don Emilio Castelar es todavía Gobierno y sus disposiciones habrá adoptado ya. Entre tanto, yo creo que debemos seguir en sesión permanente, y seremos fuertes para resistir hasta que nos desalojen por la violencia dando un espectáculo que, aun cuando no sepan apreciarlo en lo que vale aquellos que sólo pueden

conseguir el triunfo por ciertos medios, las generaciones futuras sabrán que los que éramos adversarios ahora hemos estado unidos para defender la República». Varios padres de la Patria exclamaron: ¡Todos! ¡Todos! Y el Presidente contestó: «No esperaba yo menos, señores diputados: ahora seremos todos unos».

En los escaños retumbó el estruendoso clamor de ¡Todos somos unos! ¡Todos somos unos para defender la República! Al oír esto no pude contenerme. Se me encendió la sangre, y con toda la fuerza de mis pulmones lancé al hemicycle estas palabras: «¡A buenas horas mangas verdes! Majaderos fuisteis; sed ahora ciudadanos y dejaos matar en vuestros asientos». En el espantoso vocerío perdiéronse mis apóstrofes. Muchos diputados daban vivas a la Soberanía Nacional, a la Asamblea y a la República. Salmerón echó el resto de su potente voz con estas frases rotundas: «Se han borrado en este momento todas las diferencias que nos separaban. Borradas estarán hasta tanto que no quede reintegrada esta Cámara en la representación de la Soberanía Nacional...». Otra vez, sintiéndome coro, grité burlescamente: «¡Tarde piache!». Mi comentario familiar quedó ahogado en el estrépito de los aplausos que corearon la vibrante protesta del gran metafísico.

Tocó la vez a Castelar, que dijo: «Yo creo que la sesión

debe seguir como si no sucediese nada fuera de esta Cámara. Puesto que aquí tenemos libertad de acción, continuemos el escrutinio, sin que por eso el Presidente del Poder Ejecutivo tenga que rehuir ninguna responsabilidad. Yo he reorganizado el Ejército; pero lo he reorganizado no para volverse contra la legalidad, sino para mantenerla». Frenéticos aplausos interrumpieron al colosal tribuno, que terminó de esta manera: «Ya, señores diputados, no puedo hacer otra cosa que morir el primero con vosotros». (Inmensa emoción. Muchos se abalanzaron a abrazarle.)

Don Eduardo Benot se puso en pie, y rojo de ira gritó: «¿Hay armas? Vengan. ¡Nos defenderemos!».

Salmerón: Sería inútil nuestra defensa y empeoraríamos nuestra causa.

Una voz: ¡Quia; ya no se puede empeorar!

Salmerón: Digo que nosotros nos defenderemos con aquellas armas que son las más poderosas en estos momentos: las de nuestro derecho, las de nuestra dignidad, las de nuestra resignación para recibir semejantes ultrajes.

Castelar: Pero una cosa hay que hacer...

Un diputado: ¡Que se dé un Voto de confianza al Ministerio que ha dimitido!

Castelar: De ninguna manera; aunque la Cámara lo acordase, este Gobierno no puede ser Gobierno, para que no se dijera nunca que había sido impuesto por el temor de las armas a una Asamblea Soberana. Lo que está pasando me inhabilita a mí perpetuamente para el Poder.

Varios diputados: ¡No, no, que te creemos leal!

Castelar: Así es, señores diputados, y a mí me toca demostrar que yo no podía tener alguna parte en esto. Aquí, con vosotros los que esperéis, moriré y moriremos todos.

Benot: Morir, no: vencer.

Chao: Ruego, señores diputados, que se expida un Decreto declarando fuera de la ley al General Pavía, sujetándole a un Consejo de guerra... y si es necesario desligando a sus soldados del deber de la obediencia.

Fernández Castañeda: ¡Farsa! ¡Qué Decreto ni qué garrambainas! Si no disponemos ni de un cabo y cuatro soldados para que nos defiendan ¿cómo vamos a exonerar a nadie?

(Sánchez Bregua extiende y firma el Decreto. Varios diputados solicitan ser ellos quienes lo entreguen a Pavía.)

Calvo y Delgado: (Despavorido. Penetrando en el Salón.) La Guardia Civil entra en el edificio, pregunta a los porteros la dirección de esta Sala, y dice que se desaloje en el acto, de orden del Capitán General.

Benítez de Lugo: Que entre, y todo el mundo a sus asientos.

Salmerón: Ruego que sólo esté en pie el señor diputado que se halle en el uso de la palabra.

Benítez de Lugo: Yo que en esta misma sesión he consumido un turno contra la política del señor Castelar, pido que en este momento la Cámara entera le dé un Voto de Confianza.

Castelar: Ya no tendría fuerza y no me obedecerían.

Salmerón: No tenemos más remedio que sucumbir ante la violencia, pero ocupando cada cual su puesto. Vienen aquí y nos desalojan. ¿Acuerdan los señores diputados que debemos resistir? ¿Nos dejamos matar en nuestros asientos?

Muchas voces: ¡Sí, sí, todos!

(Algunos padres de la Patria desfilan silenciosos hacia las puertas altas que dan al pasillo curvo.)

Castelar: Señor Presidente. Yo estoy en mi puesto y nadie me arrancará de él. Yo declaro que aquí me quedo y que aquí moriré.

Un diputado: ¡Ya entra la fuerza en el Salón!

Unos: ¡Qué vergüenza!

Otros: ¡Qué escándalo!

Varios: Soldados: ¡Viva la República Federal! ¡Viva la Asamblea Soberana!

Aparecieron por la puerta de la izquierda soldados con armas. Su aire era tímido, receloso. En su actitud se conocía que traían orden de no hacer daño. La grandeza del Salón, la muchedumbre de personas, las voces airadas, les mantuvieron un instante en cierta perplejidad... ¡Pobres hijos de España! ¡Y os sacaron de vuestros hogares para consumir tal crimen!... Algunos diputados se abalanzaron hacia la tropa, agrediéndola con sus bastones y tratando de desarmarla. Entre aquel torbellino se abrió paso el Coronel de la Guardia Civil,

señor Iglesias, alto, viejo, de blanco bigote y aire muy militar. Tricornio en mano subió a la Presidencia y habló con Salmerón. Tanta gente se arremolinaba en el alto estrado, que no pude distinguir la actitud de don Nicolás ante el embajador de la fuerza bruta. Diputados, ujieres, taquígrafos, se entremezclaban y corrían de un lado para otro en espantosa confusión. Sólo permanecían en sus puestos, rígidos y mudos, los maceros, como esos heraldos de piedra que decoran los regios sepulcros.

En esto sonó en los pasillos un tiro. Luego otro y otros... Terrible pánico. Por la puerta de la derecha salieron del Salón de Sesiones muchos diputados: unos para evadirse lindamente; otros para ver lo que ocurría entre la calle y el Salón de Sesiones. A escape bajé yo de la Tribuna. En el pasillo de la Orden del Día vi que la tropa se limitaba a indicar con la mano a los padres de la Patria la puerta de salida. Algunos de los que habían jurado dejarse matar dentro del Congreso antes de rendirse al imperio de la fuerza, recogieron sus prendas de abrigo en el guardarropa y ganaron cabizbajos y silenciosos la calle de Floridablanca. En cambio, los más exaltados trataban de imponerse a los militares con razones iracundas y argumentos contundentes.

Allí presencié una escena, que refiero para que se vea que la elevación de sentimientos no dejó de manifestarse

en los incidentes de aquella memorable escena histórica. Emigdio Santamaría, hombre fornido, corto de talla pero de fuerza hercúlea, arrebató su fusil a un sargento de Infantería, en el pasillo circular. Consternado y casi lloroso quedó el pobre sargento, considerándose sin honra por verse inerme e indefenso. Como ya he dicho, tanto él como sus compañeros tenían orden de no agredir a ningún diputado... En esto intervino Antonio Fernández Castañeda, representante de Santander en aquellas Cortes, el cual disipó la ira acometedora de Santamaría con estos conceptos de Patria y Humanidad que fielmente copio: «Amigo Emigdio, no tenemos medios hábiles para sostener nuestro derecho. Tristísimo es decirlo, pero ya no hay para nosotros más recurso que salir y callar, esperando el fallo de la Historia. Lo que usted hace es una locura sin más consecuencia que perjudicar a este pobre muchacho. ¡Devuélvale usted su fusil!». Emigdio Santamaría, apagando los últimos resoplidos de su furia, entregó el arma al sargento, que, con voz empañada por la emoción, dijo: «Gracias, gracias, caballero».

No era ésta la única prueba que de su comedimiento y claro juicio dieron los buenos chicos del Ejército. Obedecían a los autores de aquella infamia sin desconocer que escarneaban a la Patria y pisoteaban las Leyes.

Colándome en el Salón de Sesiones vi a don Nicolás ponerse el sombrero y descender pausadamente de la Presidencia, seguido de los graves maceros. En el banco azul, Castelar, con semblante dolorido y actitud de suprema consternación, permanecía en su sitio como un estoico que apura el cumplimiento del deber hasta el último instante. Rodeábanle sus amigos más adictos y cariñosos. Dirigí una mirada al hemiciclo, y la soledad de los escaños me dio la impresión del hielo de la muerte. Lucían los mecheros de gas como funerarias antorchas... Ya iban palideciendo ante la claridad tenue del alba que por la claraboya cenital tímidamente penetraba...

Por fin, los fieles adeptos del gran tribuno consiguieron arrancarle de su asiento, y sacarle de la Cámara ardiente al pasillo. Abrieron paso respetuoso los militares... La que podríamos llamar procesión de duelo se dirigió hacia la escalera y salida de la calle del Florín. Seguí yo detrás, atraído por la solemnidad del suceso y por la figura de Mariclío, que creí distinguir junto a la persona triste y agobiada del héroe vencido, Emilio Castelar.

En la calle, dudando yo si era real o imaginaria la presencia de la excelsa Madre, acérqueme a ella. Iba vestida de negro, con la toca y monjil que usaron las reinas viudas y las dueñas ricas, traje con que la iconografía religiosa viste a Nuestra Señora de los

Dolores. Suavemente me dijo: «Vete a recorrer las calles que rodean a esta Casa profanada; fíjate en las tropas que han acudido a consumir la fácil y criminal hazaña. Repara bien dónde está el Pavía, que verás a caballo, rodeado de bayonetas y cañones, y de toda la máquina marcial hoy dispuesta para matar mosquitos. Di a tus amigos los republicanos que lloren sus yerros y procuren enmendarlos para cuando la rueda histórica les traiga por segunda vez al punto de...».

- *Al punto de... -repetí yo-; y al sonido de mi voz, como si ésta fuera el canto del gallo que despide a las almas del otro mundo, la Madre mil veces augusta desapareció de mi vista... Corrí en seguimiento de la comitiva de Castelar, y cuando ésta doblaba la esquina de la calle del Sordo, una mano invisible me empujó hacia la plaza de las Cortes.*

La conciencia de mis deberes, como emborronado de páginas históricas, me llevó a revistar las fuerzas apostadas a lo largo del palacio de Medinaceli, calles de Floridablanca, Greda, Turco y Alcalá, hasta el Ministerio de la Guerra. Allí, junto al jardín de Buenavista, vi a Pavía y Alburquerque, rodeado de un Estado Mayor no menos nutrido y brillante que el de Napoleón en la batalla de Austerlitz. Ya era día claro, aunque nebuloso, tristísimo y glacial. Todo lo que pasó ante mis ojos, desde los

comienzos del escrutinio hasta mi salida del Congreso, se me presentó con un carácter y matiz enteramente cómicos. Pensaba yo que en las grandes crisis de las naciones, la tragedia debe ser tragedia, no comedia desabrida y fácil en la que se sustituye la sangre con agua y azucarillos. El grave mal de nuestra Patria es que aquí la paz y la guerra son igualmente deslavazadas y sosainas. Nos peleamos por un ideal, y vencedores y vencidos nos curamos las heridas del amor propio con emplasto de arreglitos, y anodinas recetas para concertar nuevas amistades y seguir viviendo en octaviana mansedumbre. En aquel día tonto, el Parlamento y el pueblo fueron dos malos cómicos que no sabían su papel, y el Ejército, suplantó, con sólo cuatro tiros al aire, la voluntad de la Patria dormida.

...

Cansado de correr en tonto por las calles, donde no veía más que tropas fríamente alineadas e inactivas, sin ver asomar por ninguna parte la cara iracunda del pueblo; asqueado del indigno suceso histórico que llegó al brutal consummatum sin dignidad por la parte ofendida ni arrogancia por parte de los asesinos de la República, me fui a mi casa con la esperanza de que un sueño profundo ahogara mi desaliento tristísimo y dulcificase mi amargura. Pero mis nervios se opusieron fieramente a

que yo durmiera.

Hablé un rato con Chilivistra, la cual, compuesta ya y vestida con su hábito de los Dolores, me contó el sueño que había tenido aquella madrugada. Soñó la pobre señora que don Carlos triunfante venía sobre Madrid con poderosa hueste. Yo la tranquilicé diciéndole que la toma de Madrid por el Niño Terso no estaba tan próxima como ella había visto en sueños.

*Acompañé a mi dama hasta el oratorio del Olivar, y me fui a visitar a **Estévanez**. En las calles no advertí el menor síntoma de inquietud ni emoción por lo que había pasado en las Cortes. El vecindario se hallaba tranquilo, las tiendas abiertas y todo el mundo en las ocupaciones habituales de cada día. La casa de mi amigo don Nicolás estaba de duelo; la madre política de cuerpo presente. No quise pasar, y aplacé mi visita para el siguiente día... Volví a divagar por la vía pública. En la plaza del Ángel me encontré a Pepe Ferreras, con quien hablé de la increíble tranquilidad que notaba en la población.*

«Fíjese usted bien -me dijo el agudo periodista-, y notará más que tranquilidad, alegría... ¿Se asombra usted, querido Tito?... Aquí producen siempre regocijo los cambios de Gobierno, sobre todo cuando son radicales y hay que mover todos los títeres. La mitad de las personas

que pasan a nuestro lado son cesantes que aguardan la formación del nuevo Gobierno para pedir que los repongan. Esta situación hará un desmoche tremendo... Notará usted también que en las tiendas reina cierto alborozo. Los tenderos salen a la puerta creyendo oír ya el voceo de los extraordinarios de periódicos con el nuevo Ministerio... Madrid se anima, el comercio se despereza, la industria renace de sus cenizas como el Ave Fénix, los negocios se desentumecen, y ya mañana las criadas irán a la compra con más dinero del que suelen llevar a diario».

Entramos en una sastrería, de cuyo dueño era Ferreras muy amigo. El escuálido sastre, apenas le preguntamos su parecer sobre el cambio político, nos dijo con semblante de júbilo: «Pues nada, señor don José y la compañía, que estamos de enhorabuena; toda la calle lo está. El cambio parece de esos que todo lo ponen al revés. Nos hallamos abocados a una zafra que ha de ser magnífica y provechosa. Algo me ha de tocar a mí de los encargos que han de caer sobre la sastrería de Madrid...

»Antes de media semana habrá que tomar medidas para las 49 levitas de los 49 gobernadores nuevos. De pantalones y chalecos negros, de ternos de lanilla, tendremos tantísimos encargos que será fácil nos quedemos sin género catalán, de ese que llamamos

inglés. En el ramo de capas, que es mi especialidad, espero que la cosecha será de las no vistas, pues el invierno crudo y la crisis honda se han puesto de acuerdo para que la gente tenga que abrigarse.

»Ya era tiempo, señor don José, pues en esta crujida de la República lo íbamos pasando muy mal. Los republicanos son muy buenos chicos; pero con sus grescas escandalosas, su Pacto, sus Cantones, y la maldita y arrastrada Igualdad, no traen más que hambre y mala ropa. Mis compañeros y yo vivimos de vestir a los españoles. ¡Lucidos estaríamos si nuestro negocio dependiera del lujo que gastan los descamisados!«.

Nos despedimos del sastre. De madrugada había yo visto cómo se empequeñecían las cosas grandes; acababa de ver cómo crecía y se hinchaba lo infinitamente pequeño.

Después de enterarnos mi amigo Ferreras y yo del júbilo de los sombrereros (que en tiempos de República el armatoste llamado chistera iba muy en desuso), entramos en el café de La Iberia, donde tuvimos el feliz encuentro del bondadoso Llano y Persi, que nos convidó a almorzar. Eran las doce. En el Congreso estaban reunidos el Duque de la Torre, Cánovas, Sagasta, Martos, Becerra y algunos santones más, civiles y militares, amasando el pastelón del nuevo Ministerio para meterlo en el horno. Cánovas

dijo que si no se proclamaba en el acto Rey de España al Príncipe Alfonso, debía declararse por lo menos abolida y conclusa la forma republicana. A esto no accedieron los altos reposteros, y continuaron trabajando el hojaldre para darle una pronta cochura y servirlo al país.

Ferreras, que era un águila para las indagaciones políticas, difirió por un rato el almuerzo y se fue al profano Templo de las Leyes, de donde volvió al cuarto de hora trayéndonos los nombres del nuevo Gabinete, trazados por él con lápiz en un papelejo. Ante los amigos que formábamos corrillo en dos mesas próximas leyó la esperada y emocionante lista, que reproduzco para conocimiento de los papanatas del tiempo venidero:

Presidente del Poder Ejecutivo, General Serrano. - Presidente del Gobierno y Ministro de la Guerra, General Zabala. -Estado, Sagasta. -Marina, Topete. -Hacienda, Echegaray. -Gobernación, García Ruiz. -Gracia y Justicia, Martos. -Fomento, Mosquera. -Ultramar, Balaguer... Almorzamos alegremente, y allí fue el acumular cálculos sobre la vitalidad de la nueva Situación, sobre el atropellado asalto de puestos oficiales y demás preparativos de la pública merienda burocrática que se aproximaba. Llano y Persi nos contó que, cuando Castelar iba del Congreso a su casa rodeado de amigos, a las siete y media de la mañana, se le presentó un

ayudante de Pavía, rogándole de parte del General que continuase al frente del Gobierno. Don Emilio contestó con frase desvergonzada, única respuesta que a tal ultraje correspondía, y prosiguió inalterable y firme su retirada dolorosa.

Gratísima era la tertulia de La Iberia, donde se oían opiniones y comentarios dignos de ser grabados en los mármoles y bronces de nuestra inmortal chismografía política. Pero yo, muerto de cansancio por no haber pegado los ojos la noche anterior, me fui a mi casa, a punto que atronaban las calles los voceadores de la Lista del nuevo Ministerio... Tendido en mi cama y contagiado de la soñación de mi vecina Chilivistra, soñé que era yo sastre, y que estaba cortando las 49 levitas para los 49 flamantes gobernadores de provincia. Luego cambió el tema de mis cerebrales aberraciones, y soñé que la dolorida dama se despojaba de su hábito negro para arrojarse en mis brazos amantes”¹¹⁴.

Tras esta narración sobre los últimos momentos del régimen republicano federal, contando en primera fila, desde los bancos del público de las Cortes, Tito Liviano, en un ataque de delirio se hace eco de la cuestión del Virginius y el fusilamiento de algunos de sus tripulantes,

¹¹⁴ PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. De Cartago a Sagunto*. Editorial Urbión, S.A. Madrid, 1979. Págs. 4597 y siguientes.

filibusteros para los españoles. Tal como se ha expuesto en el capítulo anterior, el verdadero protagonista de la escena es el propio **Estévanez**.

A continuación, Pérez Galdós nos presenta a su paisano en el más lastimoso estado de desaliento y tristeza a causa del fracaso del ideal republicano y de la forma como se había roto el sueño:

*“El día siguiente, 4, lo pasé casi todo con Nicolás **Estévanez**. Embozados en nuestras capitas nos fuimos a divagar por las calles, observando la fisonomía y estado moral de esta compleja Villa. Hallábase el hombre en un grado tal de desaliento y tristeza, que me fue imposible calmarle con mis excitaciones a la paciencia filosófica. La inhibición del pueblo ante el criminal golpe de Estado le ponía fuera de sí... Más de una vez le oí pronunciar estas frases que copio ad pedem litterae: Lo de ayer ha sido una increíble vergüenza... Todos nos hemos portado como unos indecentes... Visitamos a no pocos jefes y oficiales de la Milicia Nacional, para ver si los gorros colorados se decidían a intentar un supremo esfuerzo. A todos les encontramos indecisos y como atontados. Francisco Berenguer (el Quito) fue el único que, como siempre, se mostró resuelto a cualquier barbaridad. Era popularísimo en la Latina y disponía de bastante gente.*

*Antes de tomar una resolución en asunto tan arriesgado, quiso **Estévanez** ver a Salmerón, y allá nos fuimos. Dejele en la puerta de la casa y quedé en esperarle en el café de Lepanto. A la media hora volvió el infatigable republicano, diciéndome: «Farsa, farsa; no podemos hacer nada. Salmerón ha recibido un mensaje de Moriones. El General en Jefe del Ejército del Norte declara que no está dispuesto a reconocer el Gobierno formado por Pavía. Pero encarga que no nos movamos para no hacer fracasar sus intentos, y exige que se pongan de acuerdo los desavenidos Salmerón, Pi, Figueras y Castelar... Esto está perdido. Cantemos a nuestra pobre República el debido responso».*

Pasados unos días me enteré de que las únicas poblaciones que protestaron decorosamente contra el golpe de Estado fueron Valladolid, Zaragoza y Barcelona. En la capital castellana pusieron sobre las armas los Voluntarios de la República. El famoso General don Eulogio González Iscar, familiarmente llamado Gonzalón por su extremada corpulencia, salió a calmar los ánimos. El gentío le acosó, rechazándole con ultrajes; mas aunque amenazaba con fusilar a los revoltosos nada hizo. El ruidoso motín, con sus incipientes barricadas, fue derivando hacia la tibieza y por fin hacia la paz, convencidos los republicanos de que la cosa no tenía remedio. En Zaragoza ocurrieron tentativas y desmayos

semejantes. En Barcelona los Batallones Catalanes que mandaba el Xic de las Barraquetas, armaron un cisco que dominó fácilmente la tropa de la guarnición. El pueblo más deshonrado en aquellas vegadas fue nuestro querido Madrid, dándonos el mal ejemplo de una resignación musulmana. Estaba escrito que las crisis políticas resolvían las crisis del pequeño comercio y remediaban el hambre atrasada de sastres, sombrereros, zapateros y patronas de huéspedes” ¹¹⁵.

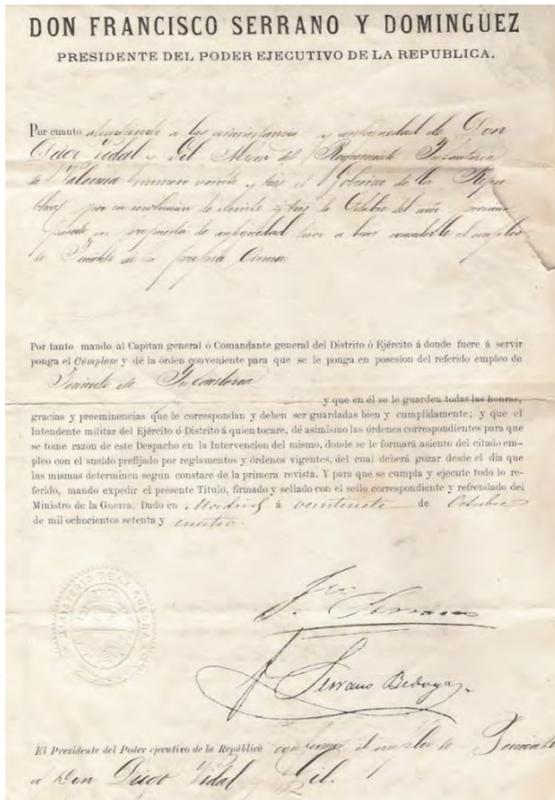
Los libros de historia, con el golpe de estado del general Pavía anuncian el adiós definitivo a la República, sin embargo, cabría preguntarse ¿qué régimen lo sustituyó?, porque hasta finales de ese año no fue proclamado Alfonso XII por el general Martínez Campos ante la brigada del brigadier Dabán.

Así mismo, cuando se relacionan los presidentes del poder ejecutivo de la República, siempre se citan a cuatro: Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar. Algún investigador señala un quinto, al malagueño Eduardo Palanca, que fue elegido momentos antes de la disolución de las Cortes a la fuerza el 4 de enero.

Hay, no obstante, un sexto Presidente, el general

¹¹⁵ PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales. De Cartago a Sagunto*. Editorial Urbión, S.A. Madrid, 1979. Págs. 4605 y siguientes.

Serrano, porque Pavía no disolvió el régimen republicano, sino únicamente a las Cortes republicanas, proclamándose el duque de la Torre, como nuevo Presidente, y firmando como tal: decretos, despachos, etc., como puede observarse en el adjunto documento:



En el cual se observa con nitidez el cargo que en aquel momento ejercía el jefe del Ejecutivo.

Aún escribe don Benito Pérez Galdós un último Episodio al que titula “Cánovas”. El profesor Juan Ignacio Ferreras¹¹⁶ autor de los preámbulos a cada uno de los Episodios, cuando llega al final de la obra, escribe:

“Sigo creyendo que los Episodios Nacionales, en la mente de Galdós, y según no el plan general de la obra, pero sí las intenciones profundas de la obra, tenían que haber acabado con el asesinato de Prim; Galdós hizo un esfuerzo y siguió la obra, pero con el esfuerzo se perdió una estructura formal y apareció otra; se perdió también una cierta objetividad y apareció una cierta visión política. Ahora, con Cánovas, el final es por lo menos, por lo menos, inesperado. Tan inesperado como definitivo: nada histórico hay que describir ni contar, cuando la Historia se niega a historiar”¹¹⁷.

La escena que relata Galdós en las líneas que a

¹¹⁶ Juan Ignacio Ferreras nació en Tetuán (Marruecos), en 1929. Doctor por la Sorbona de París y por la Universidad Complutense de Madrid, es autor de una extensa obra dedicada a la novela española y a la sociología de la literatura.

¹¹⁷ PÉREZ GALGÓS, Benito. *Episodios Nacionales. Cánovas*. Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1979. Pág. 4666. Prólogo del profesor Ferreras (París y Madrid, 1975-1978).

continuación se transcriben, presenta las dificultades por la que pasaban los exilados en la capital francesa tras la subida al trono de don Alfonso XII. En el exilio todos los españoles se hermanan, manteniendo cada uno la independencia de sus ideas. De esta forma se encuentran republicanos federales, zorrillistas, carlistas, cantonalistas y un largo etcétera, que tienen como común denominador, su hambre y su amor a la Patria.

En este Episodio, Galdós prácticamente no habla de **Estévanez**, se podría decir que exclusivamente lo nombra, aunque en el trasfondo de todo, bien podría estar narrando las vivencias de los primeros años de don Nicolás en París, sin conocerse exactamente, o al menos en un orden formal, el personaje que en cada momento está encarnando de cada uno de los protagonistas. Podría ser Segismundo, al que le falta de todo menos dignidad, o bien podría ser el propio Tito Liviano, que acomodado en París (aunque la escena es de Madrid), intenta por todos los medios atender a sus correligionarios y a todos los españoles exilados:

“Mi respuesta fue dar voces llamando a Ido para que nos sirviera al instante la cena. «Cenarás conmigo -dije a Segismundo-, y con esta señorita, Casiana Coelho, que si no es ya una profesora de instrucción primaria, lo será muy pronto. Ya sabes que diariamente, desde esta noche,

habrá siempre en mi mesa humilde un plato para ti». Por causa de la turbación de su ánimo, o quizás por la vacuidad de su estómago, el pobre Segismundo no pudo expresar su gratitud más que con truncadas frases expresivas.

Apenas tragó García Fajardo las primeras cucharadas de sopa y media copa de vino, pudo advertirse que recobraba su perdido vigor. Ya era otro hombre, y a medida que avanzaba en la ingestión de alimento, su gesto hacía menos desmayado y su voz más segura y vibrante. «Gracias a mi antigua camarera y aposentadora, la benéfica Señángela -nos dijo-, no duermo a la intemperie. Aquella fiera, tan deslenguada como caritativa, me ha dado cobijo en un cuchitril inmundo de la calle de Cabestreros. Allí tengo unos palmos de terreno donde estirarme, sobre un montón de trastos y rollos de esteras. El amigo Balbona ya no está en la taberna de la calle de Toledo, y Romualdo Cantera se ha ido a vivir lejos de Madrid... Todo mi guardarropa se reduce hoy a estos venerables guiñapos que ves colgados sobre mi cuerpo.

- *No te apures, noble hijo de España -le contesté yo-. Nosotros te proveeremos de ropa con algunas prendas mías y otras del amigo Ido, que próximamente mide tu estatura. Todo es cuestión de tijera y aguja. Aquí tenemos a Casianita, que es una*

gran sastra y arregladora de vestimentas para todos los gustos. Te adecentaremos... no te rías... y podrás salir a la calle con elegancia de figurín barato. Ya sabes que la elegancia es el signo de los tiempos. Bien apañadito, como un estirado señorete que viene de París, podrás presentarte a tu ilustre tío el Marqués de Beramendi, y a tu amigo Vicente Halconero».

Poniendo breves pausas en el buen comer, mi huésped replicó así: «En el fondo y aun en la superficie de su espíritu, mi tío Beramendi es un rebelde a macha martillo; pero su mujer, sus hijos y la sociedad en que vive no le permiten sustraerse a esta atmósfera de artificios convencionales y de mentiras aparatosas. Los hombres de ideas más avanzadas se vuelven suspicaces y medrosicos, y se acomodan a vegetar dentro de esta cárcel fastidiosa de la sensatez monárquica, mayormente si poseen buenas rentas para tratarse a cuerpo de rey mientras dure su cautiverio. En cuanto los jesuitas establezcan aquí esos Colegios elegantes de que ya se habla, los primeros niños que entren en ellos serán los de mi tío Pepe. Así lo quiere María Ignacia y así será.

»Lo mismo te digo de Vicentito Halconero. Es un chico excelente, talento claro de los que miran al porvenir y a la regeneración de este pobre pueblo. Pues hostigado por su madre, Lucila, y por sus suegros los Calpenas, solicitó

el acta de La Guardia; le encasilló Romero Robledo, y ahí le tienes, entre los borregos de Cánovas... no, me equivoco... entre los de Sagasta, que viene a ser lo mismo. Te diré ahora que la hermosa Lucila, al cabo de los años, se siente un poco ultramontana y papista. No hace mucho tiempo hizo un viaje a Roma con su esposo don Ángel Cordero, el sutil economista, sin otro objeto que besar la sandalia de Pío IX, y recibir la bendición pontificia... Con que ya sabes, a esta sociedad que me execra y me maldice, no puedo yo acercarme sin recibir desaires y sofiones».

Avanzada ya la cena, añadió Segismundo a las manifestaciones anteriores confidencias de un orden más delicado. Poniendo en su acento el respeto que a su madre debía, díjome que esta, Segismunda Rodríguez, esposa del primogénito de los García Fajardo, se había dedicado en los últimos años al negocio de préstamos usurarios, y laboraba sigilosamente tras la pantalla de testaferros sin conciencia. Amasado un grueso capital desplumando lindamente al prójimo, la buena señora hipaba por la grandeza y era rabiosa alfonsina. Se desvivía por pescar un título nobiliario, y no siéndole fácil conseguirlo de los de Castilla resignábase a tenerlo pontificio, que como es sabido resultan muy económicos.

De sobremesa volvimos a tratar la cuestión de

indumentaria. Casiana, movida de repentina inspiración, sacó de su cesta de costura la cinta-metro que usan los sastres y modistas, y puesto en pie Segismundo, le tomó las medidas a lo ancho y a lo largo. La señorita de Coelho cantaba los números y yo los iba apuntando en un papelejo. Hecho esto, y cuando Segis se despidió con demostraciones de gratitud, bien provisto de tabaco, le aseguré que a la tarde siguiente encontraría en mi casa el remedio de su indecorosa desnudez.

Coincidiendo en una resolución práctica, habíamos pensado Casiana y yo que la más expedita obra de misericordia era vestir al desnudo con un traje de El Águila. En efecto, a la mañana siguiente adquirimos, por las medidas que llevábamos, un terno modestito y de buen ver. Luego, en la calle de Toledo, compramos tres camisas y otras prendas interiores, a las cuales agregamos un sombrero blando adquirido en Las Tres B B B de la Plaza Mayor... Con toda esta carga nos volvimos a casa satisfechos y gozosos, pues nada era tan grato para mí, y lo mismo para Casianilla, como aplicar nuestros limitados recursos a una obra esencialmente cristiana y altruista.

Por la tarde, cuando se nos presentó el infeliz repatriado y le mostramos las para él lujosas prendas de vestir, advertimos que se humedecían sus ojos y que su boca

tembliqueante no acertaba a formular las oportunas frases de reconocimiento. Con un tonillo evangélico, que maquinalmente me salía del pensamiento a los labios, le hablé de este modo: «Amigo, mejor será decir hermano mío, coge estas ropas y tenlas por tuyas sin reparar en la mano que te las entrega; corre a tu morada, y una vez que purifiques tus carnes con santas abluciones, vístelas con la decencia que Dios te ha deparado».

El hombre infeliz, recogiendo parte de su equipo para hacer con él un lío, me contestó en el tono más sencillo y familiar: «Benditos sean los que practican el amor al prójimo con verdad y donosura. Muchos se precian de socorrer a los desvalidos; pocos hay que posean el arte de la caridad. Yo acepto estos dones y admiro la gracia con que se me ofrecen... Permitidme, mis queridos amigos, que no traslade a mi casa toda la ropa interior; me llevo sólo una muda; lo demás aquí queda, pues mi desmantelado cubil se me antoja que no es, no ya el Puerto, sino el Golfo de Arrebatacapas».

Con toda la presteza que su contento le infundía, el desgraciado y ya favorecido Segismundo partió, llevándose su ropa envuelta en un pañuelo. Casiana y yo nos quedamos discurriendo nuevas manifestaciones del arte de la caridad. Al otro día sorprendíamos al menesteroso caballero con una pañosa nuevecita y unas

botas de becerro mate adquiridas en un bazar de calzado. Todo resultó a las mil maravillas: cuando resurgió a media mañana el amigo, bien lavoteado y vestido de limpio, parecía otro. Obsequiole Casiana con unas corbatitas de colorines en las que había trabajado la noche anterior. El espléndido regalo final de la capa y botas puso al buen Segismundo en un estado de beatitud seráfica. Yo reventaba de gozo, Casianilla no cesaba de reír, y los dos creíamos hallarnos en presencia de un muerto a quien acabábamos de resucitar.

Tras un largo rato de ocioso charloteo, en que intervino Ido con su cándido filosofismo, nos sentamos a la mesa. El muerto resucitado, dueño ya de los varios registros de su inteligencia, nos contó interesantes casos y episodios del vivir azaroso de los emigrados españoles en París. Habíalos allí de todas castas y procedencias: republicanos federales del 73, zorrillistas de la última extracción con afiliados civiles y militares, carlistas de todas las épocas, especialmente de la última, pues la causa de la legitimidad iba de capa caída y muchos partidarios del Pretendiente pasaban la frontera ansiosos de buscarse la vida en un país pacífico y libre. El Pasaje Jouffroy y el Café de Madrid hervían de españoles aburridos y famélicos. Algunos, embozados en sus capitas, acechaban el paso de un amigo que les diera un Napoleón o les convidase a un almuerzo de dos francos

cincuenta; otros se instalaban en las mesas del café, y allí pasaban largas horas en tristes añoranzas, o planeando medios de trabajo para poder matar el gusanillo. Los más prácticos apencaban con los rudos oficios y se metían en una cerrajería, en una tahona o en talleres de encuadernación.

«Me han contado -dije yo- que republicanos y carlistas fraternizan allí, unidos por la común desgracia, y se buscan la vida dando lecciones de español.

- *Así es -prosiguió Segis-. Yo me asocié con un ex-capitán carlista, natural de Azpeitia, excelente chico, que no hablaba bien más que el vascuence. Pereciendo de hambre, anunciamos una Gran Academia de Lenguas en la cual, el vascongado y yo, y un andaluz muy despierto que se nos agregó, ofrecíamos dar lecciones de español, de latín y de griego. El resultado fue desastroso... Debo añadir que de la emigración zorrillista poco podíamos esperar, porque los prosélitos de don Manuel, mal que bien, tenían para vivir y se cuidaban poco de los demás, como no fuera para darnos de vez en cuando un corto auxilio.*

»De Ladevese recibí yo algún socorro que le agradeceré toda mi vida... La conspiración zorrillista

labora en España tratando de mover las fuerzas militares para producir los tan acreditados pronunciamientos. En París se manifiestan con un ojalaterismo rosado y transparente que a muchos deslumbra, a mí no, pues de los pronunciamientos no espero nada bueno para mi Patria... Desesperado de la inutilidad de mis esfuerzos para resolver el problema vital, abandoné el Pasaje Jouffroy, donde todo se volvía cháchara sin substancia, y planté mis reales en el Café Cluny, Boulevard Saint Michel, Barrio Latino.

*- Dime, Segis, ¿no has visto por allí a **Estévanez**?*

- Sí; pocos días antes de mi salida, llegó de Portugal. Está muy desalentado, y cree que todo intento revolucionario, ya sea zorrillista, ya sea de otro orden, quedará hecho polvo bajo el peso de esta oligarquía de tres cabezas: la femenina aristocrática, la militar masculina y la papista epicena... Como decía, me instalé muy a gusto en el Barrio Latino, que es para mí el París luminoso, la urbe de la ciencia y el arte. Allí están todos los focos del saber y de la enseñanza pública; allí están la Sorbona, el Collège de France, la Universidad; allí las Escuelas Superiores de Medicina, de Farmacia, de Ingenieros, el Observatorio Astronómico, innumerables Institutos, Laboratorios y Bibliotecas; allí todos los grandes editores de París; allí,

en fin, la inmensa cátedra de escolares, estudiosos los unos, otros afiliados a la graciosa hermandad que llaman bohemia. Sobre este inquieto y juvenil personal flota la nube de poetas más o menos parnasianos, y de pintores más o menos impresionistas.

- ¡Hermosa y florida República -exclamé yo-, esperanza de un gran pueblo!

- En el Café Cluny y en otro que está junto al Odeón, tenía yo mis Círculos predilectos. Hice amistad con unos chicos mejicanos y chilenos, pensionados para estudiar Medicina. Sociedad más a mi gusto jamás la conocí. Los americanillos eran estudiosos, y de la piel del diablo. Ellos, y un pintor español que hacía paisajes melancólicos, me arrastraron a la bohemia, para lo cual es condición precisa tener los bolsillos vacíos. Gocé y me divertí cuanto pude, y mis calaveradas extravagantes dejaron memoria en aquel rincón del París ático y bullicioso. Para que nada me faltase, tuve mi griseta, que me adoró durante dos días y medio.

»También aquel barrio era campo de acción de muchos expatriados españoles, que se administraban por un presupuesto absolutamente negativo. Con algunos de estos me lié yo en sociedad comanditaria al objeto de arbitrar recursos honradamente. Un tal Boneta, cantonal,

me propuso un negocio que consideraba de resultados infalibles. ¡A trabajar se ha dicho! Alquilamos una tienda en la rue Grenelle, y nos instalamos en ella sin muebles ni cosa alguna. Pero en la fachada pusimos este anuncio sugestivo, Misterios de la vida parisién, y en la puerta un rotulillo que decía en letras bien claras, Entrada, un franco. A mi cargo corría la cobranza, mientras Boneta se paseaba en el salón vacío. El primer día cayeron algunos incautos, que al ver aquellas paredes desnudas preguntaban: «¿Pero qué es lo que se enseña aquí?». Boneta contestaba con voz estruendosa: ¡Rien! Intervino la Policía obligándonos a cerrar el establecimiento. Con los francos recaudados tuvimos para cenar algunas noches.

- Esa broma o ese timo, querido Segis -repuse yo-, no habríais podido darlo en Madrid.

- Claro es -siguió diciendo el pícaro-. Pero tú no sabes que París es el pueblo más novelero del mundo. Verás ahora otro caso de la maravillosa inventiva de un emigrado español muerto de hambre. Un tal Catuelles, carlista, anunció en la prensa que estaba dispuesto a reconocer todos los hijos ilegítimos no reconocidos por sus padres. En el anuncio, redactado con frases muy patéticas, declaraba que lo hacía por lástima de las pobres criaturas, y deseoso de que estas pudieran entrar decorosamente

en la vida social. Lo demás ya se supone: precios convencionales. Pues este hombre que en España habría pasado por loco, en París y en poco más de seis meses, reconoció ciento dieciocho hijos y ganó doce mil duros.

- ¡Ay qué gracioso, qué hombre más listo! -exclamó Casiana riendo a carcajadas-. Pero usted, don Segis, ¿qué intentaba para ganar dinero y salir de su miseria?

- ¡Ah, hija mía! Yo no tenía la travesura de Boneta ni el genio de Catuelles. Cuando llegué a los extremos de la necesidad me dejé llevar por dos amigos, uno cantonal y otro carcunda, a las conferencias religiosas que en cierta calle próxima a San Sulpicio daba una Sociedad Catequista. Aunque mis dos compañeros eran librepensadores, casi ateos, y yo no tengo creencias religiosas, apencábamos con aquella farsa porque los catequizadores recompensaban nuestro falso catolicismo con un modesto socorro. Por las noches nos hacían oír unas pláticas estúpidas y soporíferas. Pero ¡ay! esto no bastaba: querían los señores dar público espectáculo de nuestra piedad y mansedumbre, como éxito notorio de la labor catequizante y triunfo de Nuestra Santa Madre Iglesia. Éramos como unos doscientos, entre hombres menesterosos y beatas vejanconas. Todas las mañanas nos llevaban a confesar y comulgar en San Sulpicio, y hasta que ingeríamos el pan espiritual no nos daban el

franco, óbolo remunerador de nuestras edificantes devociones.

- ¡Pero tú comulgabas, Segis, tú...! -exclamé yo, vacilando entre la incredulidad y la risa-. ¿Es posible?

- ¡Ya lo creo! Como que si no comulgaba no comía... ¡Ay, amigos del alma! Si ahora que estoy decentito me decido a presentarme a mi madre, ya sé lo primero que me dirá. Me parece que la estoy oyendo: «Hijo mío, ¿vienes dispuesto a sentar la cabeza y a enmendarte de tus errores? Si así es, tu madre te bendice, y lo primero que te recomienda es que entres resueltamente en la grey cristiana y cumplas con la Iglesia». Yo le responderé: «¡Ah, madre querida; bien cumplido y purificado vengo de París. Traigo cumplimiento para lo que me resta de vida»

118

¹¹⁸ PÉREZ GALDÓS, Benito. *Episodios Nacionales*. Cánovas. Ediciones Urbión, S.A. Madrid, 1979. Págs. 4701 y siguientes.

CONCLUSIÓN

Nació don Nicolás **Estévanez** y Murphy el 17 de febrero de 1838 en Las Palmas de Gran Canaria, siendo sus padres, el capitán Francisco de Paula **Estévanez** e Isabel Murphy y Meade, de ascendencia irlandesa.

Siguiendo la profesión de su padre, se hizo militar, ingresando en 1852 en la Academia de Infantería de Toledo, saliendo de la misma, tres años más tarde con el empleo de alférez.

Con el empleo de teniente participó en la guerra de África, formando parte del cuerpo que mandaba con Antonio Ros de Olano, batiéndose en las acciones militares del valle del Tarajar, en la batalla de los Castillejos y en la conquista de Tetuán, mereciendo por su actuación la cruz de San Fernando.

En 1863 se trasladó a Puerto Rico, siendo comisionado a Estados Unidos, en donde estudió los episodios más sobresalientes de la guerra de Secesión, regresando en 1864 las posesiones españolas de las Antillas, participando en la guerra de independencia de Santo

Domingo ¹¹⁹, mandando un batallón, aunque su empleo era sólo el de capitán.

Estando destinado en las Antillas contrajo matrimonio con doña María Concepción Suárez y Otero, con la que tuvo dos hijos.

Descontento con el régimen corrompido de Isabel II, solicitó el pase a destinos civiles, encontrándose en 1868 en Londres, desde donde regresó a Madrid a finales de septiembre de dicho año, adhiriéndose a la revolución Septembrina, quedando desengañado porque no se instauraba de forma inmediata la República federal.

Participó en los alzamientos republicanos de diciembre de 1868 en Cádiz y finales del mismo mes y principios de enero de 1869 en Málaga. Posteriormente fue una de las cabezas de la sublevación de octubre de 1869, proclamando la República federal en Béjar, siendo derrotado y preso, primero en la misma Béjar y después de un intento de fuga en Salamanca, siendo amnistiado en 1870, solicitando a continuación su reingreso en el ejército.

¹¹⁹ Santo Domingo se independizó de España a principios del siglo, aunque en la década de los sesenta solicitó su incorporación a la corona española, siendo efímera esta unidad, porque de inmediato estalló la guerra por la nueva independencia.

No quiso acogerse al empleo superior que se concedía a los que solicitan voluntariamente destino en Cuba, llegando a la isla a principios de noviembre de 1871, donde se opuso a los lúgubres sucesos de los fusilamientos de unos estudiantes de medicina, solicitando a continuación al Capitán general de la Isla un permiso por asuntos propios, que le fue concedido, pidiendo al llegar al continente americano y ante el primer cónsul español su baja del ejército.

Diputado por Madrid en 1872, siendo uno de los más tenaces republicanos que se opusieron a la monarquía de Amadeo I, sublevándose en Sierra Morena a finales de dicho año.

En febrero de 1873 fue nombrado, por Pi y Margall, ministro de la Gobernación con la República, Gobernador civil de Madrid, puesto desde el que supo superar la insurrección monárquica-radical del 23 de abril.

En junio del mismo año, al acceder su mentor a la presidencia del ejecutivo, le nombró ministro de la Guerra, permaneciendo escasos días al frente del mismo, no estando de acuerdo ni con la proclamación cantonal ni con la represión armada contra ella.

Fracasada la república huyó, primero a Portugal y posteriormente sentó su residencia en París, en donde

permaneció, alternando con períodos de estancia en España, hasta su muerte, acaecida en 1914.

Esta es a grandes rasgos la vida de don Nicolás **Estévanez**.

Sin embargo, esta obra no ha pretendido ser una parte de su biografía, sino simplemente lo que se ha expuesto en la introducción, es decir presentar sus actividades y pensamiento político de la mano de otro canario insigne, don Benito Pérez Galdós, rellenando las lagunas con las noticias que sobre nuestro personaje proporciona la prensa de aquellos días, siendo el quehacer del presente autor, únicamente el de comentar y clarificar determinados episodios.

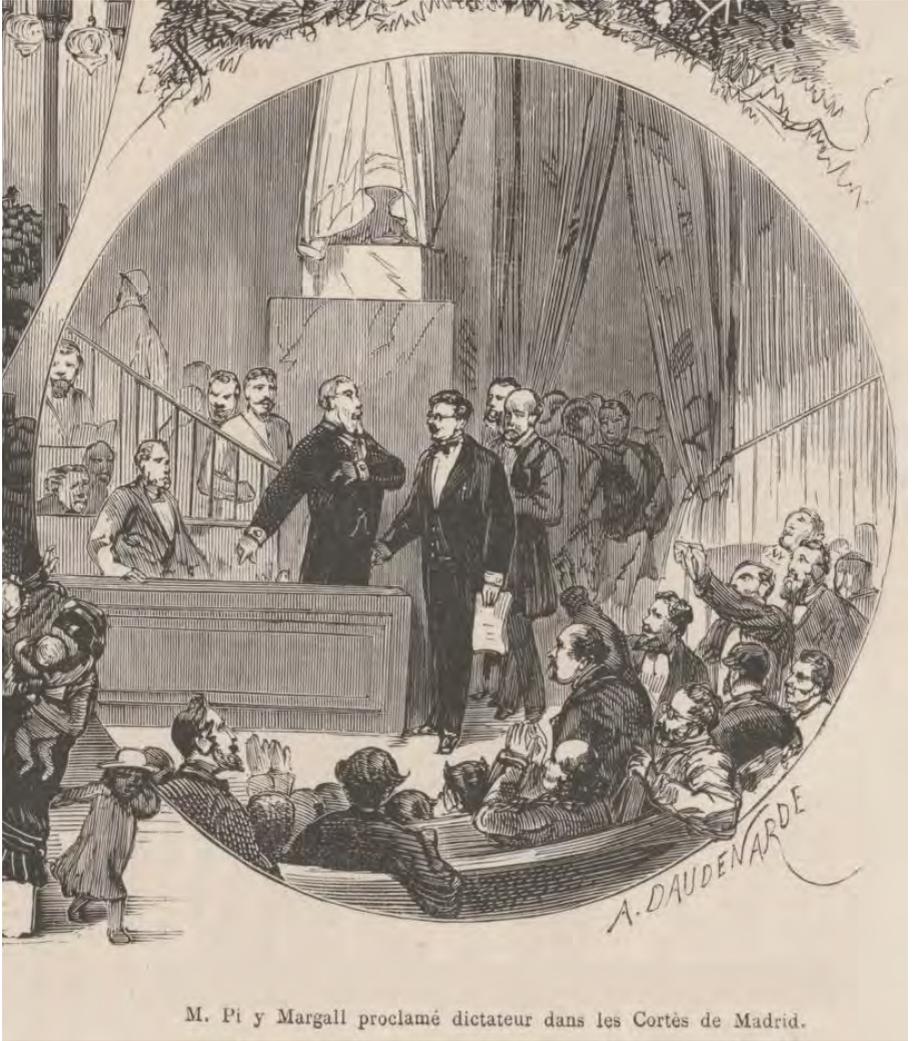
Estévanez es tal vez un caso singular. Generalmente el revolucionario, es más radical en sus primeros años de activismo político, pasando a ser más conservador en su madurez. En don Nicolás el paso del tiempo no supone atemperación de su carácter, sino mayor intransigencia. El caso lo tenemos en su pensamiento sobre Cuba que, si al principio la quería siendo española, con la autonomía necesaria dentro de la España federal, poco a poco fue acercándose a los planteamientos independentistas, tal vez al comprobar la dificultad de que en España se volviera a instaurar a medio plazo la República.

Anarquista por convicción. Sabía que el anarquismo era una utopía, por lo que aceptó el credo republicano federal, con tintes socializantes. Nunca cambió su norte, atacando a la monarquía con todas sus armas disponibles, aunque preconizaba que nunca podría alcanzarse este ideal sino era por medio de la insurrección armada, regresando con ello a los alzamientos de 1869, 1869 y 1872.

Don Nicolás **Estévanez** y Murphy fue y es un hombre controvertido, odiado por muchos e idolatrado también por muchos. Bandera idealista de una izquierda republicana, pero don Nicolás fue ante todo un hombre comprometido con sus ideas a las que nunca renunció.

Era y es un español y un canario a respetar.

Málaga, 28 de febrero de 2020



Le Monde Illustré (05.07.1873)

